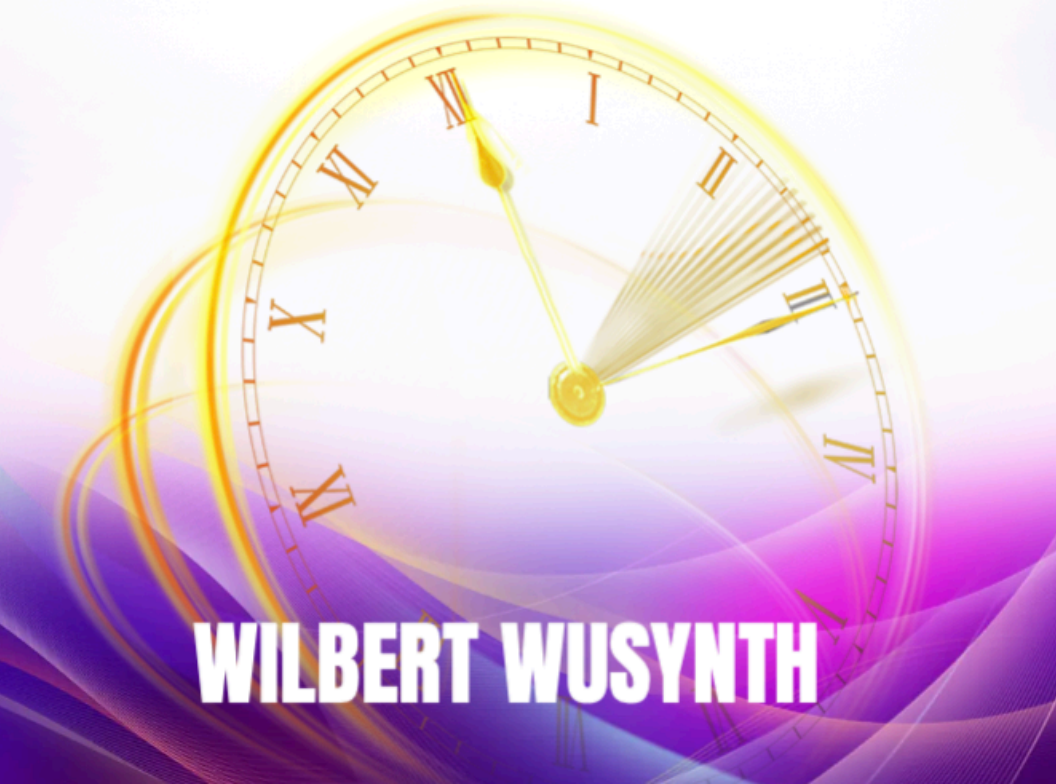
ELÍAS

EL RELOJERO CIEGO



WILBERT WUSYNTH

Elías, el relojero ciego

Una novela de Wilbert Wusynth

Por **Wilbert Wusynth**

Madrid, 2026

©WilbertWusynth

Dicen que si encuentras un reloj que late con voz humana, es porque Elías aún repara destinos. Pero cuidado: el precio siempre es un recuerdo que no puedes permitirte perder.

Elías, el relojero ciego

Capítulo I.

A Valneira no se llegaba: se recaía en ella.

Los caminos que conducían a la aldea no figuraban en los mapas decentes, y los mapas indecentes -que son los únicos sinceros- la dibujaban como una mancha de humedad entre dos peñas. Desde lejos, cuando el cielo consentía abrir una rendija entre la niebla, podían verse los tejados de pizarra apretados unos contra otros como ancianos frioleros en la puerta de la iglesia. Desde cerca, en cambio, Valneira olía a leña húmeda, a sopa rehecha tres veces, a lana mojada, a establo, a tierra negra removida con uñas más que con azadas, y a ese perfume moral que desprenden las comunidades pequeñas: una mezcla rancia de caridad, vigilancia y resentimiento.

La niebla no rodeaba el pueblo: lo educaba. Le enseñaba a borrar los contornos de las cosas, a volver dudoso lo evidente, a hacer del rumor una forma de meteorología. Allí nadie veía del todo a nadie, ni siquiera cuando se hablaban cara a cara. Acaso por eso la ceguera de Elías nunca pareció una desgracia del todo excepcional; en Valneira, a su modo, cada cual era ciego para lo que le convenía.

El taller estaba al final de la Calle Honda, que no era una calle ni estaba honda, pero en las aldeas se nombra con entusiasmo compensatorio. Era una casa angosta, vencida hacia un costado como si oyera un secreto en la pared de la vecina. Tenía las maderas comidas por la humedad y una puerta que se resistía a abrirse con el lamento largo de las cosas obligadas a durar más de la cuenta. Dentro, colgaban relojes por

todas partes: de pared, de bolsillo, de sobremesa, con cajas de roble, de nogal, de latón apagado, con esferas blancas, negras, amarillas por el humo. Algunos seguían latiendo con una obstinación casi ofensiva; otros esperaban en silencio sobre los estantes, destripados, mostrando sus tripas diminutas de metal, como animales a medio desollar en un matadero elegante.

Allí vivía y trabajaba Elías.

Era un hombre alto, más por hueso que por presencia, de una delgadez que parecía escogida, aunque la pobreza no suele dejar tanto margen a la estética. Tenía el cabello gris, escaso, peinado siempre hacia atrás con una pulcritud un poco anticuada; el rostro largo, de pómulos afilados; la piel tirante alrededor de la boca, como si sonreír hubiese sido una costumbre abandonada por falta de uso. Sus ojos eran dos ópalos opacos, sin dirección aparente, y sin embargo todo el pueblo juraba que en algún sentido miraban. No miraban las caras, desde luego, ni los colores del amanecer ni la lluvia corriendo por los cristales. Miraban otra cosa. O eso decían.

Se decía mucho de Elías.

Que había nacido viendo y se había quedado ciego una tarde de invierno, cuando el padre le estalló en las manos un reloj traído de la capital.

Que nunca había visto nada y por eso mismo comprendía el tiempo mejor que los otros, distraídos por la superficie del mundo.

Que de joven se había enamorado de una muchacha que huyó con un músico.

Que la muchacha no huyó, sino que murió.

Que no murió, sino que se casó con un notario y escribió una sola carta, que Elías quemó sin pedir a nadie que se la leyera.

Que había aprendido el oficio de un abuelo extranjero que llegó a Valneira por error y se quedó por resignación, que es la forma más frecuente del arraigo. Como ocurre con las leyendas de pueblo, todas aquellas versiones tenían la misma probabilidad de ser ciertas y, sobre todo, la misma utilidad: explicar sin entender.

Lo indiscutible era otra cosa. Elías tocaba los relojes como otros tocan una frente enferma o el cuerpo de quien aman: con una mezcla de pericia, pudor y escucha. Pasaba las yemas por la tapa, el cristal, la rueda de corona, las charnelas, la caja, y luego levantaba el mecanismo abierto hacia el oído. Se quedaba inmóvil, apenas ladeando la cabeza, y parecía atender no tanto al sonido como a la intención del sonido. Después trabajaba con pinzas, limas diminutas, aceites, alambres, resortes, ruedas dentadas, con una paciencia feroz, animal. Al terminar, devolvía el reloj funcionando o pronunciaba sentencia.

-Este ya no quiere seguir.

No decía: no tiene arreglo. Decía: no quiere seguir.

En Valneira aquello bastaba para que nadie discutiera.

Los niños eran sus espectadores más fieles. Llegaban de dos en dos o en pandilla, con las rodillas manchadas de barro y esa crueldad risueña de la infancia, que se parece al asombro cuando no ha elegido todavía bando. Espiaban por las rendijas de la contraventana o se apostaban junto a la puerta entreabierta. A veces Elías les hablaba sin volver la cabeza.

-Si vais a respirar tan fuerte, al menos entrad y hacedlo bajo techo.

Entonces ellos se empujaban, reían, vacilaban, y acababan entrando como quien irrumpe en una capilla donde no sabe si tiene permitido creer.

Entre todos destacaba Tomás, el hijo del molinero, un niño huesudo de ojos vivísimos y uñas siempre negras. Tenía la costumbre de hacer preguntas no por afán de saber, sino por incapacidad de resignarse a ignorar.
-¿Cómo sabe usted cuál tornillo va en cada sitio si no lo ve?
Elías seguía trabajando.
-Lo sé por la misma razón que tú sabes cuándo tu madre está enfadada aunque no te haya pegado todavía.
Tomás se reía, pero insistía.
-Eso no es lo mismo.
-Es exactamente lo mismo. Todo mecanismo avisa antes de romperse.
-¿Y las personas?
Elías se tomó un instante.
-Las personas también. Solo que prefieren fingir sorpresa.
Los otros niños no entendían del todo aquella clase de respuestas, y por eso las recordaban.
Había en el taller una mesa central marcada por quemaduras antiguas, arañazos, cercos de aceite y muescas de cuchilla. Sobre ella descansaban las herramientas, clasificadas con un orden que rozaba la liturgia. En un cajón aparte, que Elías abría rara vez delante de otros, guardaba piezas extrañas que nadie del pueblo lograba identificar: pequeñas ruedas talladas en hueso, láminas oscuras como uñas de difunto, agujas de un metal frío que no parecía acero, discos de cristal negro donde no se reflejaba la luz. Si alguien preguntaba, él respondía con sequedad:
-Repuestos.
Y la palabra bastaba, aunque no explicara nada.
Las gentes de Valneira le llevaban sus relojes como otros llevan un santo a bendecir o un niño al médico. No se trataba solo de puntualidad. En una aldea donde

casi nada cambia y lo poco que cambia empeora, un reloj no es un lujo: es una promesa de continuidad. El reloj del abuelo, el de la dote, el del hermano emigrado, el del marido muerto, el del hijo que volvió tullido, el de la boda, el del bautizo. Se mide la hora, sí, pero sobre todo se mide la obstinación con que una familia quiere seguir siendo la misma.

Por eso Elías no reparaba máquinas: administraba consuelos.

Y también, aunque esto se reconocía menos, administraba humillaciones. Porque había algo indecente en necesitar tanto a un ciego. El alcalde, por ejemplo, hombre grueso de bigote convencido y escasa imaginación, procuraba tratar a Elías con esa benevolencia recelosa con que se trata a alguien útil pero imposible de domesticar. Le pagaba tarde, regateaba siempre, y aun así enviaba cada seis meses el reloj de la casa consistorial para que Elías lo ajustara.

-No quiero fantasías -gruñía al dejarlo sobre la mesa-. Solo que marque bien.

Elías acariciaba la caja.

-La exactitud no siempre es una forma de la verdad.

El alcalde resoplaba.

-Ni la ceguera una excusa para filosofar.

Sin embargo volvía. Todos volvían.

La más devota de sus clientas era doña Úrsula Buedo, viuda de boticario, que conservaba la arrogancia de las mujeres que han sobrevivido demasiado tiempo a un matrimonio respetable. Iba vestida siempre de colores oscuros, con cuellos altos, broches severos y ese olor a lavanda rancia que parece un gesto contra la descomposición. Llevaba sus relojes envueltos en pañuelos limpios y hablaba con Elías como si le hiciera un favor al permitirle existir.

-No comprendo cómo puede trabajar en esta penumbra.

Elías sonreía apenas.
-Usted tampoco ve gran cosa, doña Úrsula, y no por eso deja de opinar.
Ella fingía no oír la insolencia. La buena sociedad rural sabe tolerar el agravio cuando proviene de alguien a quien no logra clasificar. Además, en el fondo le gustaba aquel hombre que no competía por agradar. A cierta edad, la descortesía elegante se confunde con el refinamiento.
La casa y el taller comunicaban con una habitación posterior donde Elías dormía, comía y guardaba el resto de su vida en una modestia casi ofensiva. Una cama estrecha, una palangana, una alacena, dos sillas desparejadas, una estufa de hierro, tres libros en relieve heredados de no se sabía quién, y una caja de madera cerrada con llave. Nadie la había visto abierta. La imaginación colectiva, privada de hechos, hizo lo que sabe hacer mejor: envilecerse con método. En la caja, decían, guardaba dinero; no, cartas; no, mechones de cabello; no, dientes; no, relojes que nunca entregaba porque le hablaban por las noches; no, un retrato que no podía ver; no, la prueba de que había sido otro antes de quedarse allí, petrificado como los troncos viejos a la orilla del barranco.
La verdad, si es que importa, era menos espectacular y más triste.
Elías guardaba en la caja objetos que ya habían dejado de servir pero no de doler: una cinta azul casi deshecha por los años, una medalla sin inscripción, una llave minúscula que no abría nada conocido, un pañuelo con iniciales bordadas, y un reloj sin agujas. No los tocaba a menudo. Precisamente por eso los conservaba. Hay pérdidas que solo se soportan mientras permanecen quietas.
Al atardecer, cuando las gallinas se recogían y la niebla bajaba de los riscos como una falda sucia arrastrada

por una viuda gigantesca, el taller adquiría una densidad particular. Los sonidos se afinaban. El golpeteo de las herramientas, el crujido de la madera, el soplo de la estufa, el disparate coral de los cientos de tic-tacs componían una música que no era armoniosa, pero sí exacta. Quien haya vivido en un lugar pequeño conoce esa hora: el momento en que la aldea se queda escuchándose a sí misma para convencerse de que aún existe.

En esas horas, Elías trabajaba mejor.

A veces, sin embargo, interrumpía la faena y levantaba la cabeza, como si desde la calle le llegara un ruido que nadie más podía percibir. No era miedo, exactamente. Tampoco espera. Era algo más complejo y más vergonzoso: reconocimiento.

Porque había relojes que, antes de abrirse, ya traían dentro una historia podrida.

Y Elías lo sabía.

Sabía cuándo el dueño mentía al explicar cómo se había roto. Sabía cuándo una tapa abollada no era accidente sino arrebato. Sabía cuándo un reloj había pasado años en un cajón porque alguien no soportaba oírlo desde que murió cierta persona. Sabía cuándo el objeto no había dejado de funcionar por desgaste, sino por repugnancia. Si un reloj puede impregnarse del sudor del bolsillo, del calor del pecho, del humo de una cocina, del agua de un viaje, del temblor de una mano, ¿por qué no iba a impregnarse también del remordimiento?

En Valneira no gustaban esas preguntas. El pueblo prefería atribuir a Elías un don pintoresco, casi folclórico, antes que admitir la versión más incómoda: que el tiempo, cuando se manipula mucho, termina revelando la clase de vida que ha medido.

Una tarde de noviembre, mientras la lluvia golpeaba el tejado con dedos impacientes, Tomás volvió al taller

solo. Llevaba en el bolsillo un reloj barato, de feria, que apenas valía el metal de la carcasa. Lo dejó sobre la mesa con un cuidado exagerado.
-No funciona.
Elías lo tocó.
-Nunca funcionó bien.
-Es de mi padre.
-Entonces ha salido prudente.
El niño guardó silencio. Aquella vez no venía por curiosidad.
-Mi padre dice que un reloj roto es igual que una mula coja: cuesta más arreglarla de lo que vale.
-El mundo está lleno de hombres que calculan el valor de las cosas para no tener que preguntarse qué significan.
Tomás se sonrojó, no por haber entendido del todo, sino porque intuía que la frase rozaba algo de su casa.
-¿Lo arreglará?
Elías desarmó la pieza entre sus dedos. Un muelle vencido, dos dientes gastados, un eje torcido.
-Sí.
-¿Cuánto costará?
Elías tardó en responder.
-Dile a tu padre que esta vez pague diciendo la verdad durante un día entero.
Tomás soltó una carcajada.
-Eso sale más caro que un reloj nuevo.
-Precisamente.
El niño se marchó más ligero de como había entrado. Elías, en cambio, se quedó quieto un largo rato con el mecanismo abierto en la mano. Afuera la lluvia no amainaba. Los relojes seguían latiendo. La estufa respiraba. Y sin embargo algo en el aire -una tensión en la madera, una vibración casi subterránea, un cambio minúsculo en el espesor del silencio- le dijo que el

orden precario de Valneira estaba a punto de agrietarse.
Los pueblos, como los relojes, anuncian su avería antes del primer estallido.
Esa noche, mucho después de cerrar, Elías no se acostó. Permaneció junto a la mesa, afinando una aguja extrañamente curva que no pertenecía a ninguno de los encargos pendientes. La limó despacio, luego la sostuvo entre los dedos y la acercó al oído como si incluso el metal recién nacido tuviera ya algo que confesar. En la casa de enfrente, una mujer tosía con esa tos de los inviernos largos; en la plaza, un perro ladró sin convicción; desde la torre de la iglesia llegó, desacompasada, la campanada de las once y media, como si el sacristán también dudara de la hora.
Elías dejó la aguja sobre el paño negro.
Entonces la oyó.
No la tormenta -que todavía estaba lejos-, ni el viento que empezaba a descolgarse por los riscos, ni el tableteo de una ventana mal cerrada. Oyó otra cosa: unos pasos.
Eran pasos de mujer, contenidos y urgentes, como los de quien ha tardado demasiado en decidirse pero ya no puede echarse atrás. Se detuvieron ante la puerta del taller. Durante un segundo no ocurrió nada. Luego sonaron tres golpes secos, no fuertes, pero sí irrevocables.
Elías apoyó ambas manos sobre la mesa.
Había esperado esos golpes desde hacía años, aunque no habría sabido decir de quién.
-Está abierto -dijo.
La puerta se entreabrió con un gemido húmedo. El aire frío de la noche entró primero, oliendo a lluvia y a tierra removida. Después entró ella.
Venía envuelta en una capa negra empapada, con el dobladillo lleno de barro. No habló enseguida. Elías

percibió el temblor contenido de su respiración, el roce del paño mojado, el leve tintineo de un objeto metálico apretado en una mano.
Cuando por fin habló, su voz parecía venir de muy lejos, no en distancia, sino en tiempo.
-Necesito que me devuelva una voz.
Elías no se movió.
En algún lugar del taller, uno de los relojes se detuvo.
Y aunque todavía no lo sabía del todo, Valneira acababa de empezar a borrarse.

Capítulo II.

La mujer cerró la puerta a su espalda con un cuidado que no evitó el temblor de la madera. Durante un instante permaneció inmóvil, como si necesitara acostumbrarse no a la penumbra del taller, sino a la idea misma de haber entrado. La lluvia insistía sobre el tejado. El reloj que se había detenido seguía callado. Los demás, quizá por pudor, parecían latir más bajo.
Elías inclinó apenas la cabeza.
-Ha traído algo envuelto en miedo -dijo.
La mujer soltó una respiración breve, casi ofendida.
-Y usted sigue recibiendo a la gente con cortesía de enterrador.
-La cortesía de los vivos suele ser más cansada.
Ella dio dos pasos. El barro de sus botas dejó pequeñas medias lunas oscuras en las tablas. Tendría unos cuarenta años, aunque el cansancio y la humedad vuelven imprecisa la edad de ciertas mujeres. Se quitó la capucha. No era hermosa en el sentido cómodo que prefieren los hombres de taberna; tenía, en cambio, una cara hecha de decisiones mal pagadas: frente ancha, pómulos tensos, boca severa, un mechón blanco en la sien izquierda que no parecía vejez sino

memoria. Su voz conservaba una firmeza desacostumbrada en Valneira. No hablaba como quien pide permiso para existir.
-Debería haber venido antes -dijo.
-Debería haber venido quien fuera capaz de explicarme de qué habla.
La mujer abrió la mano. Sobre su palma descansaba un reloj de bolsillo grande, antiguo, de plata ennegrecida. No brillaba. Absorbía la luz escasa del taller como ciertas aguas profundas absorben el día. La tapa estaba grabada con un motivo de espigas y, en el centro, un escudo casi borrado por el uso o por el odio.
Elías no lo tocó enseguida.
-¿Es suyo?
-No.
-¿Lo ha robado?
-No.
-¿Lo ha heredado?
La mujer dudó apenas.
-No exactamente.
Elías alzó la mano y la dejó suspendida en el aire hasta encontrar la pieza. Sus dedos rozaron la tapa y se retiraron con una brusquedad impropia de él, como si el metal le hubiera devuelto un gesto de rechazo.
La mujer lo advirtió.
-Así reaccionó el párroco cuando se lo acerqué para que lo bendijera.
-El padre Basilio bendeciría una escalera si pensara que va a usarla un difunto agradecido. No me impresiona.
-Entonces le impresionará esto.
Ella pulsó el resorte. La tapa saltó.
El reloj no tenía esfera.
O más bien la tenía, pero allí donde debían estar los números y las agujas solo había una superficie lechosa, semejante a un ojo cubierto por una catarata. Bajo el

cristal, algo parecía moverse muy despacio, como si detrás de aquella blancura circular hubiera humo preso. Elías lo sostuvo ahora con ambas manos.
-No está roto -murmuró.
-No.
-No está terminado tampoco.
-No.
-¿Dónde lo consiguió?
La mujer tardó tanto en responder que la lluvia pareció ocupar su lugar.
-En una casa que ya no existe.
Elías sonrió sin alegría.
-En Valneira abundan las casas que no existen y siguen pagando impuestos.
-No bromeo.
-Y yo no le creo todavía.
Ella dejó caer la capa mojada sobre una silla. Debajo vestía luto riguroso, pero no el luto reciente y todavía teatral de las viudas visitadas; el suyo era un negro gastado, asumido, el color de una obediencia antigua. Tenía las manos enrojecidas por el frío y una pequeña cicatriz cruzándole el nudillo del índice derecho. Manos de alguien que había trabajado de verdad.
-Me llamo Adela Vilar -dijo.
El nombre no provocó nada visible en Elías, pero sí un silencio especial, más compacto que los otros.
La familia Vilar había sido durante generaciones una de esas potencias rurales que ya no mandan del todo y por eso se vuelven más feroces. Habían tenido tierras, molino, ganado, viñas en la ladera baja, un pajar enorme y una casa solariega a las afueras, hacia el camino del barranco. En los últimos años conservaban sobre todo el apellido y la costumbre de hablar como si aún perteneciera a otros obedecerlos.
-Hija menor de Jacobo Vilar -continuó ella-. Viuda de Esteban Losa.

-Ah -dijo Elías.
Ese ah no significaba sorpresa. Significaba que acababa de colocar una pieza incómoda en un mecanismo viejo.
Esteban Losa había muerto hacía nueve meses, aplastado por una carreta volcada en la curva del Puente Seco. O eso se había dicho. En un pueblo, las muertes se narran siempre en la versión que mejor sirve al descanso de los vivos. Elías recordaba, sin embargo, otra cosa: el reloj de pared que llevaron desde la casa de los Losa una semana después del entierro. La caja estaba intacta. El péndulo también. Pero el mecanismo había aparecido dentro como si alguien lo hubiera golpeado no desde fuera, sino desde un centro de furia concentrada.
-Ya vino alguien de su casa hace meses -dijo él-. Un reloj de nogal. No quise repararlo.
-Adela apretó la mandíbula.
-Lo sé.
-Entonces sabe también que no acepto encargos que llegan llenos de mentira.
-No vengo a mentirle. Vengo porque ese reloj... -alzó el de plata apenas un centímetro- ...habla.
En cualquier otro rostro la frase habría pedido disculpas. En el suyo sonó como una acusación.
Elías no respondió de inmediato. Acercó la pieza al oído. Primero la tapa. Luego el lomo. Luego el canto. Después apoyó la yema del pulgar sobre la superficie ciega de la falsa esfera.
-¿Qué dice?
La mujer lo miró con cansancio.
-No exactamente palabras. A veces parece una voz detrás de una pared. A veces solo... una insistencia. Como si alguien quisiera recordar algo y no pudiera encontrar la forma.
-¿Por qué viene a mí?

-Porque usted repara lo que los demás no entienden.
-No. Yo reparo relojes. Lo otro son supersticiones de gente ociosa.
Adela dio un paso más.
-He pasado tres noches sin dormir porque cada madrugada, a la misma hora, ese reloj empieza a latir debajo de la cama. No da campanadas. No marca minutos. Late. Y cuando lo abro, oigo respirar a alguien.
La estufa soltó un chasquido breve. Afuera el viento empezó a tantear los postigos.
Elías siguió sosteniendo la pieza, inmóvil.
-¿A qué hora?
-A las tres y diecisiete.
-¿Siempre?
-Siempre.
-¿Desde cuándo?
-Desde que derribaron la casa vieja.
-¿Qué casa?
-La de los Vilar. La del barranco.
Elías bajó muy despacio el reloj.
Aquello sí le interesó.
La casa del barranco llevaba deshabitada casi veinte años. Se decía que Jacobo Vilar había mandado cerrarla tras la muerte de su hermana, una mujer enfermiza y rara que tocaba el piano cuando había tormenta y que terminó sus días sola, con una criada sorda y una reputación que en Valneira equivalía a una condena. Otros aseguraban que la casa se clausuró por ruina. Otros, por deudas. En los pueblos, las explicaciones oficiales suelen ser cortinas colgadas delante de un incendio.
-La derribaron hace una semana -dijo Adela-. Mi hermano quiso vender la piedra. Los hombres entraron a vaciar lo que quedaba. Encontraron este reloj dentro de una pared.

-Dentro.
-Emparedado. Sin caja. Sin tela. Sin nada. Entre dos hiladas de ladrillo, detrás de la habitación grande del piso de arriba.
-La habitación de quién.
Ella tardó una fracción de segundo más de lo necesario.
-De mi tía Aurelia.
El nombre se quedó suspendido entre los relojes como polvo iluminado.
Elías conocía de oídas a Aurelia Vilar. Demasiada música, demasiados libros, demasiada falta de interés por casarse: una combinación que cualquier aldea considera poco menos que una forma de brujería. Había muerto joven, según unos de una fiebre, según otros de melancolía, que es la fiebre cuando afecta a mujeres con patrimonio.
-¿Y qué quiere exactamente que haga? -preguntó él.
-Adela respiró hondo.
-Quiero que lo abra del todo. Quiero saber qué guarda. Y quiero que, si hay una voz ahí dentro, me la devuelva.
Elías acarició el borde de plata con el pulgar.
-Hay mecanismos que dejan de obedecer a quien los fabricó.
-Lo sé.
-Y hay otros que nunca obedecieron.
-Lo sé.
-Y también los hay que toman algo de la persona que los posee. A veces muy poco: costumbres, temperatura, una manía del tacto. A veces más.
-Adela no apartó los ojos de él.
-Por eso he venido.
-¿Porque cree en esos cuentos?
-Porque no creo en los cuentos. Creo en el terror de mi propia casa.
Esa respuesta le gustó más de lo que habría admitido.

Elías abrió un cajón, sacó un paño limpio y depositó el reloj encima. Luego cerró la tapa con suavidad, como quien baja los párpados de un enfermo.
-Déjelo aquí.
-Adela no se movió.
-¿Y ya está?
-No. Ahora se marcha.
-¿Sin una explicación?
-Sin entorpecer.
-¿Cuándo vuelvo?
-Cuando yo se lo diga.
-No me sirve.
-A mí tampoco me sirve un reloj enterrado en una pared durante veinte años y sin embargo aquí estamos.
La mujer se quedó quieta. Había en ella una costumbre de mandar que ahora chocaba con otra costumbre más antigua en Elías: la de no ceder su mesa a la ansiedad ajena.
-No tengo tiempo -dijo por fin.
-El tiempo no es la clase de cosa que usted pueda tener o perder, señora Vilar. Apenas la tolera un rato.
-Mi apellido no me interesa en su boca.
-A mí tampoco.
Adela apoyó las yemas en la mesa.
-Si este reloj tiene relación con mi tía, necesito saberlo antes de que mi hermano encuentre una forma de hacer desaparecer también esto.
-Entonces procure que su hermano no entre en mi taller.
Ella vaciló. Por primera vez asomó algo más desnudo que la firmeza: miedo verdadero.
-No conoce a Julián.
-Conozco a todos los Julián del mundo -repuso Elías-. Cambian de bigote, no de métodos.

La frase arrancó de ella una exhalación que no era risa, pero había recordado el camino. Se echó la capucha de nuevo.
-Volveré mañana.
-No.
-Pasado.
-No.
-¿Entonces cuándo?
-Cuando este reloj decida empezar a decir la verdad.
Adela recogió la capa de la silla, se envolvió en ella y abrió la puerta. El aire helado irrumpió otra vez, trayendo el olor agrio del barranco crecido.
Antes de salir, dijo sin volverse:
-Si escucha algo esta noche, no responda de inmediato. La primera respuesta nunca es para usted.
Luego se marchó.
Elías permaneció inmóvil varios segundos. Después giró el pestillo. Fue a la ventana, cerró bien la contraventana que temblaba, avivó la estufa y regresó a la mesa. En el taller había cambiado algo. No era solo la presencia del reloj nuevo. Era la sensación de que los demás lo estaban oyendo también.
Tomó una herramienta fina y buscó la junta del borde. Nada. No había muesca visible. Probó con el lomo. Con la tapa interior. Con el anillo de sujeción. El reloj parecía fabricado para negar sus propias entradas. Sin embargo no estaba sellado: se advertía una arquitectura interna, una proporción demasiado deliberada para ser compacta.
Elías acercó la oreja.
Al principio no oyó más que un rumor tenue, como sangre detrás de la sien. Luego, muy abajo, un sonido irregular: tres pulsos, una pausa, dos pulsos, otra pausa, un roce. No era un escape normal. No era el golpe de una rueda descentrada. Tampoco era azar. Parecía una llamada intentando aprender a repetirse.

Apagó dos de las lámparas para trabajar con menos calor sobre el metal. Sacó de su cajón privado una aguja negra, la recién limada, y un pequeño disco de cristal oscuro. Apoyó el disco sobre el centro opaco de la esfera. La superficie blanca, que hasta entonces había permanecido inmóvil, se estremeció.
Debajo, algo trazó una sombra.
No una figura entera. Apenas una línea curva, breve, semejante al arco de una letra escrita con mano moribunda.
Elías retiró el disco.
Volvió la blancura.
-Sin prisas -murmuró, no se sabía si al reloj o a sí mismo.
Trabajó más de una hora sin conseguir abrirlo.
Entretanto, en el resto del taller empezaron pequeñas anomalías. Un reloj francés adelantó siete minutos en menos de un cuarto de hora. Uno de cuco, mudo desde mayo, dejó escapar una sola nota de madera y vergüenza. El del alcalde se detuvo exactamente cuando la torre de la iglesia dio las doce. El más viejo de todos, un sobrio reloj de pared con péndulo de bronce que había pertenecido al abuelo de Elías, empezó a atrasar con una lentitud casi imperceptible, como si quisiera oponerse a que la noche avanzara.
No le gustó.
Tampoco le gustó lo que ocurrió a las tres y diecisiete.
No se quedó dormido. Esperó.
Sentado ante la mesa, con las manos apoyadas a ambos lados del paño, percibió antes que nada un descenso súbito de la temperatura. La estufa seguía viva, pero el aire se vació de su calor como una bañera a la que se le retira el tapón. Después cesaron, uno a uno, los tic-tacs del taller.
No todos. Los más pequeños. Los más frágiles. Los que tenían cajas delgadas o resortes gastados. Fueron

callando en cadena, igual que animales que alzan la cabeza en el monte y descubren la misma amenaza.
Al final solo latían tres.
El reloj del abuelo.
El emparedado.
Y otro más, uno minúsculo, de dama, que Elías no recordaba haber dejado cuerda.
Las tres y diecisiete no sonaron en ninguna campana.
Sucedieron.
Entonces el reloj de plata empezó a golpear bajo el paño.
No con el repiqueteo mecánico de una máquina puesta en marcha, sino con un latido orgánico, húmedo, insoportablemente próximo. El paño vibró. La tapa se alzó por sí sola con un chasquido. De la esfera blanca surgió un vaho fino, una exhalación helada que olía a yeso mojado y a violetas secas.
Y una voz, apenas una hebra de voz, dijo:
-No fue la fiebre.
Elías no se sobresaltó. Cerró ambas manos alrededor del reloj, no para sofocarlo, sino para escuchar mejor.
La voz regresó, quebrada, como si atravesara mucha agua.
-No... fue... la fiebre.
Después, silencio.
Los demás relojes recuperaron el aliento al mismo tiempo. El taller volvió a llenarse de tics, toses metálicas, crujidos de madera, la normalidad desesperada de las cosas que fingen no haber presenciado nada.
Elías no soltó la pieza hasta que la sintió otra vez fría y completamente inerte.
-No -dijo al fin, muy bajo-. Ya veo que no.
Se levantó despacio. Fue hasta la habitación del fondo. Abrió la caja de madera que guardaba con llave. Buscó

entre sus reliquias y encontró el reloj sin agujas. Lo llevó a la mesa y lo colocó junto al recién llegado.
Los dos tenían casi el mismo tamaño.
Los dos la misma plata oscurecida.
Los dos el mismo grabado de espigas.
Elías pasó los dedos de uno a otro y la vieja rigidez de su boca cedió por primera vez en años, no hacia una sonrisa, sino hacia algo más peligroso: el recuerdo.
-Aurelia -murmuró.
Afuera, la lluvia arreció.
Y al otro lado del pueblo, en la casa grande de los Vilar, alguien empezó a golpear una pared donde ya no había nada.

Capítulo III.

A la mañana siguiente, Valneira amaneció con esa claridad descolorida que no consigue vencer a la niebla, apenas mancharla. Los gallos cantaron tarde. El barro de la Calle Honda tenía una consistencia de pan enfermo. En la plaza, las mujeres que iban a la fuente llevaban las jarras pegadas al cuerpo y hablaban en voz más baja de lo normal, como si durante la noche el pueblo hubiera oído un nombre inconveniente y todavía no supiera a quién culpar.
Tomás fue el primero en presentarse en el taller.
Entró sin asomarse siquiera, con la insolencia confiada de los niños que se sienten admitidos en un territorio excepcional.
-Ha pasado algo.
-El mundo insiste en esa costumbre -dijo Elías.
Tomás dejó un mendrugo envuelto en tela sobre la mesa.
-Mi madre dice que no desayuna bien si nadie le vigila.
-Tu madre confunde alimentarse con obedecer.

-Sí -dijo el niño con naturalidad-. Por eso se lleva bien con mi padre.
Elías localizó el pan con la mano y lo apartó hacia un lado. No había dormido. Tenía el oído embotado por el exceso de escucha, esa fatiga especial que no afecta al cuerpo sino a la paciencia.
-¿Qué ha pasado? -preguntó.
-En casa de los Vilar. Mi primo Anselmo estuvo allí descargando leña. Dice que doña Adela ha mandado clavar una puerta del piso de arriba y que el señor Julián le dio una bofetada a un criado porque juró haber oído a una mujer cantar dentro.
Elías masticó el mendrugo despacio.
-En las casas viejas siempre canta alguien. La madera, el agua, las ratas, la culpa.
Tomás se aproximó más.
-No era eso.
-No.
El niño bajó la voz por puro placer dramático.
-Dicen que esta madrugada todos los relojes de la casa se pararon a la vez.
Elías no respondió. Tomás, que sabía distinguir el silencio indiferente del silencioso interés, envalentonó la noticia.
-Y la hermana del boticario dice que en la galería apareció vaho en un espejo. Como una frase. Pero luego se borró.
-¿La hermana del boticario ve frases en todas partes. Es su manera de no leer libros.
-No se burle -protestó Tomás, divertido-. También dicen otra cosa.
-Ahí llega lo único que de verdad deseas contar.
El niño sonrió con todos los dientes.
-Dicen que el hermano de doña Adela quiere vender la plata de la casa antes de fin de mes y que la plata se está poniendo negra de la humedad.

Tomás se interrumpió para saborear el efecto antes de rematarlo.
-De dentro afuera.
Elías dejó el pan.
Eso sí merecía atención.
La plata ennegrecida por humedad, humo o abandono siempre empieza por la superficie expuesta; incluso la plata maldita, si uno concedía a Valneira el gusto de emplear esa palabra, obedecía por lo común a una lógica visible. Pero si el oscurecimiento nacía desde el centro del metal y buscaba abrirse camino hacia la luz, entonces no era mero deterioro: era otra cosa tratando de manifestarse.
-¿Quién dijo eso exactamente? -preguntó.
-Mi primo Anselmo lo oyó de la cocinera, y la cocinera se lo oyó al platero de Cifuentes, que fue a tasar unas bandejas y salió persignándose.
-Esa cadena de necios tiene eslabones de sobra para convertirse en verdad de misa.
Tomás se encogió de hombros.
-Pero ha venido doña Adela.
Elías giró apenas la cabeza.
La percibió antes por el olor a lluvia retenida en la lana que por el roce de la falda. Adela había entrado sin anunciarse y se había quedado un momento cerca de la puerta, como si quisiera medir el taller en busca de algún cambio visible: un cristal roto, una herramienta torcida, la cara de un hombre que ha pasado la noche oyendo hablar a un objeto enterrado.
-Ha madrugado usted para no fiarse de mí -dijo Elías.
-He madrugado porque no he vuelto a dormir.
Tomás, que entendía muy bien cuándo sobraba, agarró su gorra.
-Yo ya venía yéndome.
-No repitas fuera la mitad de lo que oyes dentro -dijo Elías.

-Entonces tendré que inventar la otra mitad -repuso el niño, y salió.
La puerta se cerró. La lluvia fina de la mañana se quedó del otro lado, arañando los postigos.
Adela avanzó hasta la mesa. El reloj emparedado estaba cubierto por el paño gris. Junto a él, descubierto, reposaba el otro reloj de plata: el antiguo, el que Elías había sacado de su caja cerrada.
Ella tardó apenas un latido en comprender que no eran piezas iguales por casualidad.
-¿Dónde ha conseguido ese? -preguntó.
-No lo conseguí. Me lo dejaron.
-¿Quién?
Elías no respondió al instante. Se diría que estaba calculando cuánto revelar sin entregar todavía el centro del mecanismo.
-Su tía Aurelia.
Adela no palideció. En vez de eso, se quedó inmóvil de una manera más inquietante. Algunas personas reaccionan al espanto moviéndose; otras, dejando que el miedo les quite primero la sangre de los gestos.
-Eso es imposible.
-No especialmente.
-Mi tía murió hace diecinueve años.
-Yo no dije ayer que los relojes toman algo de quienes los poseen por gusto de parecer profundo.
Adela acercó la mano al reloj descubierto, pero no lo tocó.
-¿Se conocieron?
-Un poco.
-Un poco no explica esto.
-No. Pero basta para empezarlo.
Ella levantó la vista.
-Y el otro. El que llevé anoche.
Elías retiró el paño.

El reloj de la pared parecía más consciente del destape que el propio metal. Varios tic-tacs del taller vacilaron, reajustándose al nuevo silencio que emanaba de la pieza. La falsa esfera seguía ciega, blanca, opaca como el ojo enfermo de alguien que todavía ve desde adentro.

-Habló -dijo Elías.

Adela cerró los dedos sobre el respaldo de una silla.

-¿Qué dijo?

-No fue la fiebre.

La mujer tragó saliva, pero su voz salió firme.

-¿Está seguro?

-Lo suficiente como para no repetirlo dos veces por capricho.

Por primera vez desde que la conocía, Elías notó en ella no solo temor, sino una forma de alivio brutal, casi culpable. Como si una sospecha vieja, demasiado vergonzosa para nombrarla, acabara de recibir permiso para existir.

-Adela -dijo él, y el uso de su nombre sin distancia la hizo alzar la cabeza-. Necesito que ahora sí me diga la verdad entera.

-No la sé entera.

-Diga la porción que sí sabe.

Ella se quitó los guantes despacio. Sus manos tenían ese temblor pequeño de quien ha decidido una desobediencia irreversible.

-Cuando yo tenía once años -empezó-, mi tía Aurelia ya vivía casi encerrada en la casa del barranco. No estaba loca, como decía mi padre. Ni enferma, al menos no de la manera que convenía contar. Era... incómoda. Leía demasiado. Escribía cartas que no enseñaba. Tocaba el piano cuando no debía. Y discutía.

-Una combinación imperdonable.

-Adela no sonrió.

-Mi padre decía que una mujer con voluntad propia trae ruina a una casa si no se la doma a tiempo.
Elías apoyó ambas manos en la mesa y esperó.
-Hubo un hombre -continuó ella-. No sé su nombre. Nunca me lo dijeron. Solo recuerdo que una vez lo vi desde el corredor. Había venido con un maletín de instrumentos. Hablaba con mi tía en la galería grande. Ella sostenía algo en la mano... quizá un reloj, quizá dos. Yo era niña. Mi madre me apartó de allí y aquella noche hubo una discusión terrible. Después ya no volvió a mencionarse.
Elías no hizo gesto alguno, pero sus dedos se endurecieron levemente.
-¿Ese hombre era yo? -preguntó.
Adela sostuvo su mirada.
-Creo que sí.
La lluvia golpeó un poco más fuerte el tejado, como si el taller aprobara la revelación con una impaciencia húmeda.
-El verano siguiente -dijo Adela-, mi tía murió. Dijeron fiebre. Dijeron debilidad de pecho. Dijeron melancolía. Mi padre ordenó cerrar la habitación de arriba y poco después clausuró la casa entera. Nadie volvió a entrar durante años, salvo algún criado para ventilar en Todos los Santos o mi hermano, cuando quiso registrar muebles vendibles. Pero hace tres noches comenzaron los derribos y apareció ese reloj en la pared. Desde entonces... -miró la pieza, y por primera vez el asco se mezcló con la pena- ...desde entonces la casa parece acordarse.
Elías asintió muy despacio.
-No la emparedaron para ocultar un objeto -dijo-. Emparedaron el objeto para sujetar algo.
-¿Qué?
-Una voz. Un resto. Un testigo. Aún no sé cuál de las tres cosas.

Adela se pasó una mano por la frente.
-Mi hermano quiere vender cuanto queda antes del invierno. Plata, madera, mármoles, herrajes, hasta las puertas. Dice que la casa ya ha costado bastante a la familia.
-Su hermano confunde patrimonio con botín.
-Esta vez quizá no se equivoque tanto. Si en esa casa hubo un crimen...
-Si lo hubo, la casa lleva diecinueve años viviendo encima.
Eso la hizo cerrar los ojos un segundo.
-¿Usted la quiso? -preguntó de pronto.
Elías tardó tanto en responder que la pregunta dejó de ser indiscreta y empezó a convertirse en una evidencia.
-La respeté -dijo al fin.
-No es lo mismo.
-No. Por eso dura más.
Adela apartó la vista. A veces la delicadeza más honda consiste en fingir que una confesión incompleta basta.
-¿Qué necesita? -preguntó.
-Ver la habitación donde encontraron el reloj.
-Mi hermano no se lo permitirá.
-Entonces procure que no esté.
Adela respiró hondo. Al exhalar ya parecía haber tomado una decisión que llevaba años esperando ocasión para presentarse.
-Vendrá esta tarde. A Julián lo han llamado a la notaría de Cifuentes por un asunto del molino. Tiene la costumbre de atender primero lo que puede convertir en dinero y después lo que podría convertirlo en vergüenza.
-Esa costumbre ha fundado medio país.
-Iremos a las cuatro. La servidumbre obedece a quien alza más la voz; hoy intentaré ser yo.
Elías cubrió ambos relojes con el paño.
-No entraremos solos.

-Adela frunció el ceño.
-¿Piensa llevar al párroco?
-Pienso llevar al muchacho.
-¿A Tomás?
-Oye mejor que muchos hombres hechos. Y además nadie sospecha de los niños hasta que ya es tarde.
-No me parece prudente.
-La prudencia rara vez sirve para abrir paredes.

La casa del barranco

A las cuatro, la niebla había descendido tanto sobre Valneira que el camino al barranco parecía dibujado con yeso húmedo. Tomás caminaba dos pasos por delante, no por valentía sino por la vanidad nerviosa de saberse incluido en una empresa prohibida. Llevaba una linterna, aunque todavía era de día. Los niños confían en la utilidad futura de las cosas con una seriedad admirable.

La casa de los Vilar apareció entre los álamos como un animal grande al que hubieran empezado a desollar. Los andamios mordían una esquina de la fachada. Había montones de piedra numerada, vigas apartadas, dos carretillas vencidas en el barro y una ventana superior tapiada a medias con tablas nuevas. La galería lateral conservaba aún algunos cristales, opacos por polvo y humedad. El resto del edificio mostraba ese deterioro especial de las casas ricas cuando dejan de serlo: no ruina franca, sino dignidad estropeada.

En la puerta principal los recibió una criada de mandíbula estrecha que miró a Elías con manifiesto desagrado y a Tomás como si temiera que empezara a tocarlo todo con la peste natural de los dedos jóvenes.

-He dicho que me acompañan -cortó Adela antes de que la mujer hablara-. Si mi hermano pregunta, lo he ordenado yo.

La criada bajó la vista. No por sumisión, pensó Elías, sino por hábito. Las casas antiguas enseñan a obedecer incluso cuando nadie manda con justicia.
Entraron.
El vestíbulo olía a yeso, lana mojada y madera abierta. Habían retirado cuadros, pero sobre las paredes quedaban rectángulos más claros, como huesos visibles bajo una piel mal lavada. La escalera principal subía en curva hacia el piso alto; el pasamanos seguía lustroso por zonas, allí donde generaciones de manos habían repetido el mismo gesto de dominio doméstico.
Tomás señaló el reloj de caja alta del recibidor.
-Parado.
Elías ni siquiera necesitó acercarse para notarlo. La casa tenía un modo distinto de callar al taller: no era un silencio expectante, sino un silencio de retención, como si estuviera conteniendo la respiración para no delatarse.
Subieron.
La puerta clavada estaba al final del corredor oriental. Dos tablones cruzaban las hojas dobles; habían sido puestos con prisa y mala leche. Uno de los clavos estaba torcido. Elías lo observó un segundo.
-Alguien quería impedir que se abriera desde fuera -dijo.
-O desde dentro -murmuró Tomás, encantado consigo mismo.
Adela hizo una seña seca al niño para que callara.
Elías sacó una pequeña palanca del bolsillo del abrigo. Trabajó sobre el clavo torcido, luego sobre el inferior. La madera protestó en voz baja. El segundo tablón cedió con menos resistencia, como si su función hubiera sido más ritual que eficaz.
Cuando abrió las hojas, un aire helado salió de la habitación con la calma de quien lleva mucho tiempo esperando ocasión para abandonar un encierro.

Tomás retrocedió un paso.
Adela no se movió.
El cuarto era amplio, con dos balcones hacia el barranco y un piano vertical cubierto por una sábana gris. Había una cama estrecha, un biombo roto, una librería semivacía, un armario sin puertas y señales recientes de derribo en la pared interior: ladrillos removidos, yeso abierto, una cavidad rectangular donde había estado emparedado el reloj.
Pero no fue eso lo que atrapó primero la atención de Elías.
Fue la temperatura.
No el frío común de una estancia deshabitada, sino un orden anómalo del aire: más denso junto a la pared abierta, casi templado cerca del piano, de nuevo glacial junto a la cama. Como si la habitación conservara zonas de memoria que se negaban a mezclarse.
Tomás tragó saliva.
-Huele a flores muertas.
-A violetas -dijo Adela, y su voz salió más baja de lo normal-. Mi tía usaba agua de violetas en las muñecas.
Elías avanzó hasta la pared horadada. Se inclinó ante la cavidad. Los ladrillos interiores presentaban un ennegrecimiento extraño, no de hollín ni de humedad: más bien una sombra mineral, un velado desde dentro de la piedra hacia afuera. Acercó la linterna de Tomás. Allí, en el fondo del hueco, casi imperceptible, había líneas raspadas.
-No toquen nada -dijo.
Retiró con sumo cuidado dos fragmentos de yeso suelto. Debajo aparecieron letras incisas con algo metálico, toscas pero legibles, escritas con urgencia en el ladrillo aún fresco antes de que secara del todo.
ADMITE SOLO MI NOMBRE.
Tomás leyó en voz alta y luego se arrepintió de haber oído su propia voz allí dentro.

Adela apretó una mano contra la boca.
-¿Qué significa?
-Significa que el reloj no obedece a cualquiera -dijo Elías-. O que alguien quiso impedir que obedeciera a otro.
Se incorporó despacio y recorrió la habitación con la mirada. La cama. El piano. El armario. La ventana. Después se detuvo en un pequeño reloj de dama sobre la repisa de la chimenea, ennegrecido casi por completo.
Era el tercero.
El mismo tamaño mínimo que el que había latido en su taller la noche anterior.
Fue hasta él. Lo tomó. Pesaba poco, pero no como los objetos vacíos, sino como los que ya han entregado casi todo lo que tenían a una tarea ajena. En la tapa, bajo una costra negra, aparecía el mismo grabado de espigas.
-Tres -murmuró.
-¿Qué? -preguntó Adela.
-No era un par. Era un juego de tres piezas.
Tomás se acercó demasiado; Adela lo retuvo del hombro.
-¿Para qué servían? -preguntó ella.
Elías habló sin dejar de examinar el pequeño reloj.
-No lo sé por completo. Pero sí conozco el oficio. Hace veinte años hubo un relojero en Braga que intentó fabricar mecanismos de resonancia afectiva: piezas vinculadas entre sí para conservar una misma hora interior, aunque estuvieran separadas. La idea era banal y soberbia a la vez. Un matrimonio con un reloj cada uno. Un padre lejos. Un hijo en guerra. Tonterías sentimentales con ingeniería cara. Pero algunos artesanos descubrieron otra cosa: que el metal, bajo ciertas condiciones, no solo transmite ritmo. Retiene improntas.

-¿Recuerdos? -dijo Tomás.
-No exactamente. Un recuerdo necesita un cerebro. Esto es más parecido a una inclinación del suceso. Como cuando una puerta vieja insiste en abrirse hacia donde la deformó el tiempo.
Tomás puso cara de entender a medias, que era su mejor modo de atender.
-Y mi tía tenía tres -dijo Adela.
-Tal vez dos ella y uno alguien más. Tal vez uno para cada punto de un vínculo. Tal vez... -Elías calló.
Porque acababa de verlo.
No con los ojos, que le servían poco para ciertas cosas, sino con esa forma de ensamblaje interno que a veces se produce cuando varias piezas sueltas deciden por fin reconocerse.
Aurelia no había muerto sola en una habitación cerrada por fiebres vagas.
Aurelia había intentado conservar una verdad en tres metales.
Uno, para hablar.
Otro, para responder.
Y el tercero, para recordar quién debía ser llamado.
-¿Qué? -preguntó Adela al notar el cambio en su respiración.
Elías levantó la cabeza.
-Necesito el nombre de la criada sorda que vivía con su tía.
Adela frunció el ceño.
-Magdalena.
-¿Sigue viva?
-Creo que sí. En las huertas bajas, con una sobrina. Pero está muy vieja.
-No tanto como para haber olvidado lo que no la dejaron contar.
Antes de que Adela pudiera responder, sonó un golpe en el corredor.

Luego otro.
Y otro más, cada vez más cerca, secos y violentos, no como nudillos sino como bastón contra zócalo.
Tomás se pegó a la pared.
Adela cerró los ojos un instante.
-Mi hermano -dijo.
La voz de Julián Vilar llegó desde fuera, cargada de esa autoridad tosca de quienes llevan años entrenándose para sustituir la razón por volumen.
-¡Adela!
Nadie contestó.
-¡Sé que estás ahí!
Elías dejó el pequeño reloj sobre la repisa con suma tranquilidad.
-Abra -ordenó Julián al otro lado-. O tiro la puerta.
-Ya está abierta -dijo Elías.
Hubo un silencio sorprendido. Después apareció en el umbral.
Julián Vilar tenía el mismo hueso familiar en los pómulos que su hermana, pero estropeado por la soberbia y la bebida persistente. Era un hombre ancho de hombros, vestido con buen paño mal llevado, bigote severo y ojos pequeños que miraban siempre como si calcularan precio o agravio. Traía bastón, no por necesidad sino por costumbre de señalar con algo duro.
Su mirada pasó de Adela a Tomás, y de Tomás a Elías, donde se detuvo con un desprecio casi satisfecho.
-El ciego -dijo-. Ya me preguntaba cuánto tardaría en meterse donde no lo llaman.
-El ruido que hacen los necios al entrar suele servir de invitación a todo el pueblo -repuso Elías.
Julián dio un paso dentro.
-Esta casa es mía.
-Esta casa pertenece a demasiados muertos como para que su propiedad resulte interesante.

Adela habló antes de que su hermano cargara con el bastón.
-He traído al relojero porque el objeto hallado en la pared puede afectar a la venta.
-Ese trasto ya no está en la pared.
-No. Y ha hablado.
Julián soltó una risa breve, incrédula solo en apariencia. No era de los hombres que niegan por convicción, sino por conveniencia.
-Ha hablado, dice. ¿Y qué cuenta? ¿Que una tía solterona se aburría mucho?
-Dijo que no fue la fiebre -respondió Elías.
El efecto fue mínimo y, precisamente por eso, inequívoco.
No cambió el gesto general de Julián, pero su mano apretó el bastón con una fuerza instantánea, involuntaria, como un resorte sorprendido por el toque exacto.
Tomás lo vio. Adela también.
-Está loco -dijo Julián demasiado deprisa-. O ustedes lo están si piensan seguir con esta comedia. Mañana vienen los hombres a tirar esta ala entera. Se acabó el santuario de la histérica.
La palabra quedó suspendida en el cuarto con una fealdad aceitosa.
Elías se volvió ligeramente hacia la pared abierta.
-¿La emparedó usted? -preguntó.
Julián sonrió con los labios, no con la cara.
-Yo tenía quince años cuando murió mi tía.
-Suficiente para sostener un cubo de argamasa.
Adela dio un paso al frente.
-Julián.
-Cállate.
No alzó la voz. La bajó. Y fue peor. En ese tono había una costumbre de mando doméstico tan vieja como la casa, una violencia ensayada sin testigos durante años.

Adela no se calló.
-¿Qué pasó aquí?
El hermano la miró como se mira una herramienta rebelde.
-Pasó lo que siempre pasa cuando una mujer sola se empeña en confundir el capricho con el honor. Padre evitó un escándalo. Eso pasó.
-¿Qué escándalo?
Julián torció la boca.
-El del adulterio, por ejemplo.
Adela se quedó helada.
-Esteban aún no estaba en mi vida -dijo casi sin entender.
-No hablo de ti.
Elías inclinó apenas la cabeza, siguiendo la grieta recién abierta.
-Aurelia -dijo.
Julián clavó en él los ojos.
-La señorita culta. La enferma. La incomprendida. Llámela como quiera. Cuando padre descubrió sus cartas y sus planes de huida con un don nadie de oficio ambulante, decidió terminar la vergüenza antes de que nos enterrara a todos.
Adela dio un paso atrás. No por temor físico, sino porque de pronto el suelo familiar había dejado de tener la forma que ella conocía.
-¿Qué planes?
Julián soltó una carcajada seca.
-¿De verdad no lo sabías? Iba a escaparse. Con él. Con el relojero. Llevándose plata, papeles y quién sabe qué más. Padre la encerró. Discutieron. Ella se puso peor. Llamaron al médico. Murió. Fin.
-Está mintiendo -dijo Adela.
-¿Y qué preferirías? ¿Que la ahogaran en una palangana? ¿Que la enterraran viva? Hay imaginaciones que las novelas han hecho mucho daño.

Elías habló con voz llana.
-¿Y por qué emparedar un reloj?
Julián no respondió.
No hizo falta.
En ese mismo instante, desde el interior del muro abierto, se oyó un golpe.
Uno solo.
Luego otro.
No procedía del corredor ni de la estructura entera. Sonaba detrás del ladrillo contiguo, en una porción de pared que todavía nadie había derribado.
Tomás emitió un chillido breve y luego se avergonzó tanto que se mordió el puño.
Todos quedaron quietos.
El tercer golpe sonó más abajo. Después una especie de arrastre, lento, terroso, como uñas romas buscando el borde de una caja.
Julián perdió el color.
-Eso no estaba anoche -dijo.
-Ah -repuso Elías-. Ahora sí le creo.
El hombre retrocedió un paso. El bastón chocó contra el suelo.
-Adela, saca al niño.
-No -dijo Elías.
Fue hacia la pared contigua y apoyó la palma sobre el yeso intacto. Estaba helado. No: más que helado. Era la sensación inversa del calor, como si la materia absorbiera toda presencia de mano para quedarse solo con el molde.
-Aquí hay otra cámara -dijo.
-Imposible -murmuró Julián, demasiado bajo.
-Imposible no es una palabra útil delante de la albañilería.
Buscó con los nudillos. Sonido pleno. Luego hueco. Luego pleno otra vez. El hueco marcaba un rectángulo estrecho, vertical, apenas más ancho que un cuerpo

flaco o un gran armario. Tomás lo comprendió antes de tener edad para comprenderlo de veras.
-Santo Dios -susurró.
Adela lo miró a él, luego a la pared, luego a su hermano.
-Julián.
El hombre abrió la boca, pero esta vez no salió la autoridad. Solo una defensa vieja, instintiva, insuficiente.
-Yo no lo supe todo -dijo-. Oí cosas. Padre me hizo traer yeso. Nada más.
La pared golpeó otra vez.
Elías se volvió.
-Traigan herramientas.
Nadie se movió.
-Adela.
La brusquedad de su nombre la devolvió a sí misma. Salió al corredor casi corriendo y llamó a voces. Dos criados acudieron, pálidos, con mazas y barras. Julián quiso impedirlo, pero la casa misma había cambiado ya de dueño por un instante: no obedecía al apellido, sino a la necesidad.
El primer golpe de maza levantó polvo húmedo.
El segundo abrió una grieta.
Con el tercero, la habitación entera emitió un crujido tan largo y hondo que parecía provenir de los cimientos o del pecho de alguien que llevaba dos décadas sin poder exhalar.
Tomás lloraba en silencio, de pura tensión, aunque seguía mirando entre los dedos.
Cayeron ladrillos. Luego yeso. Luego una tabla interior, clavada como refuerzo. Detrás no había un cuarto, exactamente, sino un nicho construido dentro del espesor de la pared maestra.

Y en él, sentada en la oscuridad mineral como si la hubieran obligado a guardar eternamente una postura de espera, apareció una silla.
Sobre la silla: restos de tela ennegrecida.
En el suelo: un zapato de mujer.
Y colgando de un clavo, sujeto por una cadena fina ya verdeada, un llavero pequeño con dos llaves y un camafeo oval.
Adela emitió un sonido seco, casi animal.
No había cuerpo.
El nicho estaba vacío de huesos.
Vacío, salvo por una capa de polvo espeso, algunas hebras de cabello oscuro adheridas a la tabla del respaldo... y una marca profunda en el yeso de la pared interior, a la altura de los dedos de una mano que hubiera rascado durante horas.
Nadie habló.
Al cabo de varios segundos, Elías dijo lo único razonable:
-La movieron.
Julián se santiguó con una torpeza brutal.
-No.
-Sí.
-Es imposible.
-Esta mañana le dije que esa palabra no servía.
Adela se adelantó un paso. Miró el nicho como se mira el negativo de una vida. Luego alargó la mano hacia el camafeo, pero no llegó a tocarlo.
-Ese era suyo -dijo-. De mi tía.
Elías oyó un tic distinto en el bolsillo interior de su abrigo.
El tercer reloj.
No el pequeño que estaba en la repisa, sino el emparedado que había llevado consigo envuelto en el paño. Estaba latiendo otra vez.
Muy despacio, lo sacó.

La tapa se abrió sola.
La blancura de la falsa esfera se agitó con más violencia que la noche anterior. Bajo el cristal aparecieron sombras más definidas, trazos que iban y venían como tinta bajo leche. Elías acercó el reloj a la abertura del nicho.
La voz surgió entonces más clara, aún desgarrada por distancia, pero ya indudablemente femenina.
-No... sola.
Tomás se cubrió la boca.
Adela no se apartó.
-¿Aurelia? -dijo, apenas.
El reloj vibró en manos de Elías.
-No... sola -repitió la voz-. Magdalena.
El nombre cayó en la habitación con la densidad de una piedra en agua quieta.
La criada sorda.
La mujer que había permanecido con Aurelia en la casa.
La única testigo a quien nadie se molestaría en escuchar incluso si hubiera podido contarlo todo.
Adela se volvió despacio hacia Julián.
-¿Qué hicieron?
Él parecía haberse encogido dentro de su propia ropa.
-Yo no... yo no vi... Padre dijo que la muchacha de servicio había ayudado a la señorita a escaparse. Que luego se arrepintió. Que todo era una inmundicia y debía arreglarse sin jueces.
-¿La emparedaron viva? -preguntó Tomás, con la crueldad involuntaria de los niños cuando necesitan una forma precisa del horror.
-Julián se derrumbó en una silla como si de pronto la casa lo hubiera soltado.
-No sé si viva -dijo, y esa frase bastó para condenarlo más que una confesión completa.
Elías cerró el reloj de golpe.

-Basta.
El taller de su voz devolvió orden al cuarto durante un segundo.
-Ahora sabemos dos cosas: Aurelia no murió de fiebre, y Magdalena supo demasiado. Lo demás habrá que arrancárselo a los vivos.
Adela levantó por fin el camafeo. Dentro había, bajo el cristal rajado, un retrato diminuto casi borrado por el tiempo: una muchacha de ojos graves y un hombre apenas esbozado, juntos en un jardín que el desgaste había convertido en mancha.
-El relojero -susurró.
Elías no confirmó ni negó.
Miró, en cambio, las dos llaves.
-Una será de algún escritorio o arcón. La otra... -las palpó apenas con la yema- ...más pequeña. De caja de música, tal vez. O de secreter.
Adela guardó las llaves en el bolsillo del vestido.
-Si mi padre ocultó papeles, no lo haría en un lugar vulgar. Tenía un escritorio en la biblioteca de la casa grande. Con compartimentos.
-Entonces iremos allí.
Julián alzó la cabeza de golpe.
-No.
Nadie le hizo caso.

Magdalena

Encontraron a Magdalena al anochecer, en una casa baja junto a las huertas, donde el humo salía por una chimenea torcida y el barro llegaba hasta el umbral. La anciana estaba sentada junto al fuego, envuelta en mantas, con un gato ceniciento sobre las rodillas. Magdalena tenía la espalda vencida y los ojos empañados por una vejez que no parecía haber llegado de golpe, sino por capas de inviernos mal digeridos. Al ver entrar a Adela, no mostró sorpresa. Al ver a Elías,

sí: una contracción mínima en la boca, un reconocimiento sin alivio.
El gato saltó al suelo.
La sobrina, una mujer huesuda con manos de col, dijo en voz alta e inútil:
-No oye casi nada.
-Miente casi mejor que oye -dijo Magdalena, con una voz áspera que parecía salir de una madera reseca.
La sobrina se santiguó y se retiró al fondo, murmurando algo sobre café.
Adela permaneció de pie. Tomás, por una vez, no buscó acomodo ni curiosidad visible; se quedó cerca de la puerta, agarrando la linterna apagada con las dos manos. Julián no había querido acompañarlos. O no se había atrevido.
Elías se acercó al fuego.
-La casa del barranco ha empezado a devolver lo que le metieron dentro -dijo.
Magdalena cerró los dedos sobre la manta.
-Tarde.
-Sí. Pero no lo bastante.
Adela sacó el camafeo y las dos llaves. Cuando la anciana las vio, su respiración cambió. No fue llanto. Fue algo más antiguo: el cuerpo preparándose para una verdad que lleva demasiado tiempo sentada sobre el pecho.
-Eran de ella -dijo.
-De Aurelia -respondió Adela.
Magdalena levantó la vista hacia su sobrina, que fingía no escuchar desde el otro lado del cuarto.
-Vete afuera un rato.
-La noche está mojada.
-Pues mójate.
La mujer obedeció con la resignación de quien lleva años obedeciendo rarezas viejas por miedo a descubrir su motivo.

Cuando quedaron solos, Magdalena extendió la mano.
-Déme el camafeo.
Adela dudó un instante, luego se lo entregó. La anciana lo abrió con los dedos temblorosos y lo sostuvo cerca del fuego.
-Esa copia se la hizo él -dijo-. El retrato. Decía que no sabía pintar, pero sí mirar. Hay hombres a los que la mirada se les da mejor que la honra. Y otros al revés. Él era de los primeros.
-El relojero -dijo Tomás en un susurro reverente.
-Elías Barreiro -dijo Magdalena sin apartar los ojos del camafeo-. Aunque aquí vino con otro apellido, por prudencia o por cobardía, eso se lo dejo a él.
Adela giró la cabeza hacia Elías con una rapidez casi dolorosa.
-¿Barreiro?
Elías no hizo gesto de defenderse.
-Hubo una época en que me llamé de varias maneras.
-¿Y una de ellas lo convirtió en fantasma diecinueve años? -preguntó Adela.
-No. Lo convirtió en hombre que sobrevivió.
Magdalena cerró el camafeo.
-Ahora ya da igual cómo se llamara. Lo importante es que volvió tarde.
Elías aceptó el golpe sin pestañear.
-Si quiere malgastemos la noche en mi culpa. Si prefiere aprovecharla, díganos qué pasó.
La anciana guardó silencio un largo momento. Afuera, el barro recibía la lluvia con un ruido blando. Adela se quitó los guantes sin darse cuenta de que repetía el gesto de la mañana.
-Fue su padre -dijo por fin Magdalena, mirando a Adela-. Pero no solo su padre. Estas cosas nunca las hace uno solo. Hace falta una casa entera enseñada a no ver.
Adela bajó despacio a una silla.

-Mi tía...
-Su tía quiso irse. Con él. No por deshonra, señorita, sino por hambre de aire. Ya tenían dispuesto dinero, algunas alhajas, papeles, un coche para la madrugada. No era una fuga de novela. Era una huida torpe, pensada deprisa, con más esperanza que método.
Tomás miró a Elías con decepción casi infantil.
-Entonces sí iba a escaparse.
-Sí -dijo Elías.
-¿Y la dejó?
-No.
Magdalena respondió por él.
-Lo hicieron irse antes.
Se acomodó la manta en los hombros, como si el relato necesitara primero sujetarle los huesos.
-El padre de ustedes encontró una carta. No la principal, otra menor, una de esas donde basta una frase para arruinar una vida si cae en manos adecuadas. Esperó a don Elías en la galería con dos hombres. No lo mataron porque no quisieron un cadáver extraño cerca de la casa. Le rompieron la mano izquierda, le advirtieron que si regresaba encontrarían a Aurelia antes que él, y lo echaron camino abajo como a un perro.
Elías mantuvo las manos quietas junto al fuego.
Tomás las miró entonces con atención nueva, como si buscara en ellas la cicatriz antigua de una derrota.
-Y usted no volvió -dijo Adela.
-Volví al amanecer siguiente -respondió Elías-. Ya no me dejaron pasar del portón.
Magdalena asintió.
-Aurelia seguía viva entonces. La encerraron arriba. Le quitaron el reloj pequeño y el grande, pero no encontraron el tercero.
-El de la chimenea -murmuró Elías.

-El que yo escondí -dijo la anciana-. Ella me había explicado para qué servían. No del todo, porque ni ella misma lo sabía del todo, pero sí lo bastante. "Si me callan", me dijo, "alguno tendrá que seguir insistiendo." Hablaba así. Como si una frase pudiera aguantar años debajo de la cal.
Adela tenía las manos enlazadas con tanta fuerza que los nudillos se le habían vuelto blancos.
-¿Qué le hicieron?
Magdalena miró las llamas.
-Su padre llamó al médico del pueblo, que era hombre de obedecer cheques y apellidos. Dijo que la señorita tenía un acceso nervioso. La sangraron. La doparon. La tuvieron dos días medio ida. El tercero quiso verla el párroco, pero no lo dejaron subir. Esa noche yo entré con caldo. Ella estaba sentada junto a la cama, despierta del todo. Tenía la cara... -la voz le flaqueó por primera vez- ...tenía la cara de alguien que ya ha entendido que no van a convencerla, van a borrarla.
Nadie la interrumpió.
-Me dio estas llaves. La grande era del secreter de la biblioteca pequeña; la chica, de una caja de música donde guardaba las cartas verdaderas. Me dijo que, si pasaba algo, buscara al relojero o esperara a que los relojes encontraran a quien supiera oírlos. Yo creí que deliraba. Luego oí discutir abajo. Su padre. Su hermano mayor. Un albañil de confianza. Y comprendí que en esa casa los delirios los tenían otros.
Adela alzó la cabeza.
-¿Mi hermano mayor? Pero Julián era un muchacho.
-Los muchachos aprenden pronto a llevar cubos cuando el padre manda.
Tomás se estremeció.
-¿La emparedaron viva?
Magdalena cerró los ojos.

-No como imaginas. No la sentaron allí respirando mientras levantaban ladrillo alrededor, si es eso lo que quieres saber. Primero la sacaron del cuarto. Todavía andaba, pero apenas. Yo la vi desde la despensa. No gritó. Eso fue lo peor. No gritó porque aún pensaba que alguien, en el último momento, tendría vergüenza.
El fuego crujió.
-La habitación tenía ya preparado el nicho. No para una persona: para ocultar papeles, joyas, cualquier cosa comprometida si un registro llegaba. Su padre decidió usarlo de otro modo. Metieron allí el sillón, algunas telas, un zapato, objetos de ella. Querían fabricar una ausencia cerrada, una especie de tumba sin cuerpo por si algún día hacía falta otra historia. Pero a Aurelia no la dejaron dentro. La llevaron al cuarto de costura del semisótano.
El silencio siguiente fue peor que el anterior.
-¿Murió allí? -preguntó Adela.
Magdalena tardó en contestar.
-Sí. A la mañana siguiente. O eso me hicieron creer. Cuando quise entrar, ya la habían amortajado. No me dejaron verla bien. Todo fue deprisa. Médico, certificado, cajón cerrado. Fiebre, dijeron. Debilidad, dijeron. Mentira, claro. Pero no la pared que ustedes abrieron. La otra.
-¿Cuál otra? -dijo Elías.
Magdalena lo miró entonces de frente.
-La de abajo.
Elías no se movió, pero Tomás sí: dio un paso involuntario hacia el fuego, como si necesitara más calor para seguir oyendo.
-En el semisótano había un cuarto antiguo donde guardaban carbón fino y conservas en invierno -continuó la anciana-. Después de enterrarla, o de fingir enterrarla, no lo sé ya con certeza, su padre mandó tapiar una alacena profunda del fondo. Yo pensé que

escondían cartas o dinero. Esa noche fui con el reloj pequeño, el que había salvado, y se puso a latir como un corazón ajeno frente a los ladrillos nuevos. Ahí entendí que lo de arriba no bastaba. Había otra cosa emparedada en la casa.
Adela se puso en pie tan rápido que la silla chirrió.
-¿Mi tía?
-O alguien que aún podía dar testimonio de ella.
-¿No lo sabe?
-Sé lo que oí tres noches seguidas. Golpes. Rasguños. Una vez, una voz. No sé de quién, porque el miedo también ensordece. Después dejó de sonar. A los dos días me echaron. Dijeron que me llevaba chismes a la cocina. Yo me fui con el reloj y con esta vergüenza.
Elías habló por primera vez en varios minutos.
-¿Y por qué no contó nada después?
Magdalena soltó una risa sin humor.
-¿A quién? ¿Al juez que cenaba con su padre? ¿Al cura que ya había bendecido el certificado? ¿A las criadas, para que me llamaran loca? Yo era sorda, sirvienta y mujer. En ese orden me borraban.
Adela se cubrió la boca con la mano.
-Magdalena...
-No me compadezca, señorita. Compadezca a la casa que ha tenido que esperar diecinueve años a que se pudran los hombres adecuados.
Tomás miró a Elías.
-La pared de abajo, entonces.
-Sí -dijo él.
Magdalena le devolvió el camafeo a Adela y le señaló las llaves.
-La grande abre el secreter del gabinete interior. La pequeña, la caja de música azul, si no la hicieron leña. Busquen cartas. Aurelia escribía copias de todo. No confiaba ni en su esperanza. Si algo puede todavía poner nombres donde solo hay horror, estará allí.

Adela guardó las piezas en el bolsillo con una precisión casi ceremonial.
-Volvemos ahora mismo.
-La casa de noche no es mejor que de día -dijo Tomás, que era su manera de admitir que pensaba ir igual.
-El miedo tampoco mejora con espera -respondió Elías.
Magdalena extendió una mano seca y le tocó la muñeca.
-Si la encuentra, no deje que la saquen como un escándalo. Sáquenla como a una persona.
Elías inclinó apenas la cabeza.
La casa del barranco ya estaba casi a oscuras cuando regresaron. Los criados habían encendido dos lámparas de aceite en el vestíbulo, y la luz amarilla hacía que los rectángulos pálidos de las paredes parecieran cuadros invisibles. Nadie discutió su entrada. El hallazgo de la tarde había corrido por la servidumbre con esa velocidad clandestina que tienen las verdades cuando por fin se atreven.
Julián no apareció.
-Mejor -dijo Adela.
No subieron. Cruzaron el corredor trasero, bajaron una escalera estrecha de servicio y llegaron al semisótano. Allí el aire era distinto: no solo más frío, sino viejo de otra manera, con olor a carbón apagado, manzana podrida y agua retenida en piedra.
Tomás alzó la linterna.
Las paredes estaban recorridas por repisas vacías y alcobas de almacenaje. En el fondo, detrás de una mesa coja y tres jaulas oxidadas, había un cuarto sin ventana.
-La alacena -dijo Adela en voz baja.
No era exactamente una alacena. Era una hornacina profunda, casi del tamaño de una puerta angosta, tapiada con ladrillo menos antiguo que el resto del

muro. El yeso presentaba esas grietas finas que deja el tiempo cuando se cansa de guardar un secreto ajeno.
El reloj en el bolsillo de Elías empezó a latir.
Una vez.
Otra.
Y otra, marcando no el tiempo, sino el lugar.
-Atrás -dijo.
Tomás y Adela obedecieron sin replicar. Elías apoyó la oreja no en la pared, sino en el silencio que la rodeaba. Luego señaló dos junturas.
-Aquí y aquí. Hicieron doble relleno.
Buscaron herramientas entre los restos de obra. No encontraron mazas buenas, solo un puntero, una barra corta y un martillo de cantero olvidado en un cubo.
Bastó.
El primer golpe devolvió un sonido espeso.
El segundo levantó polvo gris.
El tercero abrió un boquete del tamaño de un puño, y de su interior salió un aire tan corrompido y antiguo que Tomás se dobló tosiendo.
Adela no retrocedió.
Siguieron.
Con cada ladrillo retirado, el reloj latía más deprisa. Elías notó en la yema de los dedos ese cosquilleo metálico que precede a ciertos despertares del mecanismo, como si dentro de la caja alguien caminara descalzo sobre láminas de plata.
Abrieron lo bastante para meter la linterna.
Tomás la sostuvo, pese al temblor.
La luz cayó sobre madera.
Una caja larga y estrecha, toscamente ensamblada.
No un ataúd digno. Un embalaje.
Adela emitió un sonido hueco, casi sin voz.
Elías agrandó la abertura hasta poder alcanzar la tapa. Estaba clavada a medias. La barra hizo palanca; un

clavo saltó, luego otro. La tapa cedió con una lentitud obscena.
Dentro había huesos.
Pocos visibles al principio bajo telas deshechas y yeso desmoronado. Un cráneo vuelto de perfil. Costillas hundidas. Un brazo cruzado sobre el torso como si el cuerpo hubiera intentado protegerse incluso después de toda protección posible. En el dedo anular de la mano izquierda quedaba un aro oscuro, no de boda, sino de sello pequeño. Junto al hombro, envuelto en jirones, aparecía un manojo de papeles comprimidos por humedad y tiempo.
Tomás apartó la vista demasiado tarde.
Adela se arrodilló en el suelo de piedra.
-Es ella -dijo.
-No lo sabes aún -respondió Elías, aunque con poca convicción.
-Lo sé.
El reloj se abrió en su mano con un chasquido leve.
La voz llegó esta vez casi entera, rozada por la estática del metal pero inconfundible.
-Aquí.
Adela cerró los ojos. No lloró. El llanto requiere a veces una inocencia que ya no estaba disponible.
-El aro -dijo Elías-. Mire el sello.
Tomás obligó a la linterna a quedarse firme. En la cara del anillo se distinguía, bajo suciedad y óxido, la misma espiga grabada en los relojes.
-No es un anillo de ella -dijo Adela muy despacio.
-No -dijo Elías.
Entonces entendió lo que la voz llevaba intentando corregir desde el principio.
No sola.
No quería decir solo que Aurelia no había sufrido sola.

Quería decir que en el muro había dos historias, y que una de ellas seguía mal nombrada.
Elías apartó con máximo cuidado los restos de papel. Debajo, entre la tela del pecho, apareció un broche de nácar con la inicial **M**.
-Magdalena -susurró Tomás.
Adela abrió los ojos de golpe.
-No.
-Sí -dijo Elías-. Este cuerpo no es el de Aurelia. O no solo en el sentido que ustedes habían supuesto.
Emparedaron a Magdalena.
Tomás palideció.
-Pero ella está viva.
-La otra Magdalena -dijo Elías.
Y Adela lo comprendió al instante, como comprenden algunas familias cuando una mentira vieja les devuelve un nombre borrado del árbol.
-La criada anterior -murmuró-. La hija de la cocinera. Había una muchacha... mi madre la mencionó una vez. Magdalena la chica. Desapareció aquel verano. Dijeron que se había ido a servir a Orense.
La casa entera pareció asentir en el crujido del semisótano.
-La sorda tomó su lugar en la historia -dijo Elías-. O heredó su nombre en el servicio. Pasa más de lo que debería entre los pobres: cuando una desaparece, otra ocupa el delantal y hasta el nombre si conviene a la casa.
Adela llevó una mano al suelo para no caer.
-Entonces mi tía...
-Sigue faltando -dijo Elías.
Tomás miró la caja, luego el reloj, luego las llaves.
-Los papeles.
Sí.

Elías tomó el manojo con un cuidado que casi era reverencia. Las hojas estaban pegadas entre sí, pero no del todo perdidas. En la exterior, protegida por una tela encerada, sobrevivían unas palabras torcidas.

Si esto se encuentra antes que yo, crean a Magdalena.

-Adela -dijo él-. Arriba. A la biblioteca.

La biblioteca pequeña estaba detrás del salón de invierno, una estancia angosta con estantes de nogal y olor a cuero enfermo. El secreter seguía allí, cubierto por una sábana. Julián los esperaba junto a la puerta, pálido y derrotado de una manera que ya no tenía nada de noble.

-¿Qué han hecho? -preguntó.

-Lo que su padre evitó -respondió Adela-. Abrir.

Él vio los restos de yeso en la ropa, la expresión de su hermana, la linterna en manos de Tomás, y comprendió que la noche ya no iba a obedecerlo.

-No entren más en esto.

-Ya estamos dentro desde antes de nacer -dijo Adela.

Sacó la llave grande. Tembló un poco al introducirla en la cerradura lateral del secreter. Giró. Un clic.

Nada.

-El compartimento interior -dijo Elías.

Tocó la moldura inferior, buscó una irregularidad y presionó un junquillo apenas levantado. Se abrió un panel estrecho. Dentro apareció una caja de música azul, despintada en las esquinas.

La llave pequeña encajó.

Adela la hizo girar. El mecanismo, milagrosamente, respondió con tres notas deformes, infantiles y tristes.

Luego el fondo falso se soltó.

Había cartas.

Ocho, atadas con cinta parda.

Y debajo, un cuaderno.

Julián dio un paso adelante.
-Eso pertenece a la familia.
-Adela lo miró con una frialdad nueva.
-No. Esto pertenece a los muertos.
Elías tomó el cuaderno primero. En la portada, casi borrado, se leía: **A. V. - Copias**.
Lo abrió por las últimas páginas, donde la tinta solía resistir mejor.
Encontró una entrada fechada tres días antes de la supuesta fiebre. Leyó en silencio una línea, luego otra, y después entregó el cuaderno a Adela porque la voz ya no le convenía para ciertos textos.
Ella leyó en alto.
"Si mi padre cumple su amenaza, dejo constancia de que no estoy enferma sino retenida. Si desaparece Magdalena chica, búsquenla en la casa. Si desaparezco yo, que se sepa que Elías Barreiro no me ha robado ni forzado: he querido irme por mi voluntad, que en esta casa se considera crimen mayor que el adulterio."
Julián se dejó caer contra un estante.
Adela siguió leyendo, cada vez más firme.
"El reloj grande admitirá solo mi nombre mientras yo pueda aún reclamar lo que he visto. El pequeño responderá al suyo. El tercero queda con Magdalena hasta que deba decidir a quién creer."
Tomás miró a Elías con una mezcla de asombro y piedad.
-Sí la quiso -dijo, casi sin darse cuenta.
Elías no respondió.
Adela pasó otra página.
Aquí la letra se volvía más apresurada.
"Padre ha hecho traer al médico. También a Nicanor el albañil. Si mañana no salgo de este cuarto, que quien halle esto no confunda silencio con consentimiento."

Otra.
"Julián oye detrás de las puertas. Aún es niño; aún podría apartarse. Dios lo quiera mejor de lo que esta casa sabrá hacerlo."
Julián cerró los ojos como si le hubieran puesto una mano en la garganta.
-No sabía... -empezó.
-Sabías bastante -dijo Adela sin levantar la vista.
La última hoja escrita tenía manchas de agua o de otra cosa peor.
"Han sacado a Magdalena chica. Dice padre que la castigará por alcahueta. Oigo golpes abajo. Si el reloj aún obedece, que no me nombre a mí sola. No fui la única."
Adela dejó caer lentamente la mano.
El cuarto entero se ordenó alrededor de esa frase.
No sola.
No una mujer sola. No una víctima sola. No un crimen solo.
Dos desaparecidas.
Una voz obstinada tratando de evitar, durante diecinueve años, que la memoria eligiera la versión más cómoda.
Julián habló desde el rincón, deshecho.
-Yo vi que se llevaban a la muchacha. Pensé... pensé que la mandarían lejos. Mi padre me dijo que a veces había que arrancar una podredumbre para salvar la casa.
-El problema de las casas como esta -dijo Elías- es que llaman podredumbre a todo lo que las contradice.
Adela recogió las cartas y el cuaderno.
-Mañana vendrá el juez.
Julián soltó una risa rota.
-El juez viejo era amigo de padre.

-El viejo murió hace dos inviernos. Y aunque el nuevo fuera igual de sucio, esto ya no depende de su gusto.
Levantó el cuaderno.
-Depende de tinta, huesos y ladrillo.
Tomás tragó saliva.
-¿Y Aurelia?
La pregunta quedó suspendida como una lámpara que nadie quiere mirar demasiado tiempo.
Elías sostuvo el reloj cerrado entre ambas manos.
-Si no está en la casa, la sacaron. Si la sacaron, hubo entierro o traslado. Si hubo traslado, habrá registro, cochero, factura, cura, fosa o mentira documentada. Los muertos dejan más rastro que los vivos cuando alguien se molesta en seguirlos.
Adela asintió.
-Pero esta noche no la encontraremos.
-No -dijo Elías-. Esta noche encontramos lo bastante para que no vuelvan a enterrarla en una versión.
En algún lugar de la casa, un reloj detenido reanudó de pronto su marcha.
Luego otro.
Y otro más, en distintos cuartos, como si el edificio entero, aligerado por fin de una parte de su carga, hubiera decidido admitir de nuevo la existencia del tiempo.
Tomás alzó la cabeza, maravillado y aterrado a la vez.
-Ya no calla igual.
-No -dijo Elías.
Miró a Adela, que seguía de pie con el cuaderno de su tía entre las manos y el barro de la huerta en el dobladillo del vestido, y pensó que algunas verdades no redimen nada: apenas devuelven los nombres correctos al dolor. Pero a veces eso basta para empezar una justicia.
Afuera, la niebla se apretaba contra los cristales.

Dentro, por primera vez en diecinueve años, la casa del barranco dejaba de recordar a solas.
Adela no durmió.
No porque temiera a la casa -aunque la temía-, sino porque el cansancio había dejado de pertenecer al cuerpo y se había vuelto una claridad dura, casi ofensiva. Permaneció sentada en la biblioteca pequeña hasta que el aceite de la lámpara empezó a morir, con el cuaderno de Aurelia sobre las rodillas y las cartas alineadas a su lado como si fueran instrumentos quirúrgicos.
Elías había insistido en que al amanecer habría que llamar al juez, al médico nuevo del distrito, al notario si hacía falta, y a dos vecinos incapaces de callar una verdad de ese tamaño. Tomás se había ofrecido a ir al pueblo en cuanto clareara. Julián, en cambio, no había vuelto a hablar después de encerrarse en el despacho de su padre.
La casa crujía de otra manera.
No más tranquila. Más despierta.
A las cinco, cuando el cielo seguía siendo una masa indecisa entre carbón y ceniza, Adela abrió la primera carta.
Iba dirigida a **E.B.**
No era una carta de pasión juvenil ni una despedida novelesca. Era peor: era una carta escrita por una mujer que ya había aprendido a pensar bajo vigilancia.
"*He decidido hacer copia de cuanto importe, porque en esta casa desaparecen antes los papeles que las personas, y a veces las personas detrás de los papeles. Si llega a usted esta nota sin mi mano, no crea ninguna versión en que yo me haya arrepentido. Me arrepiento solo de no haber desconfiado antes.*"
Adela la dejó despacio sobre la mesa.
Abrió otra.

Esta no iba dirigida a nadie; era una relación de nombres. Fechas. Entregas. Cantidades. Una lista en apariencia doméstica, hasta que se advertía que ciertas joyas de la familia figuraban como "trasladadas" meses antes de cualquier inventario oficial, y que junto a varios importes aparecía la inicial del médico y la rúbrica abreviada de un sacerdote.

-Elías -dijo en voz baja.

Él, que dormitaba sentado junto a la puerta, abrió los ojos al instante. No parecía haber dormido de verdad.

-Ya empezó el inventario de la podredumbre.

Se acercó, leyó por encima del hombro de Adela y frunció apenas el ceño.

-No solo ocultaban a personas -dijo-. También movían bienes. Si el padre de Aurelia necesitaba declararla incapaz o inestable, le convenía vaciar ciertas piezas antes de cualquier disputa.

-Para que, si ella escapaba o reclamaba, pareciera también ladrona.

-Sí.

Tomás, tumbado de cualquier manera sobre una chaise longue, se incorporó con el pelo revuelto y la cara gris.

-Hay gente que comete un crimen y luego todavía lo administra.

-Normalmente es así -dijo Elías.

La tercera carta estaba inacabada. Aurelia la había comenzado para una amiga de Lugo, al parecer casada con un registrador. La letra era firme hasta la mitad, luego descendía.

"*Si no regreso en otoño, le ruego indague discretamente si mi nombre ha sido asentado en parroquia alguna como difunta. No me extrañaría que pretendieran matarme primero en papel.*"

Tomás soltó aire entre dientes.

-Matar primero en papel.

-Adelantar la mentira a la muerte -dijo Elías-. Es una costumbre muy útil para los cobardes con influencia.
Adela apartó esa carta y abrió el cuaderno por la parte central. Entre notas de mecanismo -medidas, horarios, referencias a los tres relojes- aparecía un nombre repetido dos veces, con rabia creciente.
Santiago Varela de Castro.
Su padre.
Debajo, una anotación más breve:
"*Ha dicho delante de Julián que una hija desobediente puede corregirse con silencio o con sepultura social. Ignora hasta qué punto ha pronunciado ya su método.*"
Adela sintió frío en los dientes.
No lloró entonces tampoco. La pena todavía no llegaba en forma de llanto, sino de precisión.
-Antes de que venga nadie -dijo-, quiero ver el despacho de mi padre.
Elías la miró.
-No sola.
-No dije sola.
El despacho seguía oliendo a cuero, tabaco viejo y esa limpieza excesiva que deja la culpa cuando intenta parecer orden. Las contraventanas estaban cerradas. Julián seguía dentro, de pie junto a la ventana, con la misma ropa de la víspera.
No se volvió al oírlos entrar.
-Ya no tienen derecho a registrar nada más -dijo, con una voz gastada que no alcanzaba a ser firme.
-Adela respondió mientras encendía otra lámpara.
-Tampoco lo tenían ellos.
Tomás cerró la puerta detrás de sí. No por amenaza, sino por pudor: ciertas ruinas familiares no deberían tener público.
Elías recorrió la estancia sin tocar todavía nada. Sobre la mesa había un archivador bajo llave, una caja de

caudales pequeña empotrada en la pared y varios legajos de administración corriente. El tipo de papeles con que las casas viejas se disfrazan de inocencia.
-La caja -dijo.
Julián apretó la mandíbula.
-No sé la combinación.
Elías alzó una ceja, no por incredulidad, sino por cansancio.
-Adela, búsqueme un retrato de su madre o de su padre joven.
-¿Para qué?
-Los hombres de esa especie no eligen números. Eligen narcisismos: fechas de boda, iniciales convertidas en cifras, años de mayorazgo, cumpleaños propios.
Tomás revisó la repisa y encontró una fotografía enmarcada: el matrimonio en una fiesta de verano, todavía sin endurecerse del todo.
-Adela -dijo Elías-. ¿Fecha del matrimonio?
-Doce de octubre.
-¿Año?
Ella respondió.
Elías giró el dial.
No abrió.
Probó con el año del nacimiento del padre.
Tampoco.
Entonces miró a Julián.
-¿Cuál era la fecha que su padre repetía más?
Julián tardó un instante.
-El día en que heredó.
Adela cerró los ojos apenas, asqueada de reconocer que eso tenía sentido.
Dijo la fecha.
Elías introdujo la combinación. La cerradura cedió con un clic seco.

Dentro había dinero, dos sellos, un revólver pequeño sin usar y un paquete de documentos atado con cinta negra.
Tomás murmuró:
-Qué gusto tan teatral para ser un cobarde.
Adela ya estaba tomando el paquete.
El primer documento era un certificado médico preliminar, sin sello parroquial pero firmado por el antiguo doctor del pueblo. Declaraba a **Aurelia Varela** propensa a episodios de "agitación histérica, ideación confusa y tendencias impropias de una señorita de su posición". Fechado dos días antes de su desaparición.
El segundo era peor.
Una solicitud preparada, nunca presentada o quizá retirada después, para su internamiento discreto en una casa de reposo de Santiago de Compostela.
El tercero hizo que Elías se quedara inmóvil.
Era un recibo de carro de transporte privado, nocturno, con origen en la casa del barranco y destino al convento-hospital de San Xerome, fechado cuatro días después de la supuesta muerte por fiebre. No figuraba pasajero. Solo decía:
"Un bulto femenino, con acompañamiento de confianza."
Adela apoyó la mano sobre el escritorio para no perder el equilibrio.
-No murió aquí.
-No necesariamente -dijo Elías-. Pero salió viva o al menos sin certificación inmediata de cadáver. Si hubiese muerto del todo bajo techo, la parroquia local bastaba. Este transporte indica traslado fuera del circuito habitual.
Tomás tragó saliva.
-"Bulto femenino."

-La forma más limpia de deshumanizar a alguien es convertirlo en carga -dijo Elías.
Julián se había quedado blanco.
-Yo no vi eso.
-No -dijo Adela-. Solo viste cómo se la llevaban a otra. Eso te bastó para mirar a otra parte diecinueve años.
Él alzó la vista por fin, con una mezcla miserable de defensa y vergüenza.
-Era un niño.
-Eras un niño cuando obedeciste. Luego fuiste hombre durante diecinueve años.
El golpe dio en el centro.
Julián no respondió.
Elías siguió revisando el paquete. Debajo del recibo apareció una nota breve, de puño masculino distinto al del padre. Más regular. Más administrativo.
"*Recibida la señora en estado de postración. Se recomienda discreción por el apellido comprometido. La firma definitiva se expedirá si hubiera desenlace.*"
Sin membrete. Sin nombre.
-Pero esto basta -dijo Adela.
-Basta para abrir una investigación seria, sí. No basta aún para cerrar la historia.
Tomás señaló el revólver dentro de la caja.
-¿Y si el señor heredero decide que no le gusta la investigación?
Julián soltó una carcajada rota.
-No soy mi padre.
-No -dijo Adela-. Eso es precisamente lo insoportable. No eres él y aun así lo sostuviste.
Amaneció con una lluvia tenue, uniforme, casi administrativa.
Tomás fue al pueblo antes de las siete, embarrado hasta media pantorrilla, con órdenes precisas: juez, médico del distrito, escribano y, si podía, al nuevo cura,

no por santidad sino porque en pueblos así los muertos todavía pesan más cuando los mira una sotana.
Mientras tanto, Elías y Adela volvieron al semisótano. No para abrir más, sino para preparar la verdad. Retiraron la caja con el cuerpo lo suficiente para que pudiera examinarse sin violencia inútil. Cubrieron los restos con una sábana limpia. Adela insistió en lavarse las manos antes de tocar el broche con la inicial M, como si aquella delicadeza llegara tarde pero aún debiera existir.
-La muchacha -dijo-. Magdalena chica.
-Sí.
-Quiero saber quién era además de víctima.
Elías asintió.
-Eso también forma parte de la justicia.
Hallaron en el interior de la caja, entre el yeso suelto y la tela podrida, una peineta barata, una medallita de cobre y un botón de librea arrancado. Objetos de una vida menor para la casa, enormes para quien quisiera devolverle contorno.
Adela miró el broche de nácar.
-La vistieron con algo que no era suyo.
-O le dejaron puesto algo prestado por la otra Magdalena -dijo Elías-. O intercambiado en la prisa. A veces los asesinos confunden personas porque primero las han confundido moralmente.
El reloj pequeño permanecía cerrado en su mano, silencioso por primera vez desde la noche anterior.
-¿Ya ha dicho todo? -preguntó Adela.
-No lo sé.
-Pues yo sí sé algo -dijo ella-. Ya no le voy a pedir milagros. Solo pruebas.
Eso, pensó Elías, era más sensato que la fe.
Llegaron cerca de las nueve: el juez de instrucción de la comarca, un hombre flaco de nariz impaciente; el médico joven, que aún tenía ese exceso de aseo de

quienes quieren distinguirse de sus predecesores; el escribano; el párroco; y media curiosidad del pueblo frenada a tiempo por los criados.
Julián quiso recibirlos en el salón principal, con dignidad de propietario.
Adela lo impidió.
-Se entra por detrás -dijo-. Hoy la casa se explica desde donde escondió.
El juez no agradeció el barro, pero entendió de inmediato que el caso ya era demasiado visible para liquidarlo con cortesías. Vio la hornacina abierta, los restos, la caja, los papeles protegidos en paños secos, y se le fue afinando el gesto.
-¿Quién tocó esto?
-Nosotros -dijo Adela.
-¿Antes de avisar a la autoridad?
-Sí. Si hubiéramos esperado a la autoridad adecuada hace diecinueve años, seguiría usted buscando una fiebre.
El juez la observó unos segundos. Luego miró a Elías.
-¿Y usted es?
-El hombre a quien acusaron sin nombrarlo.
-No lo he acusado.
-Todavía no.
Eso pareció bastarle al juez como presentación provisional.
El médico se inclinó sobre la caja, examinó sin teatralidad y habló con una sobriedad que Adela agradeció de inmediato.
-Hay restos femeninos, sí, de una persona joven. Hará falta examen más detenido, pero a simple vista no corresponde a una anciana ni a una mujer de edad madura. El encierro prolongado y la humedad han alterado mucho todo.
-No es mi tía -dijo Adela-. O no la que creíamos encontrar.

El juez alzó la vista.
-Explíquese.
Entonces Adela explicó.
No con llanto ni titubeo, sino como quien clava tablones sobre un terreno blando para que otros puedan cruzarlo: la visita a Magdalena, las llaves, el cuaderno, la frase **No fui la única**, la mención a Magdalena chica, el nombre heredado en el servicio, el cuerpo en el muro, el recibo del traslado.
El escribano no levantaba apenas la cabeza de tanto anotar.
Cuando terminaron, el párroco carraspeó.
-Si esto es cierto...
-Si esto es cierto -lo cortó Adela-, durante diecinueve años se rezó por la persona equivocada.
No era crueldad. Era contabilidad moral.
El juez pidió ver los documentos.
Leyó en silencio el certificado, la solicitud de internamiento, el recibo del carro, la nota sin membrete, luego el cuaderno de Aurelia. En la página donde ella escribía "*no estoy enferma sino retenida*", su expresión cambió del fastidio profesional a una atención más peligrosa.
-Esto ya no es un asunto doméstico -dijo.
-Nunca lo fue -respondió Elías.
El juez ignoró el comentario, aunque no del todo.
-Se procederá al levantamiento oficial de los restos. También a la custodia de estos papeles. Y enviaré oficio a Santiago y a Ourense. Si existió ingreso en ese convento-hospital, o traslado posterior, aparecerá en algún registro.
-También parroquias -dijo Elías-. Y cocheros, si conservan cuentas.
-Sí, también parroquias y cocheros.

Tomás, empapado todavía de su carrera matinal, apoyado en el marco de la puerta, murmuró:
-Los muertos dejan más rastro que los vivos.
El juez lo miró con sequedad.
-A veces. Cuando los vivos dejan de taparlos.
Magdalena llegó al mediodía en un carro prestado, envuelta en dos mantas y en una terquedad que parecía más resistente que sus huesos.
Nadie había querido que bajara hasta el semisótano, pero ella insistió con tal ferocidad que terminó entrando apoyada en Tomás y en una vara de avellano.
Cuando vio la caja, no se santiguó.
Se quedó mirando largo rato, con los labios apretados hacia dentro, como si mascaran una culpa antigua.
-El broche -dijo.
Adela se lo mostró.
-Sí. Era suyo. Se lo regalé yo por San Juan. Costó una miseria y ella lo llevaba como si fuera de reina.
-¿Magdalena chica?
-La misma.
Se acercó un poco más. El médico quiso impedirlo; ella lo apartó con un gesto.
-La mataron porque oyó y porque ayudó. A Aurelia le llevaba recados cuando yo ya no podía subir sin levantar sospechas. La muchacha era lista, rápida y tenía esa insolencia buena de quien aún cree que la injusticia se arregla con decirla en voz alta.
Su voz se quebró, pero siguió.
-Yo pensé durante años que quizá me había equivocado. Que quizá solo la mandaron lejos. Una se cuenta mentiras pequeñas para seguir comiendo. Pero no. Estaba aquí.
Tomás bajó la cabeza.
El juez preguntó:
-¿Puede declarar formalmente?

-Puedo declarar aunque me esté muriendo, si eso le sirve más que haber vivido.
El juez aceptó el golpe con menos elegancia que Elías, pero con cierta utilidad.
Su declaración ocupó una hora entera.
Dio nombres: **Santiago Varela**, el médico antiguo, **Nicanor** el albañil, el cochero de confianza llamado **Celso**, un criado mayor ya muerto, una hermana lega del convento que había venido una vez a la casa por asuntos de caridad. Dio fechas aproximadas, habitaciones, horarios, hábitos. Dio sobre todo una estructura. Por fin el crimen dejaba de ser atmósfera y adquiría logística.
Al terminar, estaba extenuada.
-Adela -dijo antes de que la sacaran de nuevo-. Si a la otra la encuentra, no permita que la junten con esta solo por ahorrar cajón. Cada una con su nombre.
Adela le tomó la mano.
-Cada una con su nombre.
La tarde trajo la primera respuesta inesperada.
No vino de Santiago ni del convento, porque para eso aún era pronto. Vino del propio Julián.
Pidió hablar a solas con Adela, pero ella hizo que se quedaran también Elías y el juez. No aceptaba ya intimidades de familia donde hubiera delito.
Julián traía una libreta pequeña, arrancada de algún doble fondo reciente, no antiguo.
-La encontré hace años entre papeles de padre -dijo-. No la entendí entera entonces. No quise entenderla después.
Se la dio al juez con manos temblorosas.
Era un cuaderno de cuentas abreviado. En varias páginas figuraban gastos ligados al verano de la desaparición: pago a Nicanor, pago extra a Celso, entrega al médico, donativo al convento-hospital de

San Xerome. Junto a esta última línea aparecía una nota escueta:
"Se recibe a A. bajo nombre supuesto: Amalia V."
Adela dejó de respirar un segundo.
-¿Vivió?
El juez hojeó más deprisa.
Había una anotación posterior, dos meses después:
"Traslado definitivo autorizado. Mejor sin hábito. Cementerio de caridad no conviene. Hablar con S."
-¿Quién es S.? -preguntó Tomás.
-Seguramente el sacerdote o el administrador -dijo Elías.
-Pero vivió al menos dos meses -dijo Adela, con una incredulidad feroz, como si la esperanza también pudiera ofender.
Nadie se atrevió a limarla.
El juez cerró la libreta.
-Esto cambia el eje. Ya no investigamos solo una ocultación de muerte. Investigamos secuestro, sustitución de identidad y al menos un homicidio. Posiblemente dos.
-Posiblemente dos no -dijo Adela-. Seguramente dos.
El juez no discutió.
Julián parecía haberse quedado sin médula.
-No supe qué hacer con eso -dijo-. Si lo denunciaba, destruía el apellido. Si lo callaba...
-Destruías personas -respondió Adela.
-Sí.
Por fin había pronunciado el verbo correcto.
Esa noche nadie intentó fingir normalidad.
Los criados hablaban en susurros abiertos. La cocina funcionaba como puesto de vigilancia moral. El despacho quedó sellado. El semisótano, también. El cuerpo de Magdalena chica fue trasladado provisionalmente al depósito parroquial con una

delicadeza casi solemne, porque Adela se plantó delante de la puerta hasta que dejaron de tratar la caja como un bulto.
Antes de que la sacaran, colocó dentro la medallita de cobre y la peineta.
-No para enterrarla con pobreza -dijo cuando Tomás la miró-. Sino para que no vuelva a salir de aquí sin pertenencias.
Elías entendió.
A veces la dignidad empieza por detalles diminutos.
En la biblioteca, ya de noche, revisaron otra vez el cuaderno de Aurelia. Entre las páginas finales, casi pegada al lomo, apareció una tira de papel que ninguno había visto. Apenas una línea, escrita con prisa extrema.
"*Si me cambian el nombre, buscad la inicial falsa en San Xerome.*"
Tomás abrió mucho los ojos.
-Amalia V.
-Sí -dijo Adela.
Elías se quedó quieto unos segundos, calculando rutas, tiempos, distancias, el estado de los archivos, la voluntad del juez, la resistencia que aún podía ofrecer una red de viejas obediencias.
-Mañana iremos a Santiago -dijo el juez desde el umbral.
Nadie lo había oído entrar.
Llevaba el sombrero mojado en la mano y menos suficiencia que por la mañana.
-He enviado aviso, pero no pienso esperar a que extravíen nada. Vendrán conmigo dos guardias. Y usted -miró a Adela- debería venir si cree poder reconocer letra, objetos o testigos.
-Iré.
Elías añadió:
-Y yo.

El juez lo evaluó apenas un instante.
-Usted también. Si la institución guardó su nombre o lo borró, conviene que haya alguien a quien ese borrado perjudicó directamente.
Tomás dio un paso al frente.
-Y yo...
-No -dijeron los tres a la vez.
Por primera vez desde la víspera, él sonrió un poco.
-Bien. Me quedaré aquí vigilando que la casa no vuelva a tragarse nada.
Era, en realidad, una tarea seria.
Muy entrada la noche, cuando todos se dispersaron al fin, Adela salió sola al corredor del piso alto.
Se detuvo ante la puerta del antiguo cuarto de Aurelia, ahora con la pared abierta como una herida mal cosida. La estancia estaba vacía salvo por el sillón rescatado, las telas apartadas y el hueco negro del nicho falso. Ya no inspiraba el mismo terror. Inspiraba algo más complejo y más triste: el bochorno de un escenario que había querido imponer una versión.
Adela entró.
Se acercó al hueco.
-Tardamos -dijo en voz baja, sin saber bien a quién hablaba.
El reloj pequeño, en el bolsillo de su vestido, no respondió con palabras esta vez. Solo emitió un latido breve, único, como un asentimiento cansado.
Abajo, en algún punto invisible de la casa, otro reloj marcó la media hora.
Adela apoyó la frente un instante en el borde frío del muro.
No pensó en perdón. Tampoco en redención.
Pensó en **nombres**.
En Magdalena chica, arrancada del mundo y reemplazada hasta en el nombre. En Magdalena vieja,

condenada a vivir llevando la sombra de la otra. En Aurelia, trasladada quizá viva bajo una identidad falsa. En Julián, que tendría que aprender que heredar no siempre consiste en recibir una casa: a veces consiste en responder por sus sótanos.
Y pensó, por primera vez con una esperanza que no era limpia pero sí firme, que quizá la frase del reloj no había sido solo una corrección del pasado.
No sola podía significar también otra cosa.
Que la verdad, al fin, había dejado de buscar una sola garganta.
A la mañana siguiente partirían hacia San Xerome. Y aunque la niebla siguiera cerrando caminos y el apellido aún conservase aliados, ya no iban detrás de un fantasma doméstico, sino de una mujer arrancada de su nombre, de un registro adulterado y de un crimen al que por fin le estaban creciendo testigos.
La casa del barranco quedó a oscuras.
Pero ya no parecía cerrada.
Parecía vigilante. Como si, después de diecinueve años de conservar demasiado, estuviera dispuesta a entregar lo que faltaba.

Capítulo 4

Partieron antes del alba, cuando la niebla todavía no había decidido si iba a levantarse o a cerrarse del todo sobre los caminos.
El coche del juzgado avanzaba con una lentitud agria entre castaños y piedra húmeda. Delante iban los dos guardias, silenciosos, con esa expresión de quienes preferirían una reyerta clara a un asunto antiguo con papeles, apellidos y muertos mal archivados. En el asiento de enfrente, el juez dormitaba a ratos sin llegar a dormirse, el sombrero sobre las rodillas y una carpeta

de cuero apretada bajo el brazo. Elías miraba por la ventanilla. Adela no miraba nada: llevaba los ojos fijos en la libreta de cuentas de su padre, abierta por la página donde figuraba el nombre falso.

Amalia V.

Dos letras podían servir para borrar una vida.

O para dejarla en suspenso.

-No se confíe -dijo el juez sin abrir del todo los ojos-. Que aparezca el nombre no significa que aparezca la mujer.

-Adela no apartó la vista de la página.

-Tampoco que no aparezca.

El juez aceptó la réplica con un gruñido breve, más cansado que hostil.

Llegaron a Santiago con el día ya asentado en un gris de plomo. El convento-hospital de San Xerome se alzaba en una calle estrecha, recogido sobre sí mismo, con una fachada severa que no buscaba imponerse, sino durar. La piedra estaba oscurecida por siglos de agua y de disciplina. En el portón principal no había nada melodramático. Precisamente por eso Adela sintió un rechazo más hondo: los lugares donde se hacen cosas atroces con método suelen parecer razonables desde fuera.

Los recibió un hermano portero de rostro escueto, manos limpias y una cortesía defensiva que el juez cortó de inmediato al exhibir la orden.

-No venimos a pedir permiso moral -dijo-. Venimos a revisar archivos, libros de ingreso y dependencias antiguas si las hubiera.

El hermano no discutió. Pero su incomodidad fue visible como una mancha.

Los condujeron primero a una sala de recibo desnuda, donde al cabo de unos minutos apareció la madre administradora. Era una mujer alta, de edad incierta,

con una mirada entrenada en distinguir entre la miseria inevitable y la inconveniente. Leyó la orden entera. Luego levantó los ojos hacia Adela solo una vez.
-¿Qué buscan exactamente?
-Adela respondió antes que el juez.
-A una mujer a la que le robaron el nombre.
La administradora no mostró sorpresa. Tampoco piedad. Solo un cansancio que tal vez no era nuevo.
-Eso puede describir a muchas mujeres que pasaron por aquí.
-A una en particular -dijo Elías-. Ingresada como **Amalia V.**, hace diecinueve años.
Aquello sí produjo una mínima fisura.
No fue un sobresalto. Fue algo más útil: un cálculo.
-Esos libros son antiguos -dijo ella-. Algunos están incompletos.
-Incompleto no es inexistente -repuso el juez.
Los hicieron pasar al archivo.
Era una habitación larga, fría y excesivamente ordenada, con estanterías de madera, legajos cosidos, libros parroquiales auxiliares, libros de cuentas, libros de enfermería y cuadernos de entradas con lomos desiguales. Olía a polvo seco, tinta vieja y tela lavada demasiadas veces. Dos hermanas jóvenes fueron llamadas para bajar cajas de los anaqueles altos. Lo hicieron en silencio, evitando mirar a Adela.
El juez tomó la dirección práctica de la pesquisa con una eficacia inesperada.
-Libros de ingresos de enfermas, donativos externos, correspondencia de administración y registro de defunciones no parroquiales entre julio y diciembre de ese año.
-La administradora juntó las manos.
-Será una revisión larga.
-Entonces conviene empezar ahora.

Comenzaron por los ingresos.
Las primeras páginas no ofrecieron nada más que una rutina de desgracias: fiebres, partos malogrados, caídas, tisis, muchachas recogidas sin apellido firme, viudas con pago parcial, ancianas trasladadas por caridad interesada. Adela iba leyendo nombres con la extraña sensación de estar profanando una intimidad colectiva para rescatar una sola verdad. Luego apareció.

Amalia V.

Entrada nocturna.
Procedencia reservada.
Estado: postración nerviosa y agotamiento.
Acompañamiento: particular.
Observaciones: discreción.

La letra del asiento no era la de un clérigo. Era una escritura de administración apresurada, limpia, sin emoción.

-Aquí -dijo Adela.

El juez se inclinó. Elías también.

-No dice edad -observó él.

-No la querían como persona. La querían como problema -dijo Adela.

Siguieron buscando.

Treinta y dos páginas más adelante encontraron una anotación marginal, casi escondida entre dos asientos de otoño:

Amalia V. trasladada a sala interior por indicación superior. Restringidas visitas.

-Sala interior -repitió el juez-. ¿Qué significa eso?

La administradora tardó un momento de más.

-Dependencias de reclusión médica. Se usaban para pacientes alteradas o para casos en que la familia solicitaba reserva.

-Familia -dijo Elías-. Qué palabra tan flexible.

El juez ya no le pidió moderación.
-Quiero ver esas dependencias.
-La sala fue reformada hace años.
-Entonces quiero ver lo que queda.
Mientras uno de los guardias acompañaba a la administradora, el otro permaneció en la puerta del archivo. Adela siguió pasando hojas con una rapidez que ya no tenía nada de serena. Halló una línea posterior, dos meses después del ingreso:
A.V. sin mejoría estable. Pendiente resolución.
Y después, nada.
Ni alta. Ni defunción. Ni traslado formal.
Nada.
-La ausencia también es una firma -dijo Elías.
El juez cerró el libro despacio.
-Si la sacaron sin asiento de salida, alguien decidió borrarla dos veces.
El recorrido a la sala interior se hizo por un corredor lateral, lejos del tránsito principal del hospital. Había allí menos luz y más piedra vista. El pasillo terminaba en una puerta reforzada, ahora sin cerradura antigua pero con marcas visibles de haberla tenido. Dentro, tres cuartos desnudos daban a un patio estrecho cercado por muros altos. Las ventanas eran demasiado elevadas para mirar fuera salvo de pie sobre algo.
-No era una enfermería -dijo Adela.
-No -respondió el juez.
Era un lugar pensado para que alguien permaneciera sin escándalo.
En el segundo cuarto, una hermana muy anciana estaba sentada junto al patio, desgranando habas en una fuente de metal. Nadie había dicho que hubiera allí nadie. La administradora se detuvo, molesta por una variable no prevista.

-Hermana Inés ya no recuerda bien -dijo con sequedad.
La anciana alzó la cabeza.
-Recuerdo lo que quieren que olvide. Es diferente.
Adela sintió cómo Elías se inmovilizaba a su lado.
El juez dio un paso al frente.
-Estamos investigando a una mujer ingresada aquí hace diecinueve años bajo el nombre de Amalia V.
La hermana Inés miró primero al juez, luego a Adela. Y algo en el rostro de esta última debió de bastarle.
-La de los ojos claros -dijo-. La que no rezaba cuando se lo pedían porque decía que rezar obligada era otra forma de mentira.
Adela cerró los dedos hasta clavarse las uñas en la palma.
-¿Vivió aquí?
-Sí.
-¿Cuánto tiempo?
-Meses. Tal vez más de los que dijeron. El tiempo cambia de forma en los cuartos cerrados.
La administradora intervino:
-Hermana, no está usted bien para estas conversaciones.
-No he estado bien para muchas cosas, y aun así las hice -respondió la anciana sin alzar la voz.
El juez se volvió hacia ella por completo.
-Diga lo que sepa.
La hermana dejó la fuente a un lado.
-La trajeron de noche. Sedada, pero no muerta. Una señora fina, demasiado fina para este pasillo. Al principio apenas hablaba. Después empezó a pedir papel. Luego empezó a preguntar por un hombre.
Elías no hizo ningún gesto, pero Adela notó en él una tensión nueva, dura, contenida hasta casi parecer vacío.
-¿Dio un nombre? -preguntó el juez.

-Sí. A veces decía **Elías**. A veces no decía nombre, solo "él sabrá que no me fui".
El silencio posterior tuvo el peso de una prueba mejor que un sello.
La administradora palideció apenas.
-Eso no consta en ningún libro -dijo el juez.
-La mayor parte de lo que importa no constaba -repuso la anciana.
Siguió hablando con una obstinación frágil, como si hubiera esperado demasiados años una ocasión exacta para desobedecer.
-Dijeron que padecía extravíos femeninos. No los padecía. Padecía encierro. Cuando cobraba fuerzas, discutía. Una vez rompió una jarra contra la pared y gritó que la iban a enterrar viva en nombre de la obediencia. Otra vez intentó sobornar a una hermana joven para que sacara una nota. No sé si lo logró.
-¿Qué hermana? -preguntó Adela.
-Ya murió. Jacinta.
El juez tomó mental nota.
-¿Y después?
La anciana bajó la vista a sus manos.
-Después vinieron dos hombres. No vestidos de Iglesia. Uno era el cochero o criado de confianza, creo. El otro hablaba como quien manda sin alzar la voz. No era el padre, o no el que la trajo al principio. Era otro. Más joven.
-Julián -dijo Adela, pero no como afirmación plena: como horror posible.
-No lo sé. Yo lo vi de perfil. Ella se negó a ir con ellos. Dijo que prefería firmar cualquier cosa antes que volver. Después la llevaron igual.
-¿Cuándo? -preguntó el juez.
-No sabría el día. Llovía. Siempre recuerdo la lluvia cuando algo se hace sin testigos.

-¿Y adónde la llevaron?
-Eso no lo dijeron delante de mí.
La administradora respiró hondo, buscando recuperar mando.
-Lo que esta hermana recuerda puede estar deformado por la edad.
La anciana la miró con una lucidez casi feroz.
-Y lo que ustedes olvidaron, deformado por la conveniencia.
El juez no perdió tiempo en ese choque.
-Regresamos al archivo.
Allí la pesquisa se volvió más fina.
Ya no buscaban un nombre solo, sino una cadena.
Hallaron en el libro de donativos una entrada del verano siguiente: una aportación extraordinaria de la casa Varela "por asistencia reservada". En el margen, una abreviatura: **trasl. S. C.**
-¿S. C.? -dijo Adela.
La administradora no respondió.
Elías fue el primero en verlo.
-San Clemente.
El juez lo miró.
-¿El antiguo sanatorio de las afueras?
-O lo que entonces llamaban casa de reposo cuando no querían escribir encierro -dijo él.
La administradora calló un segundo de más. Era suficiente.
-Existe un archivo dependiente del obispado -admitió al fin-. No de este hospital.
-Entonces iremos también allí.
Pero antes ocurrió algo mejor.
En una caja de correspondencia no clasificada, entre recibos de carbón y solicitudes de cera, apareció una nota doblada sin registrar, sin destinatario en sobre, escondida entre papeles de intendencia como si

alguien hubiera querido salvarla sin saber cómo enviarla.
La letra era la de Aurelia. Más débil que en el cuaderno, pero suya.
"Me hacen llamar Amalia. No consienta nadie ese nombre. Si esta nota sale, diga a E. que no cedí, aunque firmara. Me trasladan otra vez. Hablan de San Clemente como si fuera descanso. No lo es. Hay una mujer aquí que me ha prometido esconder esto en ropa de lavado. Si llega tarde, piense al menos que resistí despierta."
Adela tuvo que apoyar ambas manos sobre la mesa. Elías tomó la nota solo cuando ella se la tendió. La leyó una vez. Luego otra. No dijo nada. Pero por primera vez desde que había comenzado todo, el control en su rostro dejó ver una grieta verdadera, mínima y brutal.
Resistí despierta.
No era una frase para consolar a los vivos. Era una instrucción para no rebajarla.
-El papel -dijo el juez al escribano que los acompañaba ya en todo-. Quiero constancia inmediata y copia certificada.
Adela miró a la administradora.
-¿Quién la escondió?
-No lo sé.
La hermana Inés, desde la puerta, dijo:
-Lo sé yo. **Benedicta**. Lavandera. No era hermana. Era viuda. Tenía miedo de todo excepto de la injusticia demasiado evidente.
-¿Vive? -preguntó el juez.
-Si sigue viva, será muy vieja. Se fue a vivir con una sobrina cerca de Padrón o de Iria. Nunca recuerdo qué lugar primero.

Bastaba. Por fin había rutas laterales, nombres secundarios, manos pequeñas que quizá habían intentado impedir el borrado completo.
Salieron de San Xerome cerca del mediodía con más pruebas de las que esperaban y menos paz de la que nadie habría podido desear. El juez decidió dividir el movimiento. Uno de los guardias fue enviado con oficio urgente al archivo del obispado y al registro del antiguo sanatorio de San Clemente. El otro quedaría con ellos. La administradora recibió orden formal de inmovilizar libros, correspondencia y personal relacionado con las antiguas salas interiores.
-Intentarán ganar tiempo -dijo el juez mientras volvían al coche.
-Ya lo perdieron -respondió Adela.
San Clemente estaba a las afueras, en una loma baja barrida por el viento. Había sido sanatorio privado, luego casa de reposo, luego nada honorable y casi ruina. En el presente sobrevivía con otro uso menor, administrado por un encargado civil con maneras de funcionario cansado. El archivo estaba incompleto, húmedo y mal conservado. Pero seguía siendo archivo. Y los archivos, incluso humillados, suelen traicionar a quienes confiaron demasiado en ellos.
El encargado protestó poco ante el juez. Había visto bastante decadencia como para reconocer la autoridad cuando llegaba con barro, testigos y prisa.
-Los registros de entonces no están enteros -advirtió-. Hubo una inundación hace años.
-Inundación no significa absolución -dijo el juez.
Pasaron dos horas entre cajas deformadas, listados de pagos, fichas médicas mal ordenadas y libros de entrada con manchas de moho. Adela ya empezaba a temer otra desaparición administrativa cuando Elías extrajo de una carpeta suelta una ficha sin cubierta.

Amalia Vega.
No Varela. No V.
Vega.
La mentira había querido completarse.
Estado civil: soltera.
Procedencia: traslado por recomendación benéfica.
Observaciones clínicas: excitabilidad, ideas fijas, rechazo de autoridad, episodios de resistencia verbal.
Tratamiento sugerido: reposo estricto, limitación epistolar, supervisión espiritual.
Adela leyó en voz alta la última línea con una serenidad que daba más miedo que un grito.
-Limitación epistolar.
-No querían curarla -dijo Elías-. Querían aislarla hasta volverla increíble.
La ficha incluía fechas de permanencia: algo más de ocho meses.
Ocho meses.
Ocho meses en que Aurelia había seguido existiendo mientras en la casa del barranco ya la habían amortajado en el relato.
-Siga -dijo el juez.
Debajo de la ficha había otra hoja, arrancada de un cuaderno de visitas restringidas. Una sola entrada:
Recibida visita del Sr. J. V.
La paciente rehúsa reconciliación.
Se recomienda sedación posterior.
Adela se quedó inmóvil.
-J.V.
-Julián Varela -dijo el juez.
-Parece lo más probable -añadió Elías, pero sin goce alguno. Como quien confirma una fractura.
Más abajo, casi ilegible por la humedad:
Salida no ordinaria. Entrega a familiar autorizado por causa terminal.

-¿Terminal? -dijo Adela-. ¿Terminal de qué?
-Ni lo especifican ni quizá era verdad -respondió el juez.
-Fecha -dijo Elías.
La fecha figuraba allí.
Adela hizo un cálculo rápido. Respiró hondo. Volvió a mirar.
-Eso fue tres semanas antes de la muerte de mi madre.
Elías la observó.
-¿Está pensando lo mismo que yo?
-Si Aurelia salió de San Clemente entonces, pudo regresar a la casa. O a otra propiedad. Mi madre pudo verla.
O saberlo.
O callarlo.
No como autora quizá, sino como pieza atrapada en una maquinaria de vergüenza, obediencia y miedo.
Aquella posibilidad cambió el aire del cuarto.
Ya no perseguían solo el destino final de Aurelia. Empezaban a tocar la parte más inestable de toda memoria familiar: quién supo qué, quién miró, quién consintió por cobardía, quién intentó impedirlo demasiado tarde.
El encargado, que hasta entonces había sido solo un custodio de papeles húmedos, trajo sin que se lo pidieran una caja pequeña de "objetos no restituidos". Dentro había rosarios rotos, peines, un guante infantil, dos medallas, una libreta sin tapas y un pañuelo bordado con iniciales ajenas. Nada parecía prometer gran cosa. Hasta que Adela encontró una cinta deshilachada con una pequeña arandela de latón.
No era una joya.
Era una etiqueta de equipaje.
Tenía grabadas, casi borradas, las letras: **A.V.**
Y por detrás, a lápiz, una palabra:

Barranco

El juez se la pidió. Adela tardó un segundo en soltarla.

-Eso la vincula directamente con la casa -dijo él.

-No. La devuelve -corrigió Adela.

La libreta sin tapas resultó aún mejor. No era de Aurelia, sino de una enfermera o asistente. Contenía notas prácticas, dietas, turnos, incidencias mínimas. En una página del otoño aparecía una mención escueta:

La señora A.V. vuelve a hablar de pared falsa y de una muchacha enterrada en su lugar. Delirio recurrente o hecho no verificado.

Nadie habló durante varios segundos.

Elías fue el primero.

-Ella ya lo sabía entonces.

-Sabía o sospechaba -dijo el juez.

-Lo suficiente como para repetirlo bajo encierro -respondió Adela.

Eso importaba por dos motivos. Confirmaba que la sustitución de cuerpos no era una deducción moderna de los investigadores, sino parte del conocimiento de la propia víctima. Y convertía el hallazgo del semisótano en algo todavía más monstruoso: Aurelia había sobrevivido sabiendo que otra había muerto ocupando el lugar destinado a borrarla.

Al salir de San Clemente, el día empezaba a inclinarse hacia una tarde sucia. El viento había despejado algo la niebla, pero no el ánimo de nadie.

El juez tomó una decisión allí mismo.

-Regresamos hoy a la casa del barranco. Quiero interrogar a Julián con esto delante y antes de que tenga tiempo de construir una versión nueva.

-Adela asintió.

-Y mi madre.

El juez la miró.

-Su madre está muerta.

-Sí. Pero sus cartas, sus cajones, sus silencios no. Si Aurelia salió tres semanas antes, algo tuvo que quedar.
Elías añadió:
-Y si no quedó en la casa principal, pudo quedar en el cuarto de costura, en la capilla, en cualquier espacio que las mujeres de la familia usaran sin pasar por el despacho de los hombres. No todo archivo es masculino.
El juez aceptó de inmediato.
-Antes del anochecer revisaremos también eso.
En el camino de vuelta nadie intentó conversar. La verdad había avanzado, sí, pero no con limpieza. Cada prueba abría dos preguntas más y desplazaba la culpa como una luz móvil por los corredores del pasado.
Cuando divisaron por fin la casa del barranco, recortada contra un cielo bajo y ceniciento, Adela sintió que regresaban no a un hogar ni a un escenario del crimen, sino a una máquina antigua que aún no había terminado de confesar.
Tomás los esperaba en la entrada, embarrado otra vez, con la expresión de quien ha pasado el día conteniendo filtraciones humanas.
-Ha venido gente -dijo sin preámbulos-. Un primo remoto, dos vecinos con devoción al escándalo y el boticario. Los eché a todos con mejor o peor educación. Julián no ha salido del despacho sellado, pero pidió tres veces hablar con el juez. Y Magdalena vieja empeoró.
-¿Mucho? -preguntó Adela.
Tomás dudó.
-Lo suficiente como para tener prisa.
El juez bajó del coche con la carpeta bajo el brazo.
-Entonces no perderemos una hora más.
Entraron.

Y antes siquiera de alcanzar el pasillo principal, la criada más antigua de la casa apareció desencajada, secándose las manos en el delantal.
-Señorita -dijo a Adela-. En el cuarto de su madre... encontramos algo detrás del arcón de labor. No quisimos tocarlo más.
Adela miró a Elías.
No hizo falta decir nada.
Subieron los tres y el juez detrás, con Tomás cerrando el grupo.
En el cuarto, junto al arcón desplazado, había una tabla floja en el zócalo.
Y dentro, apenas visible en la penumbra del hueco, esperaba un paquete envuelto en lino amarillento.
No parecía grande.
Parecía decisivo.

Capítulo 5
Adela fue la primera en arrodillarse junto al zócalo.
El paquete, envuelto en lino amarillento y atado con una cinta deshecha, no ocupaba más que el ancho de dos manos. Precisamente por eso imponía. Las cosas grandes pueden deberse al exceso; las pequeñas suelen obedecer a una voluntad más precisa. El juez se inclinó, observó el hueco sin tocar nada y ordenó a Tomás que trajera una lámpara mejor. Elías permaneció de pie, inmóvil, con esa quietud que no era calma sino contención.
Cuando hubo más luz, se vio que el escondrijo no era improvisado. Alguien había soltado la tabla muchas veces sin astillarla del todo. El borde interior estaba alisado por el uso.
-No es un escondite de una sola noche -dijo el juez.
-No -respondió Adela-. Es un lugar de regreso.
La criada vieja, desde la puerta, se santiguó sin ruido.

-Eso estaba detrás del arcón desde siempre, señorita. O desde hace mucho. Su madre no dejaba que nadie barriera ahí a fondo.
Adela alzó la vista.
-¿Nunca dijo por qué?
La mujer negó despacio.
-Decía que el polvo viejo no hace daño si no se despierta.
Nadie comentó la frase. Había demasiadas maneras de entenderla.
El juez se puso los guantes. Desató la cinta con cuidado y fue retirando las dobleces del lino una por una. Dentro aparecieron tres cosas: un atado de cartas, una llave pequeña ennegrecida por el tiempo y un cuaderno de tapas de piel oscurecida, comido en las esquinas.
Adela reconoció el cuaderno antes de tocarlo.
-Es de mi madre.
-¿Está segura? -preguntó el juez.
-Sí. Tenía esa costumbre de coser el lomo cuando se abría.
En efecto, una costura fina y obstinada recorría la tapa. No era un diario elegante, sino un cuaderno remendado para durar más de lo que quizá convenía. El atado de cartas, en cambio, estaba sujeto con un cordel nuevo comparado con lo demás. Había sido rehecho o vuelto a reunir años después.
El juez tomó primero las cartas. En la parte superior había un sobre sin sello ni destinatario, solo una letra escrita a lápiz: A.
-¿A de Aurelia? -dijo Tomás, sin poder contenerse.
-O de Adela -repuso Elías.
El juez abrió el sobre. Dentro había una sola hoja.
"Si esto se encuentra cuando yo haya muerto, no lo destruya quien lo lea por piedad ni por vergüenza.

Ambas cosas han hecho ya demasiado daño en esta casa."
La letra era firme. La de Leonor, la madre de Adela.
La continuación estaba fechada tres semanas antes de su muerte.
"Hoy ha vuelto una mujer a la casa y no debía volver, porque para que regrese la verdad primero tiene que admitir que nunca se fue del todo. La han entrado por abajo, al anochecer, con Tomás el viejo y Julián mandándolo todo como quien remedia un inconveniente, no como quien trae a una persona. Venía más delgada, con el cabello cortado sin cuidado y una manera de mirar que no era de loca, como dicen, sino de quien ha tenido demasiado tiempo para entender la crueldad ajena."
Adela dejó escapar el aire de golpe.
Tomás se puso lívido.
-Mi padre -murmuró-. Mi padre estaba en eso.
-Siga -dijo el juez, aunque la orden le salió más baja de lo habitual.
Adela leyó en voz alta porque ya nadie podía quitárselo.
"Es Aurelia. Lo sé aunque nadie lo pronuncie delante de mí. Lo sé por la forma en que Julián evita mi mirada y por la furia con que Magdalena reza cuando cree que no la oyen. La han instalado en el cuarto cerrado del ala vieja. Dicen que está enferma. Está cautiva. Han decidido que permanezca oculta hasta que se determine qué conviene más: enviarla lejos otra vez o acabar de una vez con este escándalo que solo existe porque ellos lo fabricaron."
El silencio en el cuarto se volvió material.
El juez levantó la mano.
-Esa hoja basta para detener a Julián hoy mismo si se confirma con lo demás.

-No espere a confirmarla -dijo Adela sin apartar los ojos del papel-. Llega tarde diecinueve años.
Elías no corrigió el tono. Tampoco el juez.
La carta seguía.
"Aurelia pidió verme sola. Fui. Me habló con una claridad que me avergonzó, porque yo había querido creer que los rumores exageraban. Me dijo que sabían de la pared falsa. Me dijo que otra muchacha había muerto donde la querían muerta a ella. Me dijo, y esto no debo olvidarlo aunque me condene, que si yo seguía callando terminaría formando parte del mismo entierro."
Adela dejó de leer un instante. Elías extendió la mano, no para quitarle la hoja, sino para sostenerle el pulso tembloroso. Ella no lo retiró.
Más abajo, la letra de Leonor empeoraba.
"No sé qué hacer que no sea ya insuficiente. Mi salud me traiciona y Julián vigila cada movimiento de la casa. He tomado una llave del llavero del pasillo de servicio; creo que abre el armario del oratorio pequeño o el mueble escritorio del cuarto cerrado, no estoy segura, porque en la confusión sustraje dos y devolví una a ciegas. Si esto no llega a nadie antes de mi muerte, escondo aquí lo que puedo salvar. No soy inocente. Solo he sido cobarde con mejor educación que otros."
La llave ennegrecida adquirió otro peso sobre la colcha.
El juez tomó aire.
-¿Dónde está ese cuarto cerrado del ala vieja?
Tomás respondió:
-El antiguo cuarto de costura de invierno, señor. Luego se clausuró. Dicen que por humedades.
-Dicen demasiadas cosas -murmuró Elías.
El atado de cartas guardaba más pruebas. Dos estaban dirigidas a Leonor y jamás enviadas. La primera era de Aurelia. No tenía fecha, pero su urgencia era suficiente.

"Leonor, usted sabe quién soy aunque no quiera mirarme mucho tiempo. No le pido heroísmo, le pido una puerta. Si no me abre, al menos deje que esta nota salga. Su hijo no ha nacido para obedecer esto y su hija tampoco debería heredar tanta mentira."
Adela se detuvo.
-Mi hermano no había nacido aún -dijo.
-Ni usted -añadió Elías.
-Eso significa que Aurelia sabía que Leonor esperaba un hijo, o hijos, y aun así la eligió como única grieta disponible -dijo el juez.
La segunda nota era aún peor por su brevedad.
"Hoy dijeron que mañana deciden. Si desaparezco otra vez, no crea ninguna enfermedad repentina."
El cuaderno de Leonor confirmó lo demás.
No era un diario continuo. Eran entradas dispersas, escritas a intervalos, como si la dueña solo pudiera escribir cuando el miedo perdía fuerza por unas horas. Había observaciones sobre la casa, sobre Magdalena, sobre el deterioro moral de Julián y, sobre todo, sobre una lucha interna que no alcanzó a volverse acto a tiempo.
En una página, fechada dos días antes de morir, se leía:
"He oído discutir a Julián y a Magdalena en el corredor del ala vieja. Él quiere llevarla esta noche. Ella teme otro cadáver mal colocado. Dios nos castiga no por el pecado, sino por la costumbre."
Otra página, posterior solo en una noche y casi ilegible, decía:
"No está. El cuarto amaneció vacío. Queda olor a vinagre y a ropa húmeda. Tomás el viejo no levanta la vista. Julián dice que por fin se ha resuelto lo indecoroso. Si muero sin decirlo, que me juzguen con razón."
El juez cerró el cuaderno.

-Ya no es una sospecha familiar. Es privación ilegal, ocultación, falsificación documental y, probablemente, homicidio o entrega para causarlo. Necesito a Julián ahora.
-Primero el cuarto -dijo Adela.
El juez la miró un segundo. Luego asintió.
-Iremos al cuarto. Y después a Julián.
La llave pequeña fue probada en tres cerraduras del ala vieja. La primera, no. La segunda, tampoco. La tercera, en una puerta baja al final del corredor de costura, cedió con una resistencia breve y húmeda.
Dentro no había gran mobiliario: una cama estrecha ya sin colchón, una jofaina oxidada, un biombo roto y un escritorio pequeño empotrado en la pared. La ventana estaba enrejada por dentro. No con barrotes de prisión, sino con una carpintería estrecha y fija que hacía casi imposible abrir los postigos del todo.
-La hicieron desaparecer en un cuarto que fingía decencia -dijo Elías.
La llave no abría el escritorio.
Fue Tomás quien señaló el oratorio contiguo, un recinto menor, casi un armario sagrado, con un reclinatorio y un mueble bajo para paños litúrgicos. Allí sí encajó. En el cajón inferior había solo dos velas consumidas, una estampa doblada y un paquete de papeles atados con hilo negro.
Eran cuentas.
Pagos.
Fechas.
Anotaciones de mano de Julián.
"Medicinas sala vieja."
"Servicio nocturno."
"Conducción discreta."
"Sr. C. por traslado."
Y una línea aislada, sin concepto contable real:
"Al carretero, por camino del molino. Sin testigos."

Debajo de eso, una fecha. La misma noche en que Leonor había escrito que el cuarto amaneció vacío.
El juez guardó los papeles.
-Esto termina hoy.
-No -dijo Adela con una frialdad nueva-. Hoy empieza a tener nombres.
Cuando bajaron al despacho sellado, encontraron a Julián de pie, esperando junto a la mesa, sin chaqueta y con el rostro demudado de quien ha comprendido que el tiempo de administrar versiones se ha estrechado.
-Exijo saber qué atropello es este -dijo, demasiado pronto.
El juez dejó sobre la mesa la carta de Leonor, la ficha de San Clemente y la nota de Aurelia.
-No exija. Explique.
Julián miró los papeles. Primero los vio. Después entendió. Y en esa diferencia se le vino encima una edad entera.
-Adela -dijo, no al juez-. Hay cosas que no comprende.
-Entonces compréndalas usted por última vez y en voz alta.
Magdalena apareció en el umbral como convocada por el desastre. Venía pálida, sostenida por la pared más que por sus piernas.
-Julián -susurró.
El juez señaló una silla para ella sin apartar la vista del hombre.
-Tiene una oportunidad de declarar antes de que esto pase a forma judicial completa.
Julián tardó demasiado en decidir si mentir o reducir la mentira a una versión más soportable. Eligió, como siempre, lo segundo.
-Aurelia estaba alterada. Lo estaba de verdad. Desobedecía, amenazaba con el escándalo, quería

arrastrar a todos al fango. Mi padre había perdido ya bastante por su causa.
-Por su causa -repitió Adela-. Siga. Quiero oír hasta dónde llega su cobardía cuando usa palabras limpias.
-La enviaron a un lugar donde podían atenderla.
-Encerrarla -dijo Elías.
-Juzgar desde fuera es fácil -replicó Julián, y ahora sí miró a Elías con un rencor viejo-. Usted no estaba aquí cuando una casa entera podía venirse abajo por una sola mujer empeñada en no aceptar su lugar.
La frase cayó como una confesión mejor que cualquier firma.
El juez dio un paso.
-¿La trajeron de vuelta de San Clemente?
Julián calló.
-Conteste.
-Sí.
-¿Por qué?
Porque el dinero se acababa, pensó Adela antes de que él hablara. Porque el encierro prolongado también cuesta. Porque la vergüenza cambia de domicilio cuando conviene.
Julián respondió otra cosa, aunque no incompatible.
-Porque empezaba a hablar demasiado. Porque escribía. Porque había personal nuevo. Porque no era seguro dejarla allí.
-¿Y qué hicieron con ella? -preguntó el juez.
Magdalena cerró los ojos.
Julián tardó en responder tanto que la ausencia de palabras empezó a declarar por él.
-No lo sé con exactitud.
Tomás avanzó un paso involuntario.
-Eso es mentira.
Todos se volvieron.
El hombre tragó saliva.

-Mi padre condujo el carro esa noche. Volvió antes del alba. Bebió tres días seguidos después y nunca más quiso pasar por el camino del molino.
La casa entera pareció inclinarse.
Julián bajó la vista. No por vergüenza, sino por cálculo agotado.
-La llevamos a la casa de la Devesa -dijo al fin-. Una propiedad menor. Antigua. Vacía casi todo el año.
-¿Viva? -preguntó Adela.
Julián no respondió.
Adela avanzó hasta quedar a un brazo de distancia.
-¿Viva?
-Sí -dijo él, y luego, casi escupiendo la verdad para librarse de ella-. Pero sedada.
Magdalena emitió un sonido pequeño, animal.
-¿Y después? -dijo el juez.
Julián apretó la mandíbula.
-Después enfermo yo, enferma Leonor, todo se complica, hay deudas, cambios, papeles... Pensé...
-No piense ahora. Recuerde.
-La Devesa tuvo un incendio parcial años después.
Elías habló por primera vez desde que bajaron.
-Eso no responde.
Julián lo miró con odio desnudo.
-No volví a verla.
-Pero sabía dónde la dejaban -dijo el juez.
-Sabía.
El juez hizo una seña al guardia.
-Queda usted detenido.
Entonces Magdalena abrió los ojos y habló con una claridad que deshizo su apariencia de anciana confusa.
-No vayan mañana -dijo-. Vayan ahora. Si la lluvia de esta noche entra en el sótano pequeño, se les caerá el suelo.
Todos la miraron.
-¿Qué sótano? -preguntó Adela.

-El de la Devesa -respondió Magdalena-. Donde guardaban manzanas y silencio.

Capítulo 6

Salieron hacia la Devesa antes de que el día se cerrara del todo.

No hubo discusión sobre la conveniencia, la hora o la fatiga. Algunas decisiones ya no pertenecen a la prudencia sino a la obligación. El juez ordenó que Julián quedara custodiado en la casa del barranco hasta su regreso, con el guardia que allí permanecería y Tomás como testigo forzado de cualquier intento de maniobra. Magdalena, demasiado exhausta para moverla, fue acostada bajo vigilancia. Adela, Elías, el juez y el otro guardia partieron en el coche más ligero, guiados por las indicaciones fragmentarias de la anciana.

-La carretera vieja hasta el desvío del molino quemado -repitió Tomás desde el estribo-. Luego un camino de carros entre avellanos. La casa queda metida en una hondonada.

-¿Ha estado usted? -preguntó el juez.

-De niño. Una vez. Mi padre no volvió a llevarnos.

El camino resultó peor que la memoria. La tarde caía en una claridad mortecina que no alcanzaba a ser noche ni seguía siendo día. El coche rebotó sobre piedra rota, barro viejo y raíces levantadas. Los castaños se cerraban por encima como si el monte quisiera impedirles la entrada no por amenaza, sino por costumbre.

Adela llevaba las cartas de Leonor en el regazo y la etiqueta de latón en el bolsillo. Tocaba una u otra como quien verifica que la prueba no va a desvanecerse. Elías iba a su lado, pero su atención parecía repartida

entre el camino y un punto interior al que nadie más tenía acceso.
-¿La Devesa pertenecía a la familia desde hace mucho? -preguntó el juez sin volverse.
-Desde mi bisabuelo, creo -dijo Adela-. Era casa de renta, luego almacén estacional. Después quedó para guardar lo que no debía verse en la principal.
-Como tantas cosas -dijo Elías.
No había ironía en su voz. Solo un cansancio mineral.
Encontraron la casa casi oculta bajo hiedra y abandono. No estaba en ruina completa; peor aún, estaba a medio sobrevivir. Un edificio bajo, de piedra ancha y tejado hundido en una esquina, con un cobertizo lateral vencido hacia dentro. Las ventanas de la planta alta tenían postigos cerrados. En la baja, una sola hoja colgaba torcida. El viento metía por allí un quejido intermitente que parecía humano desde lejos y solo al acercarse recuperaba su naturaleza miserable de madera mal sujeta.
El guardia empujó la puerta principal. No cedió.
-El cobertizo -dijo Adela, recordando algo sin saber de dónde.
Rodearon la casa. Detrás, oculto por maleza y zarzas, había un acceso más bajo, casi de servicio. La cerradura estaba oxidada, pero no tanto como para ser originaria del abandono. Alguien había entrado años después, quizá más de una vez.
La forzaron.
Dentro olía a manzana podrida, humedad profunda y ceniza vieja. El suelo estaba cubierto de polvo interrumpido por huellas antiguas imposibles de fechar. Había toneles vacíos, estantes rotos y sacos deshechos por ratones. El juez ordenó revisar por zonas. El guardia tomó la parte del cobertizo, él el cuarto principal, Elías el corredor lateral. Adela siguió

de frente, guiada menos por lógica que por una aversión precisa.
Encontró la trampilla casi al final.
No estaba en el centro de la estancia, donde habría sido visible, sino arrimada bajo una mesa caída y media pila de cajas vacías, como si el desorden la hubiera elegido de refugio. La madera era más nueva que las vigas inmediatas. No mucho más nueva; lo suficiente.
-Aquí -dijo.
Los demás acudieron.
La trampilla tenía una anilla de hierro. Estaba cerrada con una barra interior que cedió tras dos golpes del guardia con la culata del arma. Al levantarla, salió un aire más frío, guardado demasiado tiempo, y un olor que no pertenecía solo a la humedad.
No bajaron de inmediato.
El juez alzó la lámpara sobre la abertura. Se veían escalones de piedra estrechos, un descanso y oscuridad compacta al fondo.
-Yo primero -dijo el guardia.
-No -repuso el juez-. Primero luz.
Encontraron en el cobertizo un gancho largo con el que descolgaron una lámpara vieja aún colgada de un clavo. Con aceite del coche y una mecha improvisada, lograron una claridad indecente, temblorosa, pero suficiente para no entrar a ciegas. Bajaron.
El sótano era pequeño. Más que un almacén, parecía una despensa enterrada ampliada sin gusto. Muros de piedra rezumante, techo bajo, dos nichos vacíos, un banco de trabajo y, al fondo, una división de tablas que no llegaba al techo. Detrás de esa falsa separación había espacio para una cama.
La hubo.
Quedaba el armazón.

Sobre él, restos de cordaje reseco y el dibujo más limpio en la madera donde un colchón había pasado años. En la esquina, un cubo oxidado. En el muro, marcas verticales, no muy profundas, repetidas a intervalos irregulares.
-Adela -dijo Elías con una voz que no parecía suya-. No mire eso sola.
Pero ella ya miraba.
No eran arañazos desesperados, ni rayas contables sencillas. Eran combinaciones. Series de cuatro, de siete, de tres, interrumpidas. Después un espacio. Después otras. Un intento de medir el tiempo o de impedir su disolución.
El juez recorrió el recinto en silencio profesional, que esta vez no bastaba para disimular el impacto.
-Aquí hubo una persona retenida durante bastante tiempo.
-Diga su nombre -respondió Adela.
El juez la miró.
-Aurelia estuvo aquí.
La precisión mejoró el aire y lo empeoró al mismo tiempo.
Elías se acercó al muro. No tocó las marcas. Solo las siguió con la vista como quien aprende una caligrafía tardía.
-Hay letras también -dijo.
Al inclinar la lámpara se vieron, casi borradas por el moho, unas incisiones más finas. No estaban a la altura de una mano descansada, sino algo más arriba, hechas quizá de pie, quizá sujetándose para no caer.
NO SOY AMALIA
Más abajo:
E.
Y, en otra parte del muro, apenas legible:
ELÍAS SABRÁ

Adela cerró los ojos. No lloró. El llanto habría sido una concesión pequeña para el tamaño del daño.
El juez pidió papel al escribano que no estaba. Luego recordó que no lo había traído y maldijo en voz baja. El guardia, menos torpe de lo esperado, sacó una libreta de servicio.
-Se consigna todo al volver -dijo el juez-. Antes, revisen cada rincón.
La búsqueda produjo primero objetos menores: un trozo de cuchara doblado, botones sin pareja, una horquilla, un pedazo de tela cosido a mano con iniciales que ya no se distinguían. Luego Elías halló, bajo una baldosa mal asentada junto al catre, una cavidad estrecha.
Dentro había una cajita metálica de pastillas para la tos.
En su interior, doblados hasta lo imposible, tres papeles.
El primero era un fragmento arrancado de algo mayor.
"...si este encierro es la última casa, que al menos quede la pared. No dejaré mi nombre entero para que no lo aprendan a borrar de nuevo."
El segundo tenía una sola línea:
"Leonor ha venido. Tiembla más que yo."
El tercero estaba casi destruido por la humedad, pero aún permitía entender la frase central:
"Hay un pozo cegado tras la higuera."
El juez alzó la cabeza.
-¿Dónde está la higuera?
Afuera la encontraron enseguida. Estaba detrás de la casa, inclinada sobre una zona de maleza más espesa. El pozo no se veía a simple vista; lo cubrían piedras, tierra añadida y años de crecimiento oportuno. Pero era una ocultación mal hecha para durar tanto. No lo habían pensado para resistir una pesquisa verdadera, sino para sobrevivir a la desmemoria cotidiana.

Trabajaron con palas del cobertizo y con las manos cuando hizo falta. La tierra estaba apelmazada por humedad antigua. A dos pies de profundidad apareció el brocal de piedra. Más abajo, no agua: relleno.
El juez ordenó parar un momento y observar la secuencia del vertido. Había capas de cascote, ramas, ceniza y tierra. Eso significaba método. También prisa.
-No lo vaciaremos entero de noche -dijo.
-Hoy sí -respondió Adela.
La discusión no llegó a formarse. El guardia y Elías ya retiraban piedras. El juez dejó de ahorrar autoridad en un intento inútil y ayudó también. Cuando la primera tabla podrida emergió entre el relleno, todos comprendieron que el pozo no había servido para agua en mucho tiempo, sino para guardar otra cosa bajo apariencia de clausura.
La tabla estaba unida a otra por clavos deformados. Eran restos de un cajón, o de una caja improvisada. Había tela adherida.
Nadie habló.
Siguieron.
Al cabo de media hora encontraron hueso.
Pequeño primero. Una falange, tal vez. Luego una parte de antebrazo. Después, con la tierra más retirada y la luz ya insuficiente del día, una configuración demasiado humana para fingir equívoco.
Adela se apartó solo un paso. Elías quedó a su lado, no sosteniéndola, sino acompañando la verticalidad de ese instante.
El juez habló con la voz de quien vuelve a una función salvadora porque la emoción ya no sirve.
-Se detiene aquí. Se cubre provisionalmente. Mañana al alba vendrá el médico y se hará extracción con acta completa.
-Es ella -dijo Adela.
-Probablemente -respondió él.

-No vuelva a decir probablemente delante de este pozo.
El juez aceptó el golpe sin defenderse.
-En términos legales, hasta que se examine. En términos humanos, lo sé.
Volvieron a la casa de la Devesa para asegurar el sótano y recoger cuanto pudiera perderse en la noche. En el banco de trabajo, bajo un paño inmundo, apareció todavía otra cosa: un frasco de sedante vacío y una hoja de cuentas arrancada con dos renglones.
"Vinagre, vendas, láudano."
"Para la señora de abajo."
No usaban ya ni iniciales.
La noche cayó del todo cuando emprendieron el regreso.
Esta vez el coche parecía traer consigo algo más pesado que pruebas. Traía ubicación. Durante años Aurelia había sido una mujer desplazada de documento en documento. Ahora, al fin, el horror tenía una geografía precisa: un cuarto, un sótano, un pozo.
En mitad del camino, Adela dijo sin mirar a nadie:
-Si el cuerpo es suyo, no quiero que vuelvan a cambiarla de lugar hasta que todo quede escrito.
-Nadie la moverá sin acta y sin usted presente -respondió el juez.
Elías añadió, casi en un susurro que ella oyó igualmente:
-Esta vez no la enterrarán en relato ajeno.

Capítulo 7

La casa del barranco no dormía cuando regresaron. Había luces encendidas en demasiadas habitaciones y un silencio de pasillos atentos que no pertenecía a la paz sino a la expectativa. Julián seguía custodiado en el despacho. Magdalena había empeorado hasta el

punto de que el boticario, al que Tomás acabó permitiendo entrar por necesidad más que por confianza, dormitaba en una silla junto a la cama. La noticia del hallazgo no necesitó ser anunciada con solemnidad. Bastó una mirada del juez al guardia de la puerta y otra de Adela a Tomás para que la casa entera entendiera que la búsqueda había dejado de ser conjetura.

-Encontramos la Devesa -dijo el juez a Tomás.

Tomás tragó saliva.

-¿Y...?

-Un sótano -respondió el juez-. Un encierro preparado. Y un pozo cegado.

Tomás cerró los ojos un instante, como si hubiera vivido esperando exactamente esas palabras y aun así no pudiera recibirlas sin daño.

-Entonces mi padre...

-Su padre participó -dijo el juez, sin crueldad-. Ya veremos hasta dónde.

Adela no se detuvo en el vestíbulo. Subió directamente al despacho donde retenían a Julián. Elías la siguió. El juez entró detrás. El guardia enderezó la espalda junto a la puerta.

Julián seguía de pie, pero ya no con la altivez de unas horas antes. La espera lo había deshecho mejor que cualquier interrogatorio. Tenía las manos apoyadas sobre la mesa, como si necesitara convencerse de que el mundo seguía siendo sólido.

El juez no tomó asiento.

-Hemos hallado el lugar.

Julián no preguntó cuál. La omisión fue una admisión más precisa que la sorpresa.

-¿Y bien? -dijo al cabo-. Si encontraron una casa abandonada y un pozo, eso no demuestra...

El juez dejó caer sobre la mesa la hoja arrancada de cuentas, la del láudano y las vendas, y la nota rescatada del sótano.
"Hay un pozo cegado tras la higuera."
Julián la leyó. Su mandíbula se tensó.
-Eso puede haberlo escrito cualquiera.
-Una mujer a la que usted negó nombre, cuarto y voz durante diecinueve años -dijo Adela.
-No sabe de qué habla.
-Sé más de lo que usted administró bien.
Elías permanecía callado, pero su silencio ya no era contención sino filo.
El juez dio un paso más.
-Mañana al alba se hará la extracción legal de los restos. Si intenta sostener que no sabe quién estuvo allí, tendrá que explicar las cuentas, el traslado, la sedación y el encierro.
Julián levantó la cabeza. En sus ojos había cansancio, pero aún no arrepentimiento.
-Ustedes quieren una forma limpia de contar algo que nunca la tuvo.
-No -dijo Adela-. Quiero la forma exacta.
Magdalena habló desde la puerta.
Nadie la había oído acercarse. Se sostenía del marco con una mano, envuelta en una bata oscura demasiado grande para el cuerpo que le quedaba. El boticario venía detrás, frustrado y sin autoridad suficiente para devolverla a la cama.
-La forma exacta no la dirá él -murmuró-. Nunca ha sabido decir sino lo que lo deja respirar.
Julián se volvió con un sobresalto verdadero.
-Deberías estar acostada.
-Y tú deberías haber hablado hace veinte años.
La voz de Magdalena ya no tenía niebla. No había en ella bondad, pero sí una claridad terminal, esa lucidez que a veces solo concede el derrumbe.

El juez acercó una silla.
-Si va a declarar, siéntese.
-No me siento para esto -respondió ella-. He pasado media vida sentándome mientras otros decidían. Hablaré de pie.
Adela la observó sin compasión y sin odio visible. Más allá del daño, aquella mujer seguía siendo la última puerta entre los hechos y su mecanismo.
Magdalena miró a Julián, luego al juez.
-Aurelia no murió en San Clemente. Eso ya lo saben. La trajeron de vuelta porque empezó a escribir nombres y a recordar fechas. Julián temió que hablara con un médico nuevo. Yo temí otra cosa: que la devolvieran al mundo y el mundo nos hiciera pagar.
-Nos -repitió Adela.
-Sí, niña. Nos. Quien vive bajo un techo manchado termina manchándose aunque no lleve el cuchillo.
La frase no buscaba absolución. Tal vez por eso pesó más.
El juez intervino.
-¿La retuvieron en la Devesa desde aquella noche?
-Primero en el cuarto del ala vieja. Poco tiempo. Leonor rondaba demasiado. Después la llevaron al sótano de la Devesa.
-¿Por orden de quién? -preguntó el juez.
Magdalena sonrió apenas. Era un gesto sin alegría.
-¿Todavía hace falta preguntarlo? De Julián, con mi acuerdo. Y con el carro de Tomás el viejo. Todo lo indecente necesita manos secundarias.
Julián golpeó la mesa.
-Mientes para salvarte.
-No -dijo ella, girándose hacia él-. Miento peor cuando quiero salvarme. Ahora ya no me sirve.
Hubo un silencio corto y desnudo.
-¿Cuánto tiempo estuvo allí? -preguntó Adela.
Magdalena parpadeó como si la cifra se defendiera.

-Años.
La palabra cayó despacio y partió la estancia en dos.
-¿Años? -repitió el juez.
-Al principio bajaban con sedantes. Luego menos. Luego casi no hizo falta. Una persona puede discutir contra una puerta, contra una cuerda, contra una mentira. Contra los años discute peor.
Elías habló entonces, muy bajo.
-¿La visitó alguien más?
Magdalena lo miró con algo parecido al cansancio de una culpa antigua.
-Leonor una vez. Dos, quizá. La segunda salió casi deshecha. Después enfermó. Usted...
Se interrumpió.
-Yo, ¿qué? -dijo Elías.
-Usted estuvo cerca una tarde. No sabía. Oí su voz arriba, en la cocina del verano. Ella la oyó también. Pasó toda la noche despierta.
Adela se volvió hacia él. Elías no la miró. Tenía la vista clavada en un punto de la mesa que ya no veía.
-La inscripción del muro -dijo él al fin-. "Elías sabrá."
Magdalena cerró los ojos.
-Sí. Decía su nombre desde antes. Yo no entendía por qué. Después entendí demasiado.
El juez, que no ignoraba la necesidad humana del temblor pero tenía deberes más urgentes, llevó la conversación de vuelta al hecho.
-¿Murió en ese sótano?
-No -respondió Magdalena.
Nadie respiró del todo.
-Entonces dígalo completo -ordenó Adela.
Magdalena apoyó la espalda en el marco. De pronto parecía más anciana que una hora antes.
-Llovió mucho aquel otoño. El agua se metía por la junta norte y el aire abajo era irrespirable. Le dio fiebre. Deliraba, pero no estaba loca; deliraba como delira un

cuerpo encerrado y mal cuidado. Dijo que prefería morirse de pie a seguir allí abajo. Julián quería llevarla más lejos.
-¿Adónde? -preguntó el juez.
-No llegó a decidirlo. Esa noche bajó él. Discutieron. Yo estaba arriba, junto a la trampilla. Oí un golpe. No sé si la empujó o si ella se lanzó contra él. Cuando la subimos...
-¿La subimos? -dijo Adela.
-Sí. La subimos entre los dos. Tenía la sien abierta. Respiraba aún, pero mal.
Julián había dejado de intentar interrumpir. Escuchaba su ruina como si fuera de otro.
-¿Y entonces? -dijo el juez.
Magdalena respondió sin dramatismo, lo que volvió todo peor.
-Él dijo que ya no se podía llamar a nadie. Que un médico preguntaría demasiado. Que si sobrevivía hablaría. Que si moría con auxilio encima no habría modo de encauzar la historia. La envolvimos en una lona. La dejamos en el cobertizo hasta la madrugada.
Adela dio un paso hacia ella.
-¿Viva?
Magdalena tardó lo justo para destruir cualquier resto de ambigüedad.
-No lo sé.
-Admite entonces que la enterraron sin saber si seguía viva.
Magdalena no contestó. No hacía falta.
El juez habló con voz seca.
-Queda consignado.
-No acabó ahí -dijo Magdalena.
Julián levantó la cabeza con alarma tardía.
-Cállate.
Ella lo miró casi con desprecio.

-No he callado bien en toda mi vida. Al menos una vez voy a hacerlo mal de forma útil.
El boticario, inmóvil junto a la puerta, parecía haber dejado de ser un hombre para convertirse en testigo puro.
-Después del pozo -continuó ella-, hubo otra niña.
Adela frunció el ceño.
-¿Qué niña?
-La de la pared falsa -dijo Magdalena-. La primera no fue Aurelia.
El cuarto entero se volvió más frío.
El juez recuperó la ficha de San Clemente y la hoja de Leonor donde se mencionaba a "otra muchacha". Las puso una junto a otra.
-Hable con precisión.
-No sé su nombre verdadero. En la casa la llamaban Amalia. Después supe que ni siquiera era ese. Entró como criada de paso, con dieciséis o diecisiete años, y salió como si nunca hubiera existido. Mi suegro la tomó por costumbre. Quedó embarazada. Dijeron que había robado. Luego dijeron que había huido. Después ya no dijeron nada.
-¿La mataron? -preguntó Elías.
Magdalena se pasó la lengua por los labios secos.
-No vi el final. Vi el encierro. Vi la pared rehecha en la bodega vieja. Vi a dos peones sacando cascotes de madrugada. Y vi a Leonor, recién llegada a la casa como novia, entender demasiado pronto dónde se había casado.
El juez anotó de memoria.
-De modo que hay dos posibles víctimas.
-No -dijo Adela-. Hay al menos dos confirmadas por el miedo. Las víctimas reales pueden ser más.
Julián dejó escapar una risa rota.
-¿Y ahora qué? ¿Desenterrarán toda piedra de la familia hasta encontrar una pureza que nunca existió?

-No -respondió Adela-. Encontraremos a los muertos. La pureza no me interesa.
El juez señaló al guardia.
-Redoble la custodia. Nadie entra ni sale sin mi autorización.
Luego miró a Magdalena.
-Usted declarará por escrito al amanecer si llega viva a él.
Magdalena asintió con una serenidad desagradable.
-Llegaré. Siempre llego al día equivocado.
Antes de que el boticario la condujera de vuelta, Adela la detuvo con una sola pregunta.
-¿Por qué escribió Aurelia "No soy Amalia"?
Magdalena tardó.
-Porque abajo oyó un día a Tomás el viejo decir que aquello volvía a pasar, que en esa casa siempre acababan confundiendo a una con otra para dormir mejor. Y ella quiso dejar claro que no sería borrada con un nombre prestado.
Cuando Magdalena salió, nadie habló durante varios segundos.
Fue Elías quien rompió el silencio.
-Hay que abrir la bodega vieja.
El juez asintió.
-Al alba iremos primero a la Devesa y después aquí abajo. Si la pared existe, cae hoy.
-No -dijo Adela.
El juez la miró.
-Cae ahora.

Capítulo 8
La bodega vieja quedaba bajo el ala norte, más allá de la despensa de invierno y de un corredor que olía a yeso húmedo y aceite rancio. Hacía años que casi no se usaba. La criada más joven trajo llaves sin que se

las pidieran dos veces y luego desapareció con el alivio supersticioso de quien entrega una puerta a otros para no ver qué sale de ella.
Bajaron el juez, Adela, Elías, el guardia y Tomás. El otro guardia permaneció arriba con Julián. Nadie propuso llamar a más hombres. Había trabajos para los que la multitud no ayuda.
La cerradura cedió con dificultad. La puerta empujó una capa de aire inmóvil.
La bodega no era grande, pero sí profunda en rincones. Había anaqueles vacíos, un tonel rajado, herramientas sin mango y una zona del muro del fondo que, a la luz de la lámpara, mostraba una diferencia mínima en el revoco. No era una evidencia para cualquiera. Era, justamente, el tipo de irregularidad que solo se vuelve insoportable cuando uno sabe que la mira.
Tomás señaló.
-Ahí.
-¿Cómo lo sabe? -preguntó el juez.
-Porque mi padre me trajo una vez. Yo era un crío. Me dio un bofetón por tocar la pared. Me dijo que esa zona estaba tierna y que si la marcaba nos caería una desgracia encima.
-Ya había caído -dijo Elías.
El juez examinó el yeso con los nudillos. Sonó distinto.
-No todo el paño -murmuró-. Solo un cuerpo central.
Tomaron dos herramientas del rincón: una piqueta corta y una barra de hierro. El guardia empezó por el borde superior. El primer golpe levantó polvo viejo; el segundo desprendió una lámina de revoco; el tercero encontró ladrillo añadido, más moderno que el resto del muro.
Adela no apartó los ojos.
A medida que caían yeso y ladrillos, emergía un hueco cegado con prisa suficiente para ser sólido y vergüenza suficiente para no parecer obra principal. No habían

construido una tumba digna. Habían improvisado una desaparición.
Cuando la abertura alcanzó un ancho utilizable, el olor salió antes que la forma: tierra rancia, cal, encierro mineral.
Tomás se volvió y vomitó contra un cubo oxidado.
El juez ordenó airear lo posible y prosiguieron.
Dentro del hueco no había un esqueleto completo dispuesto en reposo. Había desorden. Restos mezclados con tierra, trozos de tela endurecida, cabello prendido a la argamasa en un mechón mínimo y, cerca de la base, un brazalete de cobre ennegrecido.
-Adela, atrás -dijo Elías.
Ella no obedeció del todo, pero sí dio medio paso. Lo justo para seguir viendo sin estorbar.
El juez se agachó.
-Aquí no hubo enterramiento formal. Hubo ocultación rápida.
Tomás, pálido hasta la ceniza, se limpió la boca.
-Mi padre dijo una vez, borracho, que la pared lloraba en noviembre.
Nadie comentó la frase. Había entrado ya en esa zona donde el lenguaje deja de servir para consolar y solo registra.
Elías señaló un fragmento de tela atrapado entre dos ladrillos. Tenía bordado un pequeño hilo azul formando una letra apenas reconocible.
-A -dijo.
-O quizá M -respondió el juez.
-No -dijo Adela, con una certeza que no venía de la prueba sino del patrón-. Justamente eso no. No volverán a decidir por ella el nombre que conviene.
El juez asintió.
-Se recogerá todo por separado. Restos de la pared y restos del pozo. Dos actas. Dos mujeres hasta que los indicios permitan más.

De regreso al corredor, mientras el guardia quedaba custodiando la bodega, Tomás se detuvo en seco.
-Hay algo más que deberían ver.
-¿Ahora? -dijo el juez.
-Sí, señor. Antes de que vuelva a faltarme valor.
Los condujo a la antigua sala de plancha, una habitación estrecha junto a la escalera de servicio. Allí, detrás de un armario cojo, había un panel de madera más oscuro que el resto. Tomás lo apartó con dedos inseguros.
En el hueco apareció una caja baja de hojalata.
-No sabía si seguía aquí -dijo-. La escondí yo. Después de morir mi padre. La encontré entre sus cosas y no me atreví a entregarla ni a quemarla.
El juez lo miró con dureza cansada.
-Eso roza el encubrimiento.
-Lo sé. Pero si la abría, mi padre era culpable. Y si no la abría, a veces todavía podía pensar que no.
La sinceridad no lo absolvía, pero le devolvía una forma humana.
Dentro de la caja había tres objetos: una medalla de la Virgen abollada, un pañuelo con iniciales bordadas y un cuadernillo de hojas bastas cosidas con hilo de saco.
-Este no es de señorita -murmuró Tomás-. Es letra de mi padre.
El juez abrió el cuadernillo.
No era un diario. Eran anotaciones torpes, discontinuas, de un hombre que no escribía por gusto sino para dejar fuera de sí algo que lo estaba pudriendo. Fechas incompletas, cuentas menores, nombres abreviados y, entre ellos, frases que no pertenecían a la contabilidad:
"Se quejaba desde abajo."
"La mayor dijo que no mirase."
"La señora nueva quiso saber."
"J. paga por llevar y por callar, pero no paga el sueño."

Más adelante, varias hojas pegadas por humedad ocultaban el párrafo que acabó despegándose con ayuda de la punta de una navaja.
"Esa no era Amalia. Amalia fue la de la pared. La otra era Aurelia y tenía ojos de no dejarse borrar aunque se la tragara el monte. Dijo el nombre del muchacho, Elías, como si fuese puerta o promesa. Yo no quise saber. Nadie quiere saber cuando aún está a tiempo."
Elías tomó aire, pero no dijo nada.
Adela sostuvo el cuadernillo por el borde, como si quemara menos así.
-Hay otra referencia a usted.
-Lo sé -respondió él.
No parecía sorprendido. Parecía alcanzado por algo que llevaba demasiado tiempo viniendo.
El juez siguió leyendo.
En la última hoja útil, escrita con peor pulso, aparecía una indicación:
"Pozo no. Si buscan una caja, miren donde se lava la sangre del vino."
-¿Qué significa eso? -preguntó el guardia.
Tomás respondió antes que nadie.
-El lagar viejo.
El lagar se hallaba en un anexo casi derrumbado detrás de la bodega, donde antaño prensaban uva en temporadas mejores de la finca. Quedaba la gran pila de piedra, una canaleta resquebrajada y un sumidero ciego cubierto por rejilla oxidada.
"Donde se lava la sangre del vino."
La frase resultó demasiado exacta.
Levantaron la rejilla entre todos. Debajo había un hueco estrecho, no profundo. El guardia introdujo el brazo hasta el hombro y palpó entre barro seco, vidrio roto y hojas podridas.
-Toco metal.

Sacó una caja de lata alargada, deformada por la herrumbre pero todavía cerrada.
La abrieron allí mismo.
Dentro había papeles envueltos en tela encerada, mejor conservados de lo esperable, y una fotografía pequeña, tomada en estudio. Mostraba a una muchacha de rostro serio, con el cabello recogido y una mirada directa que parecía no pedir permiso a la cámara. En el reverso, a lápiz, se leía:
"Aurelia B. para Elías, si llega."
Elías no se movió.
Adela observó primero la foto y luego a él.
-¿La conocía?
-No -dijo, y la voz se le quebró justo en lo indispensable para que nadie creyera que mentía-. No con el cuerpo. Pero esa cara...
Abrió uno de los papeles.
Era una carta breve, probablemente escrita en la Devesa por la firmeza irregular del pulso:
"Si te hacen llegar esto, no busques perdonarme por no haberte tenido conmigo ni busques perdonarte por no saber. Te dejaron fuera antes de nacer igual que a mí me dejaron fuera de la casa estando dentro. Si eres quien creo, te bastará mirar de frente cuando otros bajen los ojos. No heredes su vergüenza."
Debajo no había nombre. Solo una inicial: A.
El juez levantó la vista con lentitud.
-Explíqueme esto.
Elías tomó la fotografía. La sostuvo sin tocar apenas el papel.
-Mi madre murió al parirme. Eso me dijeron siempre. Mi padre nunca existió como frase completa en la casa de mi tía. Había omisiones que se parecían demasiado a una administración del silencio. Hace años encontré una carta rota entre papeles de mi tía. Solo tres

palabras legibles: "el niño vive". Pensé que pertenecía a otro escándalo de familia. Ya no lo creo.
Adela entendió antes de querer hacerlo.
-Aurelia...
Elías asintió una sola vez.
-Podría haber sido mi madre.
El juez no se dejó arrastrar por la conmoción.
-Podría. Aún no basta.
-No -dijo Elías-. Pero basta para entender por qué decía mi nombre en el muro sin haberme conocido nunca. Alguien se lo dijo. O conservó noticias mías antes del encierro.
Adela tomó la segunda hoja de la caja. Era una nota más antigua, con caligrafía distinta.
"La criatura fue entregada fuera por conveniencia. No conviene que la madre vuelva a nombrarlo."
No llevaba firma, pero el tono administrativo tenía parentesco con Julián.
Elías cerró los ojos un segundo.
-Eso sí lo escribió él o alguien de su especie.
La tercera hoja era de Leonor. Muy breve.
"He intentado sacar al niño de toda esta cuenta. Si algún día las dos historias se cruzan, que nadie diga que ignoraba completamente el daño."
Adela pasó el pulgar por el borde del papel.
-Mi madre supo. No todo, pero esto sí.
-Su madre supo tarde y mal -dijo Elías-. Y aun así hizo más que los demás.
El juez guardó los documentos con el resto de pruebas.
-La prioridad no cambia: restos, actas, declaraciones. Pero esto añade móvil, parentesco posible y retención con ocultación de filiación.
Tomás, que había permanecido a un lado como si el descubrimiento ajeno redujera un poco el peso del suyo, murmuró:

-Mi padre escribió otra vez la frase de la caja, "esa no era Amalia". Yo creí que deliraba.
-Adelantó, borracho, lo que los sobrios habían decidido tapar -dijo Adela.
Subieron del lagar con la noche ya cerrada del todo. En el pasillo principal se cruzaron con la criada vieja, la que se había santiguado ante el escondrijo del zócalo. Llevaba una vela y un miedo antiguo en la cara.
-Señorita -dijo a Adela-. Si andan removiendo la bodega, hay algo que la señora Leonor me hizo prometer.
Todos se detuvieron.
-Nunca me dijo qué era, solo que si un día la casa empezaba a decir la verdad, yo buscara en el bastidor del cuadro de santa Úrsula del oratorio grande.
El juez soltó una respiración seca.
-Esta casa no guarda nada a la vista.
Fueron al oratorio. El cuadro de santa Úrsula, oscuro de barniz y humo, colgaba torcido desde hacía años. Al desclavarlo y examinar su trasera, encontraron una ranura en el marco inferior. Dentro había una hoja doblada muchas veces y un pequeño sobre con una sortija sencilla de oro, demasiado pequeña para la mano de Adela.
La hoja, escrita por Leonor, no era confesión sino instrucción:
"Si esto se abre, Aurelia habrá sido encontrada o yo habré fracasado para siempre. La sortija no es mía. Se la quitaron al llegar a la casa por primera vez, cuando aún pensaban domesticarla con promesas en vez de con encierro. Julián la conservó una temporada y luego la dio por perdida. No la perdió. Se la robé del cajón del despacho el mismo día que decidí esconder este papel."
Más abajo, una frase sola:

"Pregunten por el acta de bautismo de Elías en San Tirso. El padrino no firmó con su nombre verdadero."
El juez dobló la hoja despacio.
-La parroquia se abre al amanecer.
Elías se quedó quieto.
Adela guardó la sortija en la palma y cerró los dedos.
-No esperaremos mucho más para saberlo.
No subieron a descansar. Ya no tenía sentido fingir que la noche cumplía todavía su función normal. Cada uno ocupó una silla, un banco, un borde de mesa en el comedor pequeño, con café recalentado, lámparas torcidas y ese agotamiento tenso que no permite dormir ni pensar bien, pero obliga a seguir.
A las cuatro, Magdalena pidió ver a Adela.
La encontró más hundida en la cama, con la piel de las manos casi translúcida y el boticario preparando sin ganas un alivio que ya no aspiraba a curar nada.
-Quiero decirle una cosa sin testigos -murmuró.
Adela no apartó al boticario; él mismo se retiró hacia la ventana, lo bastante lejos.
-Hable.
Magdalena tardó en encontrar aire.
-No quise a Aurelia -dijo-. Eso sería una mentira tardía e indecente. La envidié. Después la temí. Después me habitué a su desgracia porque convivir con el horror cansa menos cuando se vuelve mueble.
Adela no la ayudó.
-Pero una vez bajé sola -continuó-. Le llevé agua limpia. Me preguntó si el niño vivía. Le dije que sí. Me pidió entonces un favor.
-¿Cuál?
-Si algún día alguien decía su nombre en serio, que no la enterraran bajo el apellido de ellos.
Adela miró a la mujer durante mucho tiempo.
-Se hará como ella quiso.

Magdalena asintió, y por primera vez desde que empezó a hablar no parecía defender nada.
-Hay una libreta de cuentas falsa en el segundo cajón del escritorio grande de Julián. Debajo del fondo. Ahí están los pagos al párroco, al médico de entonces y al carretero por el bautismo arreglado del niño. Quise quemarla muchas veces. Nunca tuve más valor para la verdad que para el fuego.
Cuando Adela salió de la habitación, Magdalena ya tenía los ojos cerrados. El boticario la miró y negó apenas con la cabeza, no porque hubiera muerto todavía, sino porque había empezado claramente a irse.
Adela fue al escritorio grande de Julián.
La libreta estaba donde Magdalena dijo.
Capítulo 9
El amanecer no trajo consuelo, pero sí orden.
A primera hora llegaron el médico, el escribano y dos peones convocados por el juez para la extracción del pozo y la apertura formal de la pared. También vino el párroco de San Tirso, todavía abrochándose mal la sotana y con una expresión mezcla de irritación y temor: la clase de rostro que pone un hombre cuando presiente que lo han llamado no por su autoridad, sino por sus archivos.
El juez no permitió dispersión.
-Primero, parroquia y libro de bautismos. Después, Devesa. Al mediodía, bodega. Todo con acta.
Julián, ojeroso y gris, fue informado de que quedaba incomunicado. No protestó. La noche le había quitado incluso la fe en su propia versión. Solo pidió agua. Se la dieron.
La libreta hallada en su escritorio era, como dijo Magdalena, una contabilidad paralela. Bajo gastos agrícolas y de reparación aparecían pagos que no

pertenecían a ninguna administración doméstica ordinaria:
"Don A. R., diligencia bautismal."
"Dr. V., visita discreta."
"T. viejo, noche molino."
"Mujer de abajo, manutención."
"Láudano, por caja."
El párroco de San Tirso palideció ya en el comedor, antes siquiera de tocar el libro mayor. Lo llevaron a la sacristía de la iglesia con el juez, Adela, Elías y el escribano. Olía a cera, piedra fría y papeles mal ventilados.
-El acta -dijo el juez-. Año correspondiente al nacimiento de Elías. Busque por su nombre.
El párroco humedeció los dedos. Pasó hojas.
-Aquí.
El escribano acercó la lámpara.
El registro decía: *Elías Martín*, hijo de madre difunta, **Clara Martín**, y de padre no consignado. Bautizado de urgencia y luego inscrito formalmente a los tres días. Hasta ahí, nada extraordinario. Pero en la columna de padrinos constaba un nombre tachado con tinta más oscura, rehecho encima por otro:
Padrino: Anselmo Ruiz
El juez señaló la tachadura.
-¿Qué había debajo?
-No puede leerse bien.
-Sí puede -dijo Adela.
El párroco evitó mirarla.
-Con reactivo, quizá. O a trasluz.
Lo hicieron en la misma mesa, con una hoja blanca por detrás y la lámpara ladeada. Bajo la corrección emergieron fragmentos suficientes: "...lián de A..." y un trazo largo de apellido.
-Julián de..." -leyó el escribano sin completar.

No hizo falta.
El juez cerró el libro con la palma.
-El padrino verdadero fue Julián.
Elías no se movió.
-Siga -dijo el juez al párroco-. ¿Quién autorizó el cambio?
El hombre se secó el sudor del labio.
-Fue... una recomendación de la casa grande. Se dijo que convenía evitar maledicencias.
-¿Firmó usted? -preguntó Adela.
-Yo era coadjutor entonces. Firmó mi antecesor.
-¿Está vivo?
-No.
-Qué cómodo para todos -murmuró Elías.
El juez no se apartó del asunto.
-¿Recuerda de dónde salió el niño?
El párroco dudó. El juez dejó la libreta paralela sobre la mesa, abierta en el renglón del pago.
-Empiece a recordar mejor.
-Lo trajo una mujer del valle -dijo al fin-. Se dijo que era pariente lejana de la madre. Pero el pago de la misa y de la inscripción lo hizo un criado de la casa del barranco. Después hubo otra visita. Un caballero... Julián. Pidió que no quedara relación directa con la familia.
-¿Por qué? -preguntó Adela.
El párroco soltó una risa miserable.
-Señorita, en esos años nadie pagaba por borrar por devoción.
Ya en la Devesa, la extracción comenzó con una sobriedad casi piadosa. El médico dirigió la retirada del relleno. El escribano anotaba. El juez no permitía improvisaciones. La presencia de papeles, medidas y fórmulas no restaba horror; lo contenía dentro de algo que por fin podía oponerse a la arbitrariedad.

Los restos del pozo aparecieron fragmentarios, alterados por humedad y peso, pero claramente humanos. Había además trozos de lona, dos horquillas, un botón de nácar y un resto de tela que coincidía en trama con el pedazo encontrado en el sótano.
El médico hizo una primera valoración prudente.
-Mujer adulta, probablemente joven al morir. Traumatismo craneal posible, aunque el estado impide afirmarlo aquí. Hay signos de traslado post mortem o perimortem.
-¿O de entierro estando aún viva? -preguntó Adela.
El médico la miró con respeto duro.
-No puedo decir eso sin examen más fino. Puedo decir que la disposición no fue funeraria, sino de ocultación.
El juez asintió.
-Queda consignado.
Pasaron después al sótano. Se dibujaron las marcas del muro, se copiaron las inscripciones y se retiró la cajita metálica con constancia formal. Cuando el escribano leyó en voz alta "NO SOY AMALIA", la frase pareció adquirir un estatuto que la simple visión no le daba: ya no era solo una súplica grabada, sino una declaración incorporada al mundo de los vivos.
Elías permaneció frente a esas palabras hasta que el juez terminó.
-Adela -dijo al salir-, si se confirma... si Aurelia era mi madre...
-No diga si como modo de protegerse -respondió ella, sin dureza-. Ya casi no queda sitio para la duda.
-No hablo de la duda. Hablo de lo que hace con uno saber que lo dejaron vivir aparte mientras a ella la enterraban por etapas.
Adela tardó antes de contestar.
-No lo sé. Pero quizá empiece por no aceptar el lugar que diseñaron para usted.

Fue la respuesta más cercana a la ternura que había podido darle desde el pozo.
Al mediodía regresaron a la casa del barranco para abrir formalmente la pared de la bodega. El médico examinó los restos emparedados y fue más escueto aún.
-También mujer joven. Muerte no natural casi segura por contexto de ocultación. El muro se levantó poco después del depósito.
-¿Mismo periodo que Aurelia? -preguntó el juez.
-No. Bastante anterior.
La criada vieja, llamada al fin por el juez para identificación indirecta, miró el brazalete de cobre y se santiguó de nuevo.
-Eso lo llevaba la muchacha que estuvo un verano. No Amalia, no. A ella la llamaban Milagros.
-¿Está segura? -preguntó Adela.
-La cocina decía Milagros. Los señores decían lo que les daba la gana.
Otra grieta en el archivo de los poderosos: ni siquiera habían conservado bien el nombre que pretendieron borrar.
Mientras el médico terminaba, el escribano bajó corriendo desde el piso principal.
-Señor juez. Magdalena.
No hizo falta más.
Subieron. Magdalena había muerto hacía apenas unos minutos. El boticario aguardaba junto a la cama con el gesto profesional y triste de quien sabe que llega tarde incluso cuando está presente. Sobre la manta había una hoja doblada.
-Insistió en sostenerla hasta el final -dijo.
La carta era para Adela.
"Tú no me debes perdón y yo no lo pido. Si alguna utilidad tiene morirse tarde, es dejar de confundir la costumbre con el destino. No fui valiente. Fui

colaboradora, espectadora y a veces administradora del daño. Que esto conste

Capítulo 8

El amanecer no trajo consuelo, pero sí método.

La casa del barranco dejó de ser, por unas horas, una herida abierta para convertirse en escenario de inventario: pasos medidos, puertas registradas, nombres puestos por escrito, objetos alineados sobre mesas que habían servido durante años para ocultar mejor que para mostrar. No era justicia todavía. Era algo más humilde y más necesario: impedir que la verdad volviera a deshacerse.

El juez organizó la mañana sin levantar la voz.

-Primero, San Tirso. Después la Devesa. Luego la bodega. Todo con acta y con testigos.

Nadie discutió el orden. Julián, encerrado y custodiado, ya no tenía energía para hacerlo. Tomás parecía veinte años mayor que la víspera. Elías apenas hablaba. Adela era la única en quien el cansancio no se veía como flaqueza, sino como una forma de filo.

La sacristía de San Tirso olía a cera enfriada, a tinta vieja y a piedra húmeda. El párroco, mal afeitado y peor dispuesto, llegó con la libreta de bautismos pegada al pecho como si todavía creyera que abrazar un archivo podía protegerlo de lo que contenía.

-El acta de Elías Martín -dijo el juez.

El hombre pasó páginas con dedos nerviosos hasta encontrarla.

-Aquí está.

El escribano acercó la lámpara. La inscripción decía lo que tantas inscripciones dicen cuando quieren cerrar en una línea lo que ha costado una vida entera deformar: niño varón, madre difunta, padre no

consignado, bautismo de urgencia, regularización posterior. Pero en la columna de los padrinos había una anomalía: un nombre rehecho sobre otro con tinta más oscura, un tachón aplicado no para corregir un error casual, sino para reescribir una conveniencia.
-Póngalo a trasluz -ordenó Adela.
El párroco vaciló.
-No sé si...
-Hágalo -repitió el juez.
Con la hoja ladeada frente a la lámpara, debajo del nombre visible empezó a transparentarse el anterior. No entero; no hacía falta. Bastaban los fragmentos: "Juli..." y el arranque de un apellido sobradamente conocido por todos los presentes.
El escribano alzó la vista primero hacia el juez y luego hacia Elías.
-El padrino original fue Julián.
El silencio que siguió no fue de sorpresa, sino de ajuste. Una pieza terminaba de encajar en un mecanismo que ya giraba desde la noche anterior.
-¿Quién ordenó cambiarlo? -preguntó el juez.
El párroco se secó el labio superior.
-No puedo afirmarlo con total certeza.
-La certeza mejora mucho cuando se pone por escrito -dijo Adela.
El hombre tragó saliva.
-Vino un criado de la casa con instrucciones. Después se presentó don Julián en persona. Se dijo que convenía evitar habladurías. Mi antecesor aceptó la corrección.
-¿A cambio de qué? -preguntó Elías.
El párroco miró la libreta de cuentas paralela que el juez había dejado abierta sobre la mesa. En una de las líneas se leía con fealdad práctica: "Don A. R., diligencia bautismal."

-A cambio de dinero -murmuró el párroco-. Y de silencio.
Adela no apartó los ojos del acta.
-De modo que a mi tío le preocupaba bastante la criatura como para pagar por borrarse de su entrada en el mundo.
-No use la palabra criatura como si no le perteneciera ya un nombre -dijo Elías, muy bajo.
Adela se volvió hacia él. No había reproche en la frase, solo cansancio y una forma nueva de dolor. Ella asintió una sola vez.
-Tiene razón.
El juez cerró el libro.
-Consígnese: alteración del acta, posible ocultación de filiación y participación directa de Julián en el bautismo.
Salieron de la parroquia con el aire de la mañana todavía frío. Nadie habló durante el trayecto a la Devesa. El camino parecía más corto que la noche anterior, quizá porque ahora el horror tenía dirección.
En la casa abandonada aguardaban ya el médico, dos peones y el escribano con útiles de registro. La higuera del patio recortaba una sombra inmóvil sobre la tierra removida. El pozo cegado, deshecho a medias por el trabajo preliminar de la noche, esperaba la extracción formal.
El médico dirigió la operación con una austeridad que resultó casi misericordiosa. Se retiró tierra, cascajo y relleno a capas. Cada hallazgo se nombraba antes de tocarse. Cada fragmento se colocaba en tela aparte. Cada medida se decía en voz alta para que el escribano la fijara.
A media mañana aparecieron los primeros restos inequívocos.
Tomás se apartó, pálido.
El médico no dramatizó.

-Restos humanos. Mujer adulta, probablemente joven. Más abajo aparecieron trozos de lona y dos horquillas corroídas. Luego un botón de nácar. Después un fragmento de cráneo con lesión visible en la zona temporal.
Adela dio un paso hacia el borde.
-¿Golpe?
El médico tardó en responder, no por duda total, sino por disciplina.
-Compatible con traumatismo. No concluyente aquí. Pero sí: compatible.
-¿Murió antes de ser arrojada? -preguntó el juez.
-No puedo certificarlo todavía. Puedo certificar otra cosa: no hay disposición funeraria. Hay ocultación.
La palabra quedó flotando sobre el pozo con una frialdad peor que cualquier lamento.
Elías miró el fondo un largo rato. Cuando habló, no pareció dirigirse a nadie en particular.
-La enterraron como si la prisa pudiera convertirla en menos real.
Nadie corrigió la frase.
Del pozo pasaron al sótano. El escribano copió las inscripciones del muro una por una. Cuando llegó a la frase grabada con desesperación tosca y perseverante -NO SOY AMALIA-, su voz perdió sin querer la cadencia rutinaria de la lectura oficial.
-Recojo la inscripción tal como aparece -dijo-. "No soy Amalia."
Adela cerró los dedos hasta clavarse las uñas en la palma.
-Que conste entera -dijo-. Sin resumirla después como "marca en el muro".
-Constará entera -respondió el juez.
También se retiraron los restos de sedales, tela, lata y yeso desprendido. El cuadernillo del viejo Tomás quedó incorporado a las pruebas. La fotografía de Aurelia y la

nota dirigida a Elías se guardaron aparte, envueltas con cuidado distinto al del resto de objetos. No por sentimentalismo, sino porque había cosas cuyo valor judicial y humano no competían entre sí, sino que se reforzaban.

Regresaron a la casa del barranco al mediodía para la apertura formal de la pared de la bodega. La noticia se había extendido ya entre el servicio como se extienden en las casas viejas las corrientes de aire: nadie las ve nacer, pero todos notan el cambio de temperatura. Había criadas apostadas en extremos de pasillo, dos mozos inmóviles junto al patio y el cocinero repitiendo un rosario sin convicción.

La pared cayó con menos resistencia de la que había opuesto el silencio durante años.

El médico examinó los restos emparedados con la misma economía verbal que en la Devesa.

-Mujer joven. Depósito anterior al de Aurelia, por estado de los materiales y antigüedad del cierre. Ocultación intencionada. Muerte no natural altamente probable por contexto.

La criada vieja, llamada para mirar el brazalete de cobre, se santiguó antes de hablar.

-Eso lo llevaba la muchacha del verano.

-¿Amalia? -preguntó el juez.

-No, señor. En cocina la llamábamos Milagros.

-¿Está segura?

-Tanto como se puede estar de un nombre cuando los de arriba los cambian a su gusto -respondió ella-. Pero ese brazalete era suyo.

Adela absorbió el dato con una serenidad que no era calma, sino concentración pura.

-Milagros, entonces. O quizá otro nombre todavía. Pero no el que ellos decidieran.

Subieron de la bodega con la sensación física de haber arrancado dos cuerpos al mismo mecanismo, aunque

pertenecieran a tiempos distintos. En el corredor principal, el escribano descendía aprisa desde el piso alto.
-Señor juez. Magdalena ha muerto.
La frase no produjo conmoción visible. Había llegado demasiado tarde para eso y, sin embargo, no carecía de peso. Subieron todos menos los peones. El boticario aguardaba junto a la cama, las manos juntas y la expresión agotada del que ha acompañado más salidas de las que querría recordar.
-Sufrió poco al final -dijo.
Sobre la manta había una hoja doblada. El boticario la señaló.
-Quiso que se la diesen a la señorita Adela.
El juez hizo un gesto y ella tomó la carta.
No estaba escrita con pulso firme, pero sí con una lucidez terrible.
"Tú no me debes perdón y yo no lo pido. Si alguna utilidad tiene morirse tarde, es dejar de confundir la costumbre con el destino. No fui valiente. Fui colaboradora, espectadora y a veces administradora del daño. Que esto conste. También conste que una vez dije la verdad a medias para proteger a un niño al que ni siquiera me atrevía a mirar de frente porque me recordaba demasiado lo que habíamos hecho con su madre. Si encuentras la libreta, úsala. Si no la encuentras, no dejes que él vuelva a nombrar nuestra ruina como si fuera prudencia."
No firmaba con fórmulas de arrepentimiento. Solo con una inicial: M.
El juez miró a Adela.
-¿La libreta sigue donde dijo?
-Sí.
La habían sacado del doble fondo del escritorio de Julián antes del amanecer, pero aún no estaba toda revisada. Bajaron al comedor pequeño y la abrieron

sobre la mesa larga. Bajo gastos de reparación, vino, pienso y jornales había notas que dejaban de fingir contabilidad y asomaban ya a la estructura de una conspiración doméstica.
"Dr. V., visita discreta."
"T. viejo, noche molino."
"Láudano, por caja."
"Manutención mujer de abajo."
"Coadjutor, corrección asiento."
"Carretero, viaje sin farol."
El escribano fue copiando líneas. El juez iba separando con una tarjeta las páginas de mayor interés. Adela, de pie, leía por encima con la mandíbula inmóvil. Elías no tocaba los papeles; observaba como si cada renglón le quitara una capa más a una vida que ya empezaba a parecerle ajena.
En las últimas páginas apareció una anotación distinta, más breve y casi furiosa:
"El muchacho pregunta. Leonor mira demasiado. M. no aguanta. Si Aurelia escribe otra vez, se la traslada."
Debajo, semanas después:
"Resuelto."
Tomás dejó escapar un sonido seco, mitad resuello, mitad asco.
-Mi padre sabía leer esto -murmuró-. Aunque no todo. Sabía bastante.
-Sabía lo suficiente para callar -dijo Adela.
Tomás bajó la cabeza.
-Sí.
La jornada estaba lejos de terminar. Faltaba el interrogatorio final de Julián con las nuevas pruebas delante. Faltaba ordenar actas, sellar habitaciones, retirar a los criados innecesarios de las zonas sensibles y mandar recado al juzgado del partido. Pero había un centro de gravedad que ya no podía posponerse.
El juez mandó traer a Julián al despacho.

Entró escoltado. Había envejecido de un día para otro. No como envejecen los enfermos, sino como envejecen los hombres a quienes se les cae encima el trabajo entero de sostener una mentira. Miró la mesa: la libreta, la fotografía, la copia del acta, el cuadernillo del viejo Tomás, la sortija.
Se detuvo un instante en la foto de Aurelia.
-Deberían haberla dejado enterrada -dijo.
Adela no cambió de expresión.
-Esa frase le define mejor que todo lo demás.
El juez habló sin elevar el tono.
-Se le va a tomar declaración complementaria con nuevos elementos: alteración de registro bautismal, pagos de ocultación, retención ilegal, dos probables homicidios y posible supresión de identidad.
Julián soltó una risa breve y hueca.
-Suena muy limpio, puesto así.
-La suciedad fue obra suya -respondió el juez.
Puso ante él la copia del acta de San Tirso.
-¿Es su nombre el que aparece bajo la tachadura?
Julián no respondió.
El juez colocó al lado la nota: "La criatura fue entregada fuera por conveniencia. No conviene que la madre vuelva a nombrarlo."
-¿Es su letra?
Julián cerró los ojos un segundo.
-Era necesario.
Elías se irguió.
-¿Qué era necesario? ¿Borrarla a ella o borrarme a mí?
Julián abrió los ojos y lo miró por primera vez como se mira a una consecuencia ya imposible de aplazar.
-Ambas cosas.
Nadie se movió. La confesión no era completa, pero sí monstruosamente suficiente.
-Explíquese -ordenó el juez.
Julián apoyó las manos en los brazos de la silla.

-Aurelia no entró en esta casa como víctima. Entró como inconveniente. Mi padre ya había dejado un antecedente con la otra muchacha, la de la pared. Leonor creyó durante años que podía corregir con orden lo que estaba podrido en la raíz. Yo aprendí otra lección: que en estas casas lo único que sobrevive es lo que se administra sin sentimentalismo.
-Está hablando de personas como si fueran derramas -dijo Adela.
-Estoy hablando de cómo se sostiene un apellido -replicó él.
-Ya no -dijo Elías-. Está hablando de cómo se lo destruye.
Julián lo miró de nuevo y por un instante pareció debatirse entre el desprecio y algo más difícil: el reconocimiento.
-Aurelia se negó a aceptar el arreglo. Se le propuso manutención fuera, una nueva colocación, silencio a cambio de dinero.
-La violaron, la embarazaron y luego le ofrecieron administrarse sola el destierro -dijo Adela-. Qué generosidad.
-No entiende nada de ese tiempo.
-Entiendo demasiado bien de cualquier tiempo en que hombres como usted llaman arreglo al crimen.
El juez intervino antes de que la conversación se fracturara.
-¿Es usted el padre de Elías?
Julián tardó tanto en responder que el silencio acabó siendo una antesala insoportable.
-No -dijo al fin.
Elías no respiró del todo, como si ese "no" no pudiera aliviar ni dañar menos que cualquier otra respuesta.
-Fue mi padre -continuó Julián-. El viejo. Cuando murió, quedaban dos problemas: la mujer y el niño. Leonor insistió en apartar al niño. Yo acepté porque

todavía era posible hacerlo desaparecer de la cuenta sin sangre. A Aurelia no se la pudo doblegar igual.
Adela se volvió hacia Elías con una mezcla de compasión y rabia que no halló palabras donde posar. El juez no cedió terreno.
-¿Entonces por qué figuraba usted como padrino?
-Porque alguien tenía que controlar el trámite. Porque el niño seguía siendo peligroso si un día ligaban fechas. Porque en esta comarca todo acaba sabiéndose y lo único que puede comprarse es la velocidad con que se olvida.
-¿Y cuando Aurelia quiso reclamarlo? -preguntó Elías.
Julián apretó la mandíbula.
-Entonces dejó de ser negociable.
Elías dio un paso adelante, pero el guardia se tensó antes de que hiciera falta detenerlo. No llegó a nada físico. El golpe había sido otro.
-Así que la encerraron por querer ser madre.
-La encerramos porque sabía demasiado -dijo Julián, y se corrigió casi al instante, como si ya no sirviera de nada dosificar la verdad-. Y porque no se resignó.
Tomás emitió un gemido ahogado. El juez levantó la mano para imponer silencio.
-¿Quién la golpeó en la Devesa?
Julián miró la sortija sobre la mesa.
-No lo sé con certeza.
-Admite entonces que estaba presente.
-Sí.
-¿La subieron usted y Magdalena?
-Sí.
-¿Respiraba aún?
Otra pausa. Luego:
-Creo que sí.
Adela apoyó ambas manos sobre la mesa y se inclinó hacia él.

-Y aun así la metieron en una lona y la arrojaron a un pozo.
Julián no contestó.
-Responda -dijo el juez.
-Sí.
El escribano, que hasta entonces había tomado notas con rapidez mecánica, redujo un instante la velocidad. No por vacilación profesional, sino porque algunas frases pesan incluso antes de ser firmadas.
-Queda consignado -dijo el juez.
Faltaba la otra muchacha.
-La emparedada -continuó-. ¿Quién era?
Julián pareció sinceramente menos seguro.
-No lo supe nunca con certeza. Mi padre la trajo. Unos la llamaban Amalia. Otros, Milagros. En esa época yo aún no mandaba.
-¿Y aun así participó en taparlo? -preguntó Adela.
-Lo heredé tapado.
-Esa es la frase favorita de los cobardes con patrimonio -repuso ella.
El interrogatorio se prolongó una hora más. Surgieron nombres menores: el médico dispuesto a no ver, el carretero que hacía viajes nocturnos, el anterior párroco, un capataz muerto hacía años, una mujer del valle pagada para recibir al niño durante los primeros días. Nada de ello atenuaba el centro. Solo mostraba con cuántas manos se sostiene una atrocidad cuando se la llama costumbre.
Cuando por fin sacaron a Julián, el despacho quedó con el aire viciado de las habitaciones donde algo ha sido dicho demasiado tarde.
El juez ordenó el resto del día con la eficacia de quien sabe que el cansancio es enemigo, pero no excusa.
-Se envía aviso inmediato al partido judicial. Se sellan bodega, despacho y Devesa. Nadie de la casa sale sin

autorización. El cuerpo de Magdalena se registra. La documentación viaja conmigo.
Se volvió hacia Elías.
-Usted no abandone la finca por ahora. Puede ser llamado como testigo principal y parte interesada.
Elías asintió.
Parte interesada. La expresión era correcta y brutal.
Adela recogió la fotografía de Aurelia cuando el juez terminó de usarla. La sostuvo un momento, observando ese rostro serio y directo.
-Se parece a usted en la mirada -dijo Tomás, antes de poder contenerse, mirando a Elías.
Él casi sonrió, pero fue solo una contracción cansada.
-Ojalá me pareciera más en la capacidad de resistir.
Adela guardó la fotografía en un sobre limpio.
-No idealice su sufrimiento. Lo que hizo fue sobrevivir donde otros la habían colocado para que dejara de existir. El mérito no está en padecer. Está en haber dejado señales suficientes para que no la borraran.
Elías la miró entonces de una manera nueva. No como a la adversaria inevitable de la noche anterior, sino como a la única persona de aquella casa capaz de hablar sin convertir el dolor en ceremonia.
Al caer la tarde, cuando los hombres del juzgado se repartían ya entre actas y precintos, el comedor pequeño quedó en una calma provisional. La criada más joven retiró tazas vacías con movimientos casi reverenciales. El boticario pidió marcharse y el juez lo autorizó tras tomarle declaración. Afuera, el cielo empezaba a cerrarse con nubes bajas, como si el día quisiera terminar sin espectáculo.
Adela salió al corredor norte para respirar un momento lejos de las voces. Elías la siguió, aunque guardó distancia suficiente para que no pareciera persecución.
-Ha dicho que mi madre podría haber sido Aurelia -dijo él.

-He dicho que ya casi no queda espacio para otra cosa.
-¿Y ahora qué se hace con eso?
Adela apoyó una mano en el alféizar. La luz lateral le endurecía aún más el perfil.
-Ahora se hace lo que ella pidió sin saber si alguien obedecería: no dejar que la entierren bajo el apellido de ellos.
Elías tardó en responder.
-No quiero llevar el suyo tampoco.
-No lo lleva -dijo Adela-. Lo roza. Que es distinto.
Él apoyó la espalda en la pared opuesta.
-Después de hoy, no sé dónde empieza mi vida y dónde termina la suya.
-Eso le pasará unos días -respondió ella-. Luego aprenderá una cosa útil: las infamias de una familia explican muchas cosas, pero no deciden del todo qué hace con ellas quien nace después.
-Viniendo de usted, suena casi esperanzador.
-No lo es. Solo es exacto.
Por primera vez desde que empezó aquella noche, el silencio entre ambos no resultó hostil.
Cuando regresaron al comedor, el juez levantaba la vista de un pliego recién sellado.
-Hay una diligencia más antes de cerrar el día -dijo-. Mañana se tomará declaración a Leonor por escrito, con todo lo hallado delante.
Tomás frunció el ceño.
-Leonor no puede declarar.
Todos lo miraron.
-¿Por qué no? -preguntó el juez.
Tomás tardó un segundo de más.
-Porque... porque su cuarto está vacío.

Capítulo 9

No fue el miedo lo que echó a correr primero por la casa, sino la incredulidad.

Leonor llevaba años moviéndose por aquellos pasillos con la gravedad de los muebles antiguos: uno podía olvidar mirarlos, pero no imaginar que dejaran de estar. Su ausencia produjo un desconcierto más hondo que un grito. El juez se puso en pie de inmediato. Adela ya estaba en la puerta antes de que él terminara de hablar.

-El guardia de arriba, conmigo. El otro, cierre salidas. Nadie abandona la finca.

Subieron al cuarto de Leonor por la escalera principal. La cama estaba deshecha, pero no revuelta. La ventana interior seguía atrancada. Sobre la colcha había un chal doblado con una pulcritud ofensiva, como si la habitación quisiera fingir una marcha voluntaria. Faltaban, sin embargo, el rosario de madera oscura que siempre colgaba del poste y el pequeño maletín gris que guardaba junto al armario.

Adela recorrió el cuarto con una sola mirada.

-No se la han llevado a la fuerza desde aquí.

El juez examinó la cerradura, la ventana y el piso.

-¿Cuánto hace que la vieron?

La criada vieja, llamada a toda prisa, respondió con voz trémula:

-Al mediodía. Le subí caldo. No quiso tomarlo delante de mí.

-¿Estaba sola?

-Sí, señor.

-¿Dijo algo?

La mujer dudó.

-Me preguntó si seguían en la bodega. Le dije que sí. Y entonces dijo... dijo: "Llegan tarde a todo, incluso a mí."

Nadie comentó la frase. El juez hizo seña al guardia.

-Revise establos, huerta, capilla, dependencias de atrás. Que dos hombres peinen el barranco con faroles antes de que anochezca del todo.
Elías ya miraba por la ventana hacia el sendero de servicio que descendía al jardín trasero.
-Si ha salido por su pie, no ha usado la escalera principal. La habríamos visto.
Tomás se llevó una mano a la nuca, como golpeado por una idea súbita.
-La galería de costura.
Bajaron de nuevo y cruzaron el ala este hasta una pieza angosta donde antiguamente las mujeres remendaban ropa blanca y guardaban baúles de invierno. Detrás de una cortina de lienzo, casi pegada al entarimado, una puerta estrecha aparecía mal cerrada. Daba a una escalera de servicio casi vertical, encajada entre muros, que descendía hacia la parte trasera de la casa y salía junto al antiguo palomar.
-La usaban las criadas viejas cuando no querían cruzarse con visitas -explicó Tomás-. Pensé que estaba clavada.
-No lo bastante -dijo Adela.
La noche comenzaba a asentarse cuando alcanzaron el palomar. La portezuela exterior estaba entreabierta. Afuera, la hierba húmeda mostraba una marca confusa, como si alguien hubiera resbalado al apoyar peso de un lado del cuerpo. A pocos pasos, colgando de una rama baja del laurel, encontraron el rosario de Leonor roto.
El guardia llamó desde más adelante.
-¡Aquí!
La hallaron al borde del terraplén que caía hacia el arroyo menor, no muerta, pero sí desplomada entre ortigas y barro, con el vestido enganchado en un zarzal y una herida leve en la frente. El maletín gris seguía sujeto a la muñeca por una correa de cuero.

-Vive -dijo el médico, arrodillándose a su lado tras llegar a la carrera desde la casa-. Exhausta. Ha caído o se ha dejado caer. No sabría cuál de las dos cosas.
Leonor abrió los ojos con esfuerzo al sentir voces. La primera cara que enfocó fue la de Adela.
-Siempre tan a tiempo para llegar tarde -murmuró.
-No se muera todavía -dijo Adela-. Aún nos debe demasiadas respuestas.
La subieron entre el guardia y Tomás. Leonor no protestó. Solo apretó con la mano libre el maletín hasta que el juez se lo quitó con cuidado seco.
-Eso se abrirá delante de testigos.
Ella sonrió sin humor.
-Para eso me lo llevé.
La devolvieron a la casa, no a su cuarto, sino al antiguo gabinete junto al comedor, donde podían vigilarla mejor. El médico limpió la herida, comprobó que no hubiese fractura y ordenó reposo, agua y nadie salvo el juez, el escribano y quienes él autorizara.
-En su estado puede declarar ahora o quizá no mañana -advirtió.
-Declarará ahora -dijo el juez.
El maletín se abrió sobre una mesa pequeña.
Dentro había tres paquetes de cartas atados con cintas desteñidas, una libreta de tapas verdes, un documento notarial incompleto y una bolsita de tela con dos piezas: un pendiente suelto y una llave diminuta.
Adela reconoció el pendiente al instante.
-La pareja del que apareció en el escondrijo del zócalo.
Leonor cerró los ojos.
-Sí.
El juez tomó la libreta verde. No era un diario íntimo al uso. Se parecía más a un registro de observaciones hecho por alguien que no se atrevía a actuar con limpieza, pero tampoco soportaba ya no dejar rastro. Fechas parciales, alusiones veladas, nombres

abreviados, frases enteras tachadas y, de tanto en tanto, repentinos accesos de claridad:
"J. repite el método del viejo."
"La muchacha del muro no fue la última."
"El niño ha salido por fin de la casa y acaso eso lo salve."
"M. sabe, calla, enferma."
"No basta rezar por una mujer a la que se deja debajo."
El juez levantó una hoja suelta. Era el comienzo de una carta nunca enviada.
"Si alguna vez lees esto, Elías, habré fracasado de todas las formas en que una mujer puede fracasar sin empuñar el arma y aun así participar del golpe."
Elías no se movió, pero el color se le fue del rostro.
Leonor habló sin abrir aún los ojos.
-No seguí escribiendo porque me odié al empezar.
-El odio propio no sirve de prueba, pero la letra sí -dijo el juez-. ¿Pretendía entregársela?
-Sí. Cada año lo pretendí menos.
Adela permanecía de pie, inmóvil, como si cualquier desplazamiento pudiera estropear la única disposición soportable del aire.
-Quiero la versión completa -dijo el juez-. Sin rosarios, sin metáforas y sin ahorro de responsabilidad.
Leonor abrió los ojos al fin y miró al techo antes que a ninguno de ellos.
-La muchacha de la pared se llamaba Milagros Rivas. Entró a servir con diecisiete años. Mi suegro la tomó por costumbre, como dijo Magdalena. Quedó embarazada. Quise creer al principio que la enviarían lejos con dinero. Una noche escuché gritos en la bodega vieja. No bajé. A la mañana siguiente la pared estaba nueva.
Tomás se cubrió la boca con la mano.
-¿Quién lo hizo? -preguntó el juez.

-El viejo Aurelio dio la orden. Julián ayudó a resolver después. Supe bastante para vivir con miedo y no lo bastante para llevarlo entonces ante nadie sin hundirme con ellos.
-Admirable selección de principios -dijo Adela.
Leonor aceptó el golpe sin defenderse.
-No lo fue.
El juez pasó a la siguiente cuestión.
-Aurelia.
Aquí Leonor tardó más.
-Aurelia llegó años después. No era criada de nacimiento; la trajeron por recomendación de una pariente lejana que ya no quería tenerla cerca porque hacía preguntas y sabía leer mejor de lo conveniente para una joven sin protección. El viejo reparó enseguida en ella. Julián también. Cuando descubrí que estaba embarazada, ya era tarde para fingir que no entendía.
-¿El padre? -preguntó Elías.
Leonor giró la cabeza hacia él.
-Aurelio de la Vega. No Julián.
La confirmación cayó en la sala con una pesadez física. Elías apoyó una mano en el respaldo de la silla más próxima, no por teatralidad, sino porque el cuerpo necesitó algo firme.
-Adela sabía? -preguntó él.
-Adela no sabía nada de esto en su forma exacta -respondió Leonor, antes de que ella hablara-. Sospechaba zonas enteras de podredumbre. Eso no es lo mismo.
-No se defienda usando mi nombre -dijo Adela.
Leonor asintió.
-Tienes razón.
El juez no permitió deriva emocional.
-¿Qué ocurrió con el niño?

-Insistí en sacarlo de la casa. Había visto lo que había pasado con Milagros y entendí que, si Aurelia conservaba al niño a la vista, él serviría para atarla o para destruirla según conviniera. Convencí a Magdalena de que al menos en eso me ayudara. Se buscó a una mujer del valle, viuda y necesitada. El niño fue entregado unos días allí. Luego se arregló el bautismo como hijo de una tal Clara Martín, fallecida al parir. Era una mentira cómoda porque la difunta no podía protestar.
-¿Quién eligió el nombre? -preguntó Elías.
Leonor cerró la boca un momento antes de responder.
-Yo.
Él la miró por primera vez con algo peor que odio: desamparo.
-¿También eso administró?
-Sí.
-¿Y se felicita por haberme salvado?
-No -dijo Leonor, y la voz se le quebró por primera vez-. Me reprocho no haber salvado a los dos.
El juez tomó la nota hallada en la caja del lagar.
"La criatura fue entregada fuera por conveniencia. No conviene que la madre vuelva a nombrarlo."
-¿Quién redactó esto?
-Julián. Yo la vi sobre su escritorio.
-¿Aurelia quiso recuperar al niño?
-Desde el primer día en que pudo ponerse en pie después del parto. Luego, cada semana. Después, cada vez con más desesperación. Quiso ir a la parroquia. Quiso hablar con un abogado de paso. Quiso escribir a una prima. Quiso marcharse con el niño aunque fuera a pie.
-¿Y entonces? -preguntó Adela.
Leonor sostuvo su mirada.

-Entonces Julián decidió que el problema ya no era el escándalo, sino la insistencia. La enviaron primero al cuarto del ala vieja. Después a la Devesa.
-¿Con su acuerdo? -dijo el juez.
-Con mi silencio, que fue casi lo mismo.
-¿La visitó?
-Dos veces. La primera, para convencerla de aceptar dinero y desaparecer. La segunda... porque oí llorar una noche y no pude soportar no saber si seguía siendo humana. Seguía siéndolo más que nosotros.
Adela apretó la mandíbula.
-¿Le habló de Elías?
-Sí. Le dije que el niño vivía. No supe decirle dónde. Temí que, si lo sabía, encontraba una fuerza imposible de contener o nos obligaba a matarla antes.
Elías soltó una exhalación áspera.
-Gracias por el cálculo.
Leonor se llevó una mano a los ojos.
-No merezco ni siquiera su sarcasmo.
El juez señaló la llave diminuta hallada en el maletín.
-¿Qué abre?
-Un cajón de mi escritorio pequeño. Hay cartas de Aurelia. No todas. Las que pude robar antes de que Julián las quemara.
-Fueron al escritorio en ese mismo momento.
El cajón oculto estaba forrado de papel azul despegado por las esquinas. Dentro aguardaban cuatro cartas dobladas y una hoja suelta. Dos de las cartas nunca fueron enviadas. Una iba dirigida "a quien reciba esto fuera de la casa". Otra, "al señor cura si todavía cree en algo más que en el orden". Las otras dos no tenían destinatario; eran puro testimonio, escritos contra el borrado.
La letra de Aurelia era firme incluso donde el pulso flaqueaba.

"Me dicen que calle por el bien del niño, pero el bien del niño es que no aprenda a vivir de rodillas ante quienes lo hicieron."
"Si no salgo, que quede dicho que parí vivo y me lo quitaron con palabras de misericordia."
"No soy Amalia. No soy la anterior ni la siguiente. Soy la misma que recuerda."
Adela leyó la última en voz alta, no para compartirla, sino para fijarla.
El juez dejó la hoja despacio.
-Esto cambia la dimensión del caso.
-No -dijo Adela-. Solo le quita a la casa el privilegio de contarlo a su manera.
Pasaba ya de la medianoche cuando terminó la declaración de Leonor. El escribano tenía la mano entumecida. El médico insistió en que la mujer no resistiría otro interrogatorio largo hasta el día siguiente. El juez accedió a suspender, pero no a suavizar una sola medida.
Leonor quedó bajo vigilancia en el antiguo gabinete, con un guardia a la puerta y la llave retirada. Julián fue encerrado aparte, sin contacto con nadie del servicio. La casa, por primera vez en décadas, dejó de obedecer a los vivos que la habían gobernado y pasó a obedecer al papel: precintos en la bodega, lacres en el despacho, firmas al pie de cada puerta útil para la mentira.
Nadie durmió bien.
Adela no lo intentó siquiera. Permaneció un rato largo en el comedor pequeño, repasando las cartas de Aurelia con una atención que ya no era jurídica ni familiar, sino moral: leer a una mujer a la que habían querido convertir en hueco y descubrir, línea a línea, la violencia exacta de ese esfuerzo. Elías se quedó cerca, sin hablar. No porque hubiera paz entre ellos -todavía no era eso-, sino porque el silencio compartido

empezaba a parecerse menos a una trinchera y más a una forma de sostener el peso.
Tomás desapareció durante una hora y regresó con la cara lavada, como si hubiera intentado en agua fría una absolución que no existía. El boticario se había marchado. El médico dormía vestido en una butaca del cuarto contiguo. El escribano, vencido por el cansancio, cabeceaba sobre los pliegos ya cerrados.
Poco antes del alba, el guardia del gabinete llamó al juez.
-Señor. La señora Leonor pide volver a declarar.
El juez entró con el escribano aún abrochándose la chaqueta. Adela y Elías pasaron detrás. Leonor estaba incorporada en el sofá estrecho, más blanca que la sábana, pero extrañamente despejada. Tenía en las manos una de las cartas de Aurelia, la que decía: *No soy la anterior ni la siguiente. Soy la misma que recuerda.*
-He omitido algo -dijo.
El juez no se sentó.
-Empiece por distinguir entre olvido y omisión.
Leonor aceptó el golpe con un asentimiento mínimo.
-No sabía si serviría de prueba. Ahora sé que sí sirve de verdad. Y ya no tengo derecho a elegir entre ambas.
Señaló la hoja que sostenía.
-Esta carta no está completa.
Adela frunció el ceño.
-¿Le falta una página?
-No. Le falta el reverso.
El juez alargó la mano. Leonor le entregó el papel. A contraluz, bajo el texto visible, empezó a insinuarse otra escritura, más apretada, trazada con menos tinta.
El escribano acercó la lámpara.
-Aquí hay algo más.
El juez humedeció apenas la yema del dedo y ladeó la hoja. Entonces pudo leerse, con dificultad suficiente

para volverlo aún más indecente, lo que Aurelia había aprovechado a escribir antes de que la interrumpieran o le quitaran el papel:
"Si me llevan otra vez a la casa vieja, buscar el pozo pequeño del lavadero. Allí tiró Magdalena la medalla y el pañuelo con sangre. Dijo que el agua guarda mejor que las arcas."
Nadie habló durante dos segundos completos. Luego Adela levantó la vista.
-El lavadero de la Devesa.
Tomás palideció.
-Yo ni siquiera recordaba que hubiera un pozo allí.
Leonor cerró los ojos un instante.
-Yo sí. La oí decirlo. Fingí no haber oído. Pensé que si alguna vez alguien encontraba el cuerpo, bastaría con eso. Elegí no saber más.
-Elegir no saber más también es una forma de saber -dijo Adela.
El juez ya estaba dando órdenes.
-Al amanecer se vuelve a la Devesa. Guardias, médico, peones y escribano. Todo se registra.

Capítulo 10

La mañana amaneció baja y gris, con una llovizna fina que parecía más propia del paisaje que del clima. La Devesa recibió al pequeño grupo con el mismo aire de abandono útil de la víspera, pero ahora la casa parecía haber perdido incluso la coartada del silencio: ya no escondía; solo aguardaba.
El lavadero estaba detrás de la cocina exterior, medio vencido por la hiedra y el olvido. A un lado quedaba una pila de piedra rajada; al otro, casi oculto por maleza y tablas podridas, un brocal estrecho cubierto a medias por una tapa de madera deformada.

-El pozo pequeño -dijo Elías, mirándolo como si la frase hubiera viajado años para alcanzarlo allí.
El médico y dos peones apartaron la tapa. Subió un olor agrio, estancado, de agua vieja sin uso. El juez ordenó proceder con el mismo método del día anterior. Soga, gancho, cubos, inventario en voz alta.
La primera media hora no arrojó más que lodo, hojas podridas y dos piedras. Luego el gancho subió enredado en una tela endurecida por el barro. El peón la depositó sobre una tabla.
-Un pañuelo -dijo el escribano.
No era ya un pañuelo entero, sino un tejido deshecho con iniciales apenas visibles en una esquina: **A. R.**
Adela no se movió, pero Elías dio un paso involuntario hacia delante.
Después apareció la medalla.
Pequeña, ovalada, de plata ennegrecida, con una virgen casi borrada en un lado y una inscripción en el otro, comida por el tiempo pero todavía legible al limpiarla con cuidado: **Aurelia R.**.
Tomás se sentó de golpe en una piedra baja, como si las rodillas hubieran decidido por él.
-Dios mío.
-No lo invoque ahora como si no llevara años ausente de esto -dijo Adela, sin apartar los ojos de la medalla.
El juez alzó la pieza entre dos dedos.
-Queda incorporada.
El médico examinó el pañuelo en silencio.
-Hay manchas antiguas. No puedo afirmar aquí su naturaleza, pero no parecen casuales.
-¿Basta para vincularlo? -preguntó Elías.
-Basta para estrechar el cerco -respondió el juez antes que nadie-. Y para demostrar que Aurelia dejó rastro incluso donde quisieron borrarlo todo.

Leonor había pedido acompañarlos y el médico se había opuesto. Permaneció, por tanto, en la casa del barranco. Pero su ausencia no reducía su presencia. Cada objeto extraído del pozo pequeño parecía una réplica material de su culpa: había sabido lo suficiente como para señalar el escondite y callado lo suficiente como para necesitar que otra muerta lo denunciara por ella.

Terminada la extracción, registraron también el lavadero y la cocina exterior. En una repisa alta, detrás de un ladrillo flojo, apareció una cajita de lata vacía. No guardaba nada ya, pero el hueco confirmaba el hábito: esconder lo inmediato, mover lo peligroso, confiar en que el tiempo acabase el trabajo moral de la cobardía.

Cuando regresaron a la casa principal, el juez pidió a solas a Adela, Elías y Tomás en el despacho precintado, abierto solo para la diligencia.

-La instrucción ya no puede quedar en el ámbito local -dijo-. Hay demasiado implicado, demasiados años y demasiadas personas útiles al encubrimiento. Esto subirá.

Tomás miró la mesa, incapaz de sostener los ojos de nadie.

-¿Y la casa?

-La casa queda sujeta a embargo preventivo hasta que se determine alcance patrimonial y penal -respondió el juez-. Tierras, rentas, libros, todo.

No era una ruina sentimental lo que estaba anunciando, sino una ruina administrativa. Precisamente por eso sonó más irrevocable.

Adela asintió sin sorpresa.

-Es lo correcto.

Tomás levantó la cabeza.

-¿Lo dice tan fácil?

-No -dijo ella-. Lo digo sin nostalgia. Que es distinto.

Elías permanecía junto a la ventana.

-¿Qué ocurrirá con el nombre de mi madre en el expediente?
El juez lo miró con gravedad menos fría que de costumbre.
-Ocurrirá que, desde este momento, no figurará como desaparecida incierta ni como mujer retenida de identidad dudosa. Figurará como **Aurelia Rivas**, víctima principal.
Tomás cerró los ojos. Adela apoyó una mano sobre la mesa, despacio, como si necesitara tocar madera para fijar la frase en el mundo.
-Y Milagros -dijo-. No la borren otra vez detrás del caso mayor.
-No se la borrará -respondió el juez.
Esa tarde llegó la comisión del partido judicial con dos hombres más, cajas para traslado de pruebas y una formalidad más pesada que la del día anterior. La presencia de autoridad externa alteró a la servidumbre de un modo distinto al miedo: les hizo comprender que el escándalo había dejado de ser doméstico. Ya no era un secreto roto dentro de una familia, sino un asunto que entraba en archivo, jurisdicción y memoria pública.
Leonor pidió ver a Elías.
El juez dudó solo un momento antes de permitirlo, siempre con testigo. Adela insistió en estar presente. Entraron los tres al gabinete. Leonor parecía haberse encogido durante la mañana; no por fragilidad física únicamente, sino porque la verdad, una vez dicha en voz alta, le había retirado la última apariencia de autoridad.
-No vengo a pedirle perdón -dijo en cuanto Elías cruzó el umbral-. Eso sería otra forma de imponerle trabajo.
Él no respondió.
-Vengo a decirle algo que no consta en papeles. Su madre no habló de usted como de una carga ni una

sola vez. Ni una. Habló como hablan las personas que todavía creen que amar a alguien puede justificar seguir respirando un día más.
Elías la miró con una quietud casi alarmante.
-¿Y eso mejora qué?
-Nada -dijo Leonor-. Pero es suyo. No mío. No de ellos. Suyo.
Adela observó el intercambio sin intervenir. Era de las pocas veces en su vida que entendía que corregir una escena podía empeorarla.
Leonor buscó aire.
-Hice una cosa bien, y la hice mal hasta el final. Evité que lo mandaran lejos con otro nombre y otro pueblo cuando Julián quiso perderle por completo el rastro. Insistí en que quedara cerca, controlable, sí... pero vivo y localizable. Me dije durante años que eso me absolvía un poco. No absuelve nada. Solo explica la clase de cobarde que fui.
Elías tardó en hablar.
-Si espera que la odie de una manera simple, llega tarde.
Una sombra parecida al alivio pasó por el rostro de Leonor, y fue tal vez la cosa más triste que se vio en toda la jornada.
-No esperaba simplificación ninguna.
Sacó entonces de debajo de la manta una hoja doblada.
-Esto es para usted. Lo escribí anoche, después de declarar. No tiene valor legal. Solo exactitud tardía.
El juez revisó el papel antes de entregarlo. Eran dos páginas de letra temblorosa. Elías no las leyó allí. Las guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.
Cuando salieron, Adela se quedó un instante más. Leonor levantó la vista hacia ella.
-Tú vas a derribarlo todo.

-Solo lo que ya estaba sostenido por huesos ajenos -dijo Adela.
-Y después?
-Admitir que llevar nuestro apellido no obliga a administrarle la vergüenza.
Leonor soltó una exhalación que podría haber sido risa años antes.
-Te pareces más a tu madre de lo que yo soporté nunca.
-Adiós, Leonor.
No hubo abrazo, ni reconciliación, ni gesto alguno que convirtiera aquella escena en una mentira amable.
La declaración complementaria de Julián, enfrentado a la medalla y al pañuelo, no mejoró su posición. Negó detalles, corrigió matices, intentó desplazar a los muertos la mayor parte de la voluntad. Pero ya no importaba demasiado. La estructura estaba a la vista. Había un patrón, un sistema, una contabilidad del daño.
A media tarde, cuando firmó por fin la última hoja, dejó la pluma sobre la mesa y miró a Adela con un cansancio sin dignidad.
-Crees que esto termina conmigo.
-No -dijo ella-. Termina con tu derecho a llamarlo orden.
Él sonrió apenas.
-Y qué harás cuando todo esto también te pertenezca?
-Admitirlo sin obedecerlo.
Fue la última conversación real que tuvieron.
Poco después se lo llevaron bajo custodia al partido judicial. Tomás no salió a despedirlo. Elías tampoco. Adela permaneció en el corredor y oyó alejarse el carruaje sin asomarse a la ventana. Algunas marchas no merecen testigos.
Al caer la noche, la casa del barranco quedó extrañamente vacía pese a la cantidad de gente que

aún contenía. Los precintos, los pasos medidos, las voces de oficio, todo contribuía a una sensación nueva: el caserón ya no parecía un organismo con voluntad propia, sino una carcasa a la que por fin se le habían retirado los privilegios.
Elías encontró a Adela en la biblioteca pequeña, la única estancia donde aún no olía a expediente.
-He leído lo de Leonor -dijo.
Ella cerró el libro que no estaba leyendo.
-¿Y?
-Decía la verdad en algo que no puede probarse. Mi madre quiso llamarme Mateo.
Adela alzó una ceja.
-Es un nombre mejor que Elías?
-No lo sé. Pero por primera vez un nombre me parece una historia y no una maniobra.
Se hizo un silencio breve.
-El juez ha dicho que podré declarar de nuevo en la capital -añadió él-. Y que quizá sea conveniente fijar por escrito la rectificación de mi partida.
-Lo será.
Elías la miró con cansancio frontal.
-No sé si quiero conservar nada de todo esto.
-Eso también incluye lo que te devolvió ella? -preguntó Adela.
Él entendió enseguida que hablaba de Aurelia, no de Leonor.
No contestó de inmediato.
-No hoy.
-Admitir no hoy ya es bastante más que lo que hicieron los otros con casi todo.
Se sentó frente a ella, por primera vez sin reserva táctica.
-Tu manera de consolar es pésima.
-Mi vocación por consolar es nula.
-Ya lo había notado.

Y, sin embargo, en esa sequedad empezó a abrirse algo parecido a la confianza: no ternura fácil, no alianza limpia, sino el reconocimiento de que ambos habían sobrevivido al mismo edificio desde lugares distintos y que, a partir de allí, tendrían que decidir si la verdad compartida bastaba para no convertirse también ellos en herederos obedientes de la ruina.

En el gabinete, Leonor empeoró entrada la noche. El médico salió una vez, luego otra, y a la tercera no hizo falta preguntar. Murió antes del amanecer, sin testigos íntimos y sin sacramentos solemnes, como si incluso la muerte le negara el orden escénico al que había dedicado la vida.

El juez añadió una nota al expediente. El escribano la copió con pulso cansado.

Una línea más.

Pero no una menor.

Cuando el nuevo día empezó a clarear sobre los prados, Adela abrió por sí sola la ventana del corredor norte. Desde allí se veía el camino de la Devesa y, más allá, la línea oscura de los árboles junto al arroyo. El aire frío entró sin pedir permiso.

A sus espaldas, la casa guardaba aún demasiados nombres, demasiadas pruebas, demasiadas horas por declarar. Delante, por primera vez, no había redención, pero sí algo más útil.

Consecuencia.

FIN